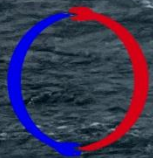
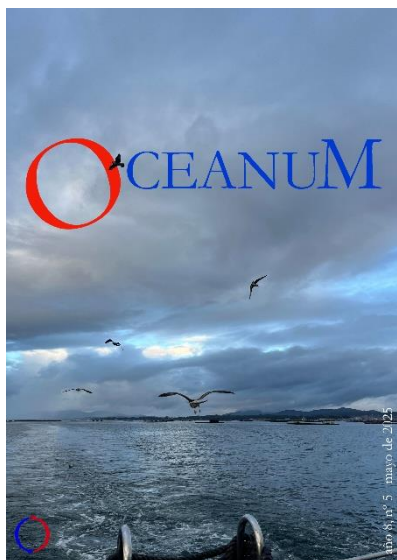


OCEANUM





ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 8, n° 5

Mayo de 2025

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Oswaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

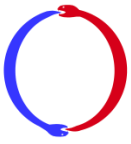
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

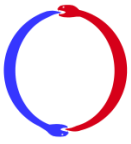
Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

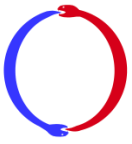


lega la eclosión primaveral de la literatura y las ferias se multiplican por todo el territorio. Decenas de casetas de editoriales, librerías, distribuidoras y otros agentes del mundo del libro se aprestan a ofrecer sus productos a quien ose acercarse al mostrador o, incluso, a quien pueda esconder una mirada distante y de reajo a las estanterías cuajadas de ejemplares. Apostados tras los volúmenes, francotiradores autopublicados vocean como si se tratase de vender verduras en el mercado o sardinas desde Santurce a Bilbao por toda la orilla, así que el nivel literario generado por su cabeza y plasmado en papel para terror de los árboles debe de ser mucho más bajo que los decibelios emanados de su garganta. Ya lo dice el refrán, el carro canta cuando va vacío.

Es cierto que algunas de esas ferias —pocas, solo las de campanillas de las mayores ciudades— reciben la visita de los generadores de grandes ventas y que frente a las casetas donde firman se forman largas colas que suelen requerir hasta el control de agentes de seguridad, masas de seguidores y *groupies*... Recuerdo haber visto a Greg, el del diario [de los diarios], y a ese ratoncito sabiondo de nombre Geronimo Stillton firmando tantos libros como para explicar solo por este evento la deforestación de la selva amazónica. Al lado, casetas de pequeñas editoriales, incluso casetas de editoriales ficticias, que las hay, ya sea por su situación legal, ya sea por no ser más que imprentas para ilusos incautos, que vienen a ofrecer el contrapunto a esos sellos consolidados ante los que todos hacen reverencia. Hoy se ha dado bien, hoy ha llovido, cubrimos gastos. Inevitable no ver algo de rastro, de mercadillo de verano, en todas estas ferias, un aroma agrídulce como el que se desprendía de la canción “Una, dos y tres” de Patxi Andión. Quizá no la recuerden. “... Esto es el rastro señores / vengan y anímense / que aquí estamos nosotros / Somos Papá Noel...”. Eso mismo. Vengan —o vayan— y anímense.



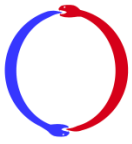
6	La galera			
	Entrevista a Nacho Herranz	Ginés J. Vera	6	
10	Dentro de una botella			
	Tomás de Aquino: la resonancia de la ley natural en el derecho más allá del tiempo	Diego García Paz	10	
	Le Clézio, <i>El pez dorado</i>	Pravia Arango	14	
	2025: cien años de mecánica cuántica (Lo dice la ONU)	Miguel A. Pérez	17	
23	Estelas en la mar			
	Con la poetisa Paloma Fernández Gomá	Encarnación Sánchez	23	
	Las teselas del tiempo en la literatura	Pilar Úcar	26	
31	El cofre del tesoro			
	La historia (y la economía) empieza en Sumer	Isaías Covarrubias Marquina	31	
35	¡Tierra a la vista!			
	Castilla	Goyo	35	
40	Anaquido kalimat	عَتَاقِيْدُ كَلِمَاتٍ		
	Ikram Abdi	إِكْرَامُ عَبْدِي	Encarnación Sánchez	40
	La poética de la resistencia en “Solo dos estrellas...” de Ikram Abdi. Una interpretación crítica		Víctor Hugo Pérez Gallo	44
46	L'imperceptible écume			
	Sacha Zamka	Miguel Ángel Real	46	
52	Outros mares			
	Ítaca (cun chisco de ollo a Celso Emilio Ferreira)	Augusto Guedes	52	
54	Espuma de mar			
	Premios y concursos literarios		55	
	Con un toque literario	Goyo	58	



62	Gran Sol		
	Prológo de <i>La araña negra</i>	Vicente Blasco Ibáñez	62
85	Papeles corsarios		
	Xuan Carlos Busto Cortina nos habla de literatura aljamiada	Pravia Arango	85
92	Nuevos horizontes		
	Como dijera Quevedo	Oswaldo Beker	94
	La noche de la serpiente	Ginés J. Vera	98
	La fotografía familiar (IX)	Encarnación Sánchez	103
	Final 01/02	Miguel Quintana	107
122	Créditos de fotografía e ilustración		



Entrevista a Nacho Herranz



Ginés J. Vera



Mayo es un mes de ferias del libro, como la de Madrid, ciudad donde nació Nacho Herranz Farelo allá por 1972. Narrador, antipoeta, humorista gráfico y redactor publicitario, me concedió esta entrevista para *Oceanum* al hilo de su novela *Chaval* (Vencejo). Es autor de varios cuentos y guiones para cortometrajes. También de *La Movida vista por los jinchos* o *Jobs ha muerto: La mayor herejía de la historia de la religión digital* y, en 2016, de *Sangre de bellota*, una novela de vampiros inclasificable con ecos de Miguel Delibes, Stephen King o el reciente premio Princesa de Asturias de las Letras, Eduardo Mendoza.

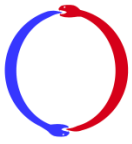
El protagonista de *Chaval* es un empleado de Correos en la cincuentena, creo que es un detalle, la edad, que comparte con el personaje. No sé si ha sido "relativamente" fácil ponerse en la piel de Claudio, si en cierto modo algo de Nacho Herranz ha quedado en él.

Quiero pensar que Claudio y yo nos parecemos menos de lo que pueda pensarse a simple vista. Compartimos edad, es cierto, ambos estamos en ese momento de la vida en que te sientes muy joven, pero el mundo parece no darse cuenta. Es duro y hay dos maneras de afrontarlo: la primera es asumir quién eres y prepararte a descubrir las mieles de la vejez, si es que existen. La otra es hacer como Claudio y millones de hombres de nuestra edad, poner todo tu empeño en ser más niño que nunca. Esta segunda actitud es el fenómeno del que procuro apartarme con todas mis fuerzas, y por eso quiero pensar que Claudio y yo nos parecemos lo justo. Pero puede que me esté engañando, la verdad. A veces soy de un pueril que da asco.

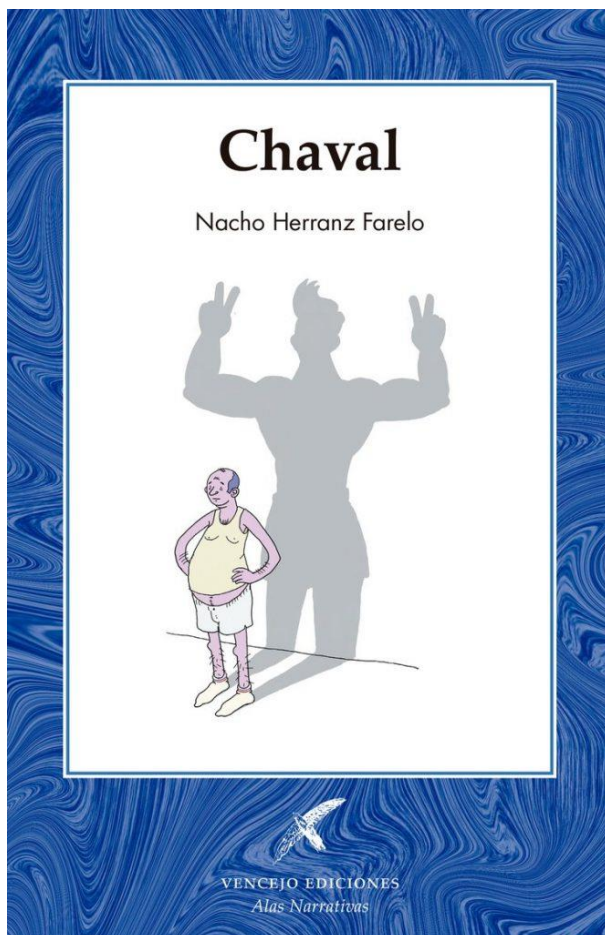
Un rasgo narrativo más que curioso es la manera en la que como lectores nos vamos a encontrar los diálogos de los personajes. Nada de los formalismos de las rayas de diálogo. Muy al estilo norteamericano, quizá. Intuyo que tiene su razón de ser y por ella le pregunto.

Uy, creía que no se me notaba la influencia. Es cierto, admiro muchísimo la literatura americana del siglo XX, de norte a sur y de sur a norte. Sábato, Cortázar, Onetti, Borges, Lugones, Jorge Amado, Miguel Ángel Asturias, Carpentier, García Márquez, Vargas-Llosa (está permitido leerlo, aunque seas de izquierdas), Álvaro Mutis, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Dos Passos, Steinbeck, Faulkner, Hemingway, Patricia Highsmith, Chester Himes, Burroughs, Kerouac, Navokov, Perelman o Leonard Cohen son algunos de los enormes referentes en mi vida lectora, y me gustaría decir que también están presentes en mi torpe desempeño como autor, pero eso sería un insulto hacia ellos.

Lo curioso es que precisamente la integración de los diálogos en las líneas de la narración es un recurso que copio, más que a nadie, a un autor europeo, José Saramago. El porqué es el siguiente: tengo la sensación de que estamos viviendo un proceso de uniformidad galopante en



las artes. Está bien que las novelas sean visuales, dinámicas y todo eso, pero es que cada vez son más indistinguibles de los guiones cinematográficos, en el contenido y en la forma. Para mí, interrumpir la narración para llenar una página de diálogos separados por guiones es teatralizar la narrativa, hacer que el autor desaparezca de la ecuación, y yo defiendiendo mi cuota de protagonismo en mis novelas. Me gusta meter el cucharón en la historia, mezclar mis juicios con los pensamientos y las palabras de los personajes hasta convertir el texto en una madeja que el lector debe desenredar, así también forma parte activa de la obra. Es deprimente ver cómo los lectores se convierten cada vez más en espectadores pasivos de una historia. Una novela debería ser algo más que una trama bien urdida.



Hay mucho sentido del humor, mucha ironía e incluso socarronería a lo largo de las páginas de la novela. No hay más que detenerse en los nombres propios, por ejemplo, de lugares como

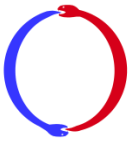
Mesón el Gordo, el local El Marciano o el apelativo del personaje de Jimena. Háblenos de este ingrediente en *Chaval*.

Se suele decir que el humor siempre se hace contra alguien. No estoy completamente de acuerdo, pero sí me parece cierto que para hacer reír hay que desafiar las reglas de lo comúnmente aceptado, de aquello que se suele entender como buena educación y buen gusto. Si entendemos el arte en general y la literatura en particular como una forma de subversión, deberíamos contar con la potencia de un arma como el humor.

En mi caso, procuro usarla con cariño. No pretendo despellejar ni ridiculizar a nadie, sino hacer ver que nuestra obsesión por tomarnos el mundo muy en serio es justamente lo que nos hace grotescos. Por eso a veces despojo a mis personajes de esa dignidad sin fisuras que tienen los héroes trágicos. Son personas imperfectas, como todo el mundo, y se mueven por un mundo de andar por casa en el que aún existen maravillas como el mesón El Gordo o Casa Marciano. Mientras nos queden esas cosas, hay esperanza.

Si en *Chaval* hay un gran protagonista masculino, Claudio, no le van a la zaga los femeninos. Por ejemplo, el de Susana. Harto curiosa en una reflexión de esta al pensar que "cada día encontraba nuevos motivos para afianzarse en su convicción de que las personas son estúpidas y malvadas...". Un tema recurrente y controvertido, si el ser humano es malo por naturaleza o es un constructo social, producto de su entorno. ¿Qué opina al respecto alrededor de su novela?

Bueno, a la vista de las respuestas anteriores creo que empieza a estar claro que mi verdadero alter ego en la novela es Susana, aunque creo que mi misantropía es menos grave que la suya. A diferencia de este personaje, pienso que en general las personas tenemos un serio problema de identidad, y de ahí surge el tema principal de



este libro y de todos los que he escrito. Nos cuesta mucho o nos da mucha pereza construir una opinión sobre nosotros mismos, entendernos aunque sea un poco, y entonces lo que solemos hacer es abrazar unos presuntos manuales de normalidad en los que raramente encajamos de forma natural, así que nos obligamos a hacerlo a martillazos.

En realidad, no hemos evolucionado mucho respecto de nuestras abuelas, cuando decían que tal o cual cosa era “de guarras”, o de nuestros abuelos cuando aseguraban que un hombre tiene que hacer esto o lo otro. Si pasamos por alto la preocupante resurrección de aquellos puntos de vista y nos quedamos con las mentalidades más actuales, también descubrimos que la gente circula por unos raíles mentales que ya han sido tendidos por sabe Dios quién. Da igual si esos raíles nos llevan a un lugar en el que realmente queremos estar, ya nos consuela el hecho de que todo el mundo los utilice, aunque conduzcan a un infierno de odio y mezquindad.

Conclusión: no creo que la mayoría de las personas sean malvadas, pero sí que son tan estúpidas como para llegar a ejercer de monstruos sin serlo.

Nos toca hablar de otro melón que abro a navaja, al hilo de lo políticamente correcto y la libertad de expresión. Escojo para ello un pasaje, por si gusta de darle un jugoso bocado, en el contexto de su novela. “Los hombres son así de raros, se mueven por impulsos, por eso sus cárceles están más llenas que las de las mujeres”.

Creo que bastaría una búsqueda superficial en Google para descubrir que las estadísticas avalan esas palabras. Efectivamente, los hombres somos raros, somos complejos y sufrimos, pero nos está prohibido reconocerlo. El patriarcado es una telaraña tejida durante milenios y nosotros también estamos atrapados en ella. Yo nací en 1972 y puedo decir que hasta hace escasamente una década solo se aceptaba un modelo

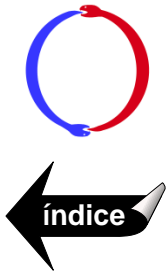
respetable de masculinidad. El hombre de verdad tenía que ser —por supuesto— heterosexual y debía mostrarse como un deportista competente, un diablo sobre ruedas, un peleón de primera y, ante todo, un ser superior a la mujer a todos los niveles, especialmente en el plano erótico. Durante mi juventud era obligatorio “entrar a las tías” cuando estabas en una discoteca. Daba igual que en el fondo no te gustase ninguna; si no te comías una rosca, eras un mierdecilla.

Lo que ahora se llama masculinidad tóxica era la masculinidad a secas hasta hace muy poco, y por eso sigue habiendo muchos machos maduros que sienten una enorme nostalgia de sus tiempos de supremacía. Son los que aseguran que ahora no se puede decir nada y que ellos no se suben solos a un ascensor con una mujer “por si acaso”. Esa gente daría risa si realmente fuera una especie en extinción, pero resulta que el machismo más tremebundo tiene una legión de continuadores entre los más jóvenes. Da la sensación de que cualquier escolar puede convertirse en un delincuente sexual y es urgente hacer algo para remediarlo. La solución no puede ser limitarse a dar charlas en los colegios, usar lenguaje inclusivo y asistir a las manifestaciones del 8M. El feminismo es necesario y no es competencia exclusiva de las mujeres. Es más, pienso que los únicos que podemos acabar definitivamente con el machismo somos los propios hombres. Debemos redefinir desde cero nuestra identidad y nuestra posición relativa en la sociedad.



Tomás de Aquino

La resonancia de la ley natural en el derecho
más allá del tiempo



Diego García Paz

valentía saltó por la ventana y escapó del castillo. En la universidad, Tomás brilló, y lo hizo de tal manera que San Alberto Magno, uno de sus profesores, haciéndose eco del apodo que los compañeros le habían puesto —sí, hay cosas que no cambian— por ser un estudiante centrado en lo suyo y muy silencioso, expresó que ese “buey mudo” al que se referían con displicencia al hablar de Tomás de Aquino, con complejo de inferioridad por su parte, algún día daría tal mugido que se oiría en todos los confines del planeta.

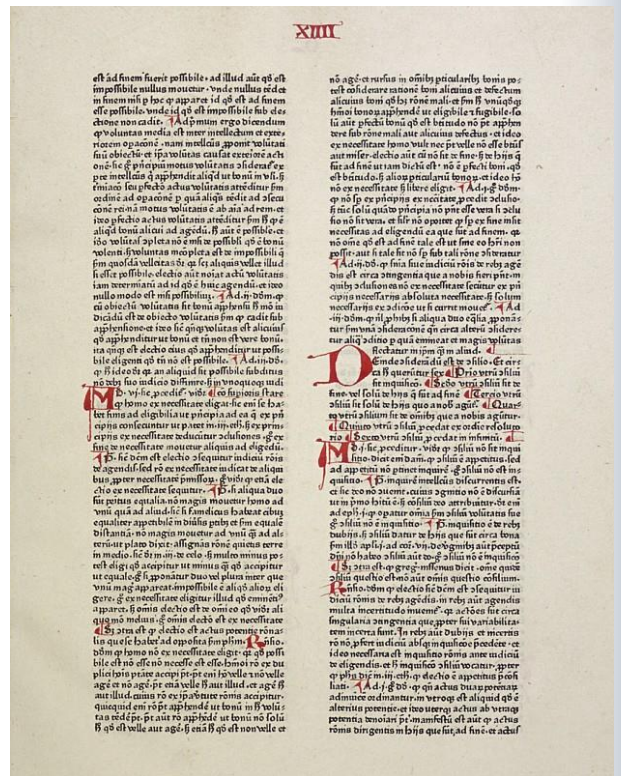
Y así fue: las enseñanzas de Santo Tomás hicieron historia, siendo plenamente vigentes en la actualidad, aun cuando ello pueda desagradar a algunos. Sus principales obras, la *Suma Teológica* y la *Suma contra Gentiles* son auténticas piedras angulares del saber filosófico, y no me refiero solo al ámbito de la escolástica. La sistemática empleada y la pluralidad conceptual que recogen son, en forma y fondo, modelos para seguir en el razonamiento, y trascienden el ámbito filosófico.

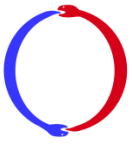


Santo Tomás de Aquino (1224-1274), doctor Angélico y de la Iglesia, es uno de los más grandes e influyentes pensadores de

la historia. Teólogo y filósofo, su actividad intelectual abarcó la metafísica, la relación entre la razón y la fe, la religión, la trascendencia del ser humano, la política y el derecho. Un sabio pleno y polifacético, inspirado en el gran Aristóteles, que supo recoger sus brillantes aportaciones para establecer un sistema propio, original y novedoso.

Nacido en Roccasecca, localidad italiana, de noble familia, pronto demostró estar dotado de una inteligencia incomparable. Conocida es la anécdota de que sus hermanos, al saber que quería ser dominico y se marchaba de casa para comenzar su noviciado, como no continuaría con las responsabilidades de la familia en el marco de sus cuotas de poder, lo secuestraron en una torre, y le pusieron tentaciones para que allí se quedase; pero Tomás las rechazó y con





Quisiera centrarme en sus aportaciones en la materia jurídica, que nuevamente suponen un necesario enlace entre lo estrictamente legal y los fundamentos meta-normativos que deben hacer del derecho un verdadero instrumento de la justicia. Santo Tomás definió la ley como “la ordenación de la razón, orientada al bien común y promulgada por aquél que tiene a su cuidado una comunidad”, y dejó así para la posteridad, desde mi punto de vista, no solo una de las mejores definiciones del término *ley*, sino de los más perfectos conceptos filosóficos, al comprender, de forma muy concisa (sin innecesarios añadidos), todo lo que, en efecto, debe de integrar a la norma: razón, finalidad y legitimidad.

Razón, en el sentido de que toda norma jurídica es producción humana, por lo tanto guiada por el razonamiento. Este componente de la ley necesariamente se ancla en la misma naturaleza del ser humano, pues la ley positiva, si es fruto de la razón, está consecuentemente originada en la ley natural, siendo un traslado de esta a lo material. La ley natural es un término que integra los principios de la ética, y forman parte unificada del propio ser humano, lo configuran como tal: trasunto a la humanidad, a su vez, desde la ley eterna.

Finalidad, pues la ley tiene un solo sentido teleológico: el bien. Y un bien supraindividual, pues sus efectos se dirigen a la sociedad. De este modo, será la ley positiva, fundamentada en la ley natural (esto es, en la ética) la que lógicamente lleve al beneficio de todos.

Y **legitimidad**, toda vez que la norma positiva, aposentada en la ética y en la realización del bien común, para ser obligatoria, ha de proceder de aquel poder que esté investido de autoridad para su dictado, al haberse obtenido de forma válida, en buena lid, ganado mediante el apoyo de las fuentes debidas, que han conferido a quien tiene bajo su responsabilidad el cuidado

de la comunidad el apoyo y respeto para sujetarse a sus mandatos, pues existirá la convicción de que la producción normativa de ese poder participará de razón y bondad.

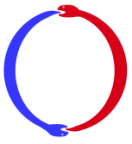
Se puede comprobar la perfección de la definición dada, pues, en el caso de que alguno de estos requisitos de la ley no se verifique, ni tan siquiera podrá considerarse ley auténtica aquello que se presente con ese nombre:

Si la “ley” no es razonable, se percibirá como atentatoria a la ética, será socialmente incomprensible.

Una ley irracional, por ende inmoral, no puede cumplir un buen fin común; al contrario, ocasionará un mal colectivo, que también se puede dar no solo en general, sino beneficiando a unos en detrimento de otros, es decir, no siendo común.

Y finalmente: si el efecto es irracional, inmoral y generador de un mal común, el poder de que deriva esencialmente participa de esas mismas notas definitorias, pues no puede darse un buen fruto de un árbol envenenado; todo efecto tiene una causa, y su verdadero sentido y finalidad, aunque se encuentren encubiertos, como las raíces debajo de la tierra, se manifiestan en el exterior en los efectos que producen. De este modo, ese poder, ese gobierno o política terrenal no será legítimo, o si lo fue en algún momento, su legitimidad se diluyó hasta desaparecer.

Por tanto, la tesis iusfilosófica de Tomás de Aquino no solo es de una pureza encomiable; desde un punto de vista práctico, al margen de los tiempos, permite averiguar y comprobar de forma objetiva si un poder está corrompido, por inmoral y egoísta, y debe ser eliminado, para ser sustituido por otro al que se le conozca por sus efectos virtuosos, esto es, por una producción legal que sí vele por los derechos de toda la so-



ciudad. De igual manera que en la filosofía tomista es posible, a posteriori, que el ser humano llegue a conocer a Dios por sus actos, por sus hechos se conoce a cada persona, y por sus leyes, a los gobiernos.

Apliquemos la filosofía de este sabio a la actualidad política nacional e internacional y lleguemos a las conclusiones debidas.

Si alguien no ama la verdad, no es hombre.

La raíz de la libertad se encuentra en la razón.
No hay libertad sino en la verdad.

El obrar sigue al ser.

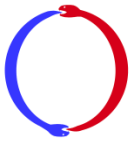
Ley mala, ley nula.

Cualquier amigo verdadero quiere para su amigo: 1- que exista y viva; 2- todos los bienes; 3- el hacerle el bien; 4- el deleitarse con su convivencia; y 5- finalmente, el compartir con él sus alegrías y tristezas, viviendo con él en un solo corazón.





Le Clézio, *El pez dorado*



índice

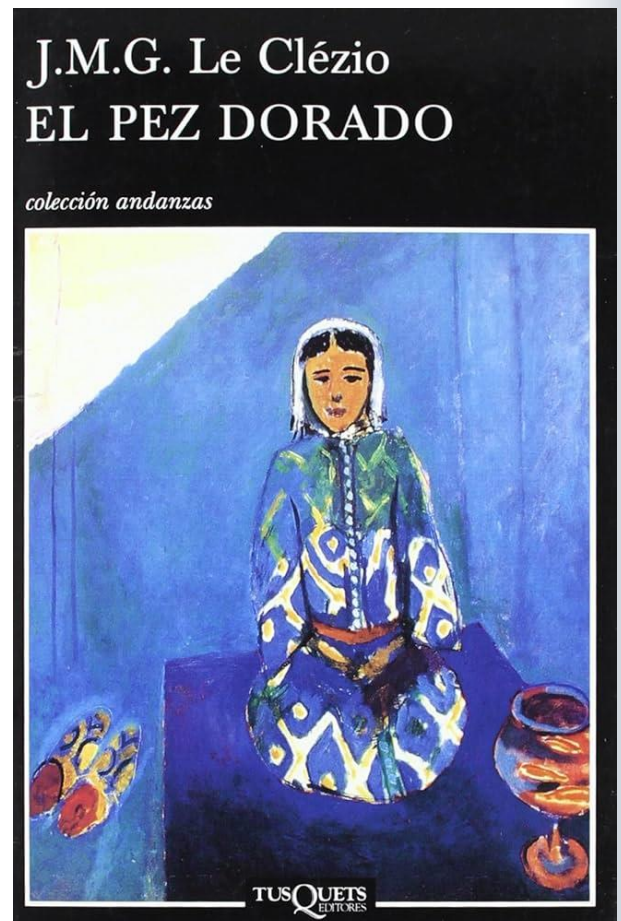


Pravia Arango

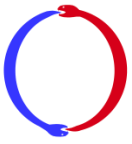
En el tercer grupo se halla una colega que empezó a valorarme un poco en la etapa de jubilada pues, en el trabajo, —ella, VIP y yo, mindundi; con toda la razón—. Bien, esta mujer me habló de Le Clézio y me “impuso” una lectura urgente y de cualquier título. *Ring, ring, ring*. La biblioteca de Oviedo más cercana a mi casa me ofreció tres títulos y elegí *El pez dorado*. Novela de tránsito donde la protagonista empieza como niña raptada y vendida en Marruecos, hace un periplo Marruecos - Francia - Estados Unidos - Marruecos, y termina como una joven que parece haber encontrado su camino. Esta lectura, *ring, ring, ring*, vino precedida por *Ceniza en la boca* (Brenda Navarro), o sea, acababa de darme a la absenta y ahora me entregaba a la cero-cero, valga el símil dipsómano tan literario.

Entre mis fuentes de lectura hay de varios tipos: lectores que me aconsejan una vez y ya (entre nuestros gustos media una distancia estratosférica), *ring, ring, ring*. Los que me sugieren obnubilados por su militancia ideológica (demasiado a la izquierda, feminista, antisistema, fluido, muy fluido..., conviene inyectarse un antídoto antes de leer), *ring, ring, ring*. Lectores que consideran lo suyo como parte del corpus básico universal (como no he leído su propuesta me miran con gesto agrio, ¿y esta es la que va dando lecciones a los demás de qué hay que leer!, piensan y no dicen), *ring, ring, ring*. Y los que ya han tirado la toalla (me creen loca, rara, analfabeta porque paso de Dueñas, de Falcones, de Julia Navarro y demás).

Ring, ring, ring.



Pues la lectura de *Ceniza en la boca* deja a *El pez dorado* y sus vaivenes (hay rapto, violación, palizas, engaños..., sí, hay cosillas) como



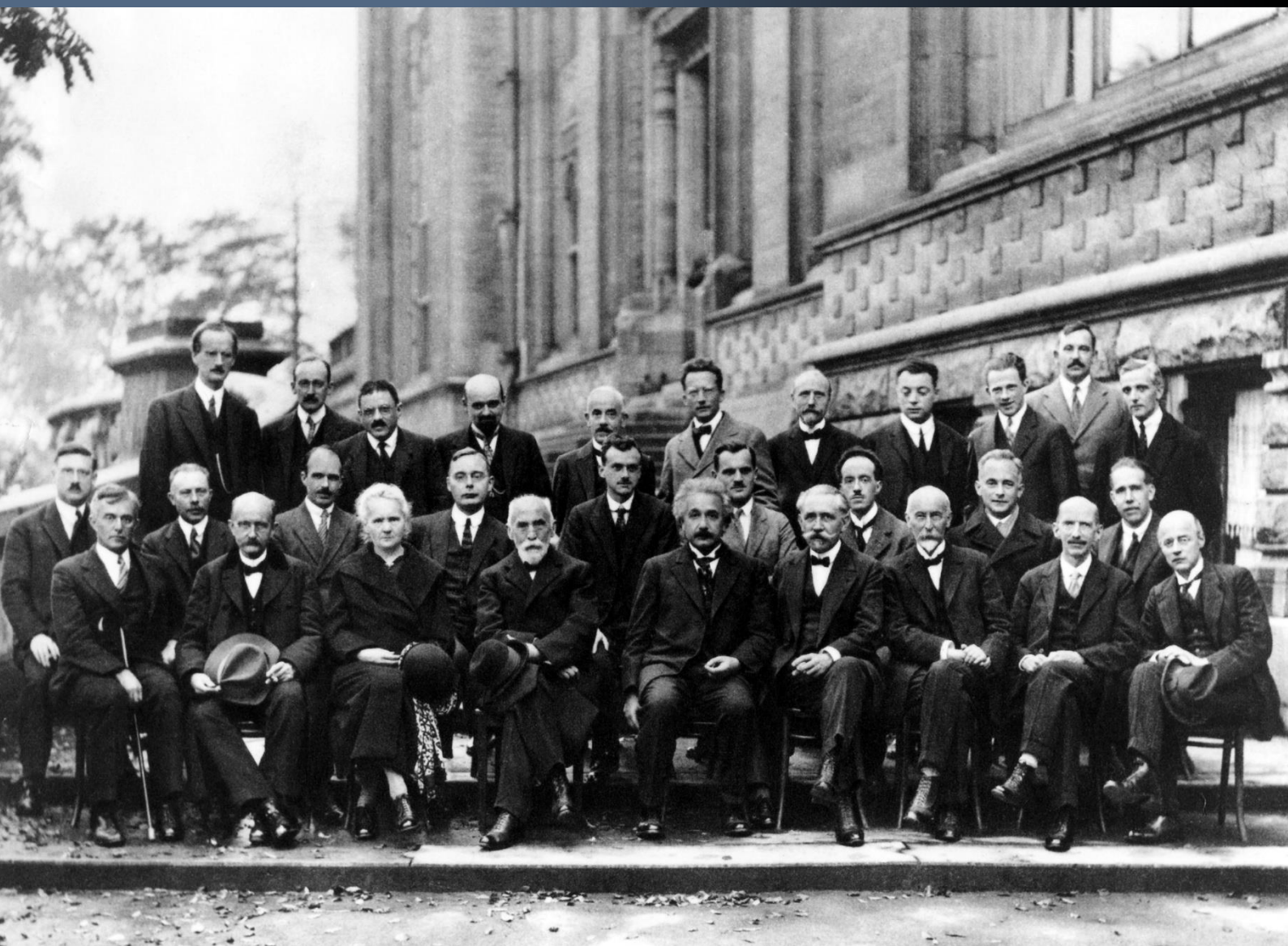
las peripecias de Sandokán, de Salgari en lectura actualizada, esto es, la India de Salgari hoy no es verosímil. Nada, oigan. No me he creído una palabra. Un montón de palabras que ni siquiera son bonitas. Explico esto. Recuerdo que cuando tenía alumnos, muchos saltaban de la ficción literaria a la vida en el aula por lo que usábamos un mantra de nuestro léxico familiar. Les decía: *¿Qué es la literatura?* Y el coro juvenil: *Muchas y bonitas mentiras.*

Ring, ring, ring.

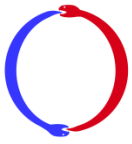
Esa reflexión de la mentira en un adulto ha de hacerse cuando uno cierra el libro porque si la hace con el libro abierto... al carajo la magia literaria puesto que la vida se interpone en la ficción y arruina el juego de la literatura. Lo siento, Le Clézio y sus palabras no obraron en mí la magia. Entre las palabras del Nobel francés y las emociones de la lectora Pravia se activó a un inhibidor de frecuencia y la señal de comunicación, *caput.*

Explico *ring, ring, ring*, la onomatopeya del teléfono que ha obrado de ruido en todo el texto. El teléfono de mi vecina (no está en casa) lleva diez días sonando de manera ininterrumpida. ¿Quién será? ¿Una llamada del Señor? ¿Estados Unidos para negociar aranceles? ¿Brad Pitt buscando novia? ¿Bot proponiendo un trabajo-estafa? Atentos a la sección de sucesos estos días porque mi paciencia se está agotando.





2025: cien años de mecánica cuántica
(Lo dice la ONU)



Miguel A. Pérez

Porque verdad es el susurro de mi boca y mis labios abominan la maldad. Justos son todos los dichos de mi boca, nada hay en ellos astuto ni tortuoso. Todos están abiertos para el inteligente y rectos para los que la ciencia han encontrado.

Proverbios 8:7-9

A mi amigo Chapu, poesía y física cuántica

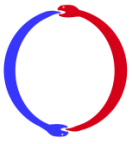


Cuando el mundo era certero, los humanos no teníamos de qué preocuparnos. Disponíamos de un entorno de leyes perfectas, una ciencia de pilares sólidos, anclados en el determinismo más estricto y, si cualquier duda hiciera necesario hurgar más allá de las leyes o buscar más profundo de lo que alcanzaban los pilares, siempre aparecía algún dios o algún diablo —reparta usted los papeles— para resolverla por el artículo treintatrés y conminar al propietario de la duda a comulgar, incluso, con ruedas de molino. Estábamos cómodos con esa

situación, capaz de dar todas las respuestas a todas las preguntas, lo que dejaba al ser humano como únicas preocupaciones las más mundanas: el sustento del cuerpo y la satisfacción de los instintos primarios. Con el primero, se alargaba la vida el tiempo suficiente para que los segundos garantizaran la multiplicación de la especie y la población del planeta.

Un mundo perfecto, una maquinaria bien engrasada, movimientos lentos casi imperceptibles, que convertían la aldea humana en una especie de eusociedad como la que forman los enjambres de abejas o de hormigas, en los que el individuo está desposeído de cualquier atisbo de independencia y queda supeditado por completo al bien del conjunto. No había disidentes ni quien se replantease nada fuera de lo estrictamente permitido porque, en el fondo, cuando todas las preguntas tienen la misma respuesta, no es necesario formular ninguna nueva.

Algo salió mal. Aunque se pretendiese reducir al ser humano al estatus de una obrera en un panal o a una guerrera en un hormiguero, no es posible poner puertas al campo ni con todas las cabezas cortadas, ni con el humo de todas las hogueras. El pensamiento, como consecuencia inevitable de la propia vida, es incontenible. Y el ser humano pensó, creó ciencia y construyó tecnología que le hacían la vida más cómoda. Crecieron los recursos y el sustento del cuerpo dejó de ser la preocupación del día a día. Crecieron también los humanos. Más miembros de la sociedad y vida más larga. Más cabezas y más tiempo para pensar, hasta que dejó de haber espacio suficiente para tantas hogueras como habrían sido necesarias ni se producía madera suficiente para quemar a tantos herejes. Tiempo después de que Descartes —tentándose las vestiduras por si acaso— estableciera los criterios para hacer ciencia, hacia el primer cuarto del siglo XIX, los dioses y los diablos se retiraron a sus aposentos y dieron la batalla por perdida. Como decía Tolkien en *El Señor de los*



anillos, “llegó la era de los hombres”. Sin seres inmortales. Sin el mal absoluto. Sin magia.

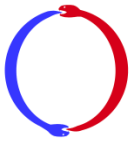
Sin embargo, aún quedó algo de aquella época de gloria y épica infinita: la seguridad de unas leyes que no dejaban nada al azar, en donde la causalidad perfecta regía los destinos de todo cuanto existía en la naturaleza. Desde el más diminuto grano de arena hasta el mayor o el más complejo de los seres vivos, todos obedecían esas leyes que el raciocinio humano había descubierto, formulado y comprobado hasta la saciedad. La razón era la dueña del mundo y a ella debían pleitesía todas las ciencias y todas las tecnologías. Un nuevo dios surgía para dominarlo todo, un dios que, como los anteriores, había creado la mente del ser humano para gobernarlo, un dios que todos podían entender, que era tan previsible como implacable a la hora de ordenar el mundo. Un dios que no era caprichoso ni irascible, que no se ocupaba del individuo ni de sus miserias, sino del mundo físico en el que vivía, donde era omnipresente, infinitamente sabio y todopoderoso. En definitiva, un dios “perfecto”, si es posible poner un adjetivo sin convertirlo en un epíteto innecesario.

Algo volvió a salir mal. Quizá la culpa la tuvo el dinero, el vil metal en términos literales. Si usted lanza una moneda al aire, puede salir cara o cruz sin que sea posible predecir cuál va a ser el resultado. No importa que ponga la moneda en la misma posición, que la lance desde la misma altura y con la misma fuerza; el resultado es impredecible. ¿Cómo que esas leyes perfectas, archicomprobadas, con marchamo divino, inviolables, no son capaces de explicarlo? El azar, como un demonio maldito, burión y pendenciero, surgió de lo más profundo de nuestro infierno a sembrar la duda en lo más sagrado de nuestro paraíso del saber racional. Las leyes físicas, que nos proporcionaban total seguridad en el conocimiento de nuestro entorno, no podían explicar los resultados de algunos experimentos muy sencillos que podíamos hacer en ese mismo entorno. Además, la

causa no era que no se conociese la mecánica de tales experimentos, sino que aun conocida, los resultados no podían predecirse de antemano, lo que significaba que nuestras leyes no debían de ser tan todopoderosas como creíamos o que nuestro dios no era omnipresente ni todopoderoso.

Hay algo que a los humanos se nos da muy mal. Reconocer hasta dónde llegan nuestro universo alcanzable y las fronteras de nuestro “saber”. Sí, esa es la mayor demostración de ignorancia, según había dicho Sócrates muchos siglos atrás, pero otras de las limitaciones humanas son olvidar la historia, repetir el mismo error o persistir una y otra vez en él. Así pues, con este baldón encima, relegamos el azar a un lugar que no molestase mucho. Al azar lo vestimos de suerte y lo dejamos en el ámbito del juego y, para limitar los riesgos, incluimos una porción de denostación y añadimos todo un elenco de personajes a su alrededor, tahúres, gafes, tramposos, magos, todos ellos tocados de las peores características de la condición humana. Así, nuestras leyes perfectas continuaban explicando el mundo y los demonios jugaban a los dados en su propio infierno de azar e incertidumbre.

Sin embargo, la solución improvisada de relegar al azar tampoco salió bien. La ciencia tiene como objetivo la búsqueda permanente, el cuestionamiento constante y la duda razonable. Cuando el ser humano se volvió a preguntar por las partículas que constituyen todo lo que vemos y podemos tocar no le bastó que todo estuviese compuesto por átomos, un término puramente semántico de origen griego que conducía a un círculo vicioso con tufillo a sofisma: está constituido por átomos porque, como su nombre indica, no se pueden dividir y, si se pudiesen dividir, estos serían los verdaderos átomos. Aunque la propuesta de conducir el problema a la simple literalidad duró muchos siglos, en cuanto se empezó a cuestionar la indivisibilidad



del átomo —a pesar de su nombre—, no pasaron muchos años hasta que se encontraron sus partículas constituyentes. A principios del siglo XX, Niels Bohr hacía el último intento por conciliar la realidad emergente desde lo más íntimo de la materia con las leyes conocidas hasta aquel momento. No se sostenía. Un nuevo intento, esta vez de Arnold Sommerfeld, refinaba el modelo propuesto por Bohr, aunque sin lograr la consistencia necesaria para satisfacer la necesidad de perfección que el dios de la ciencia exigía.

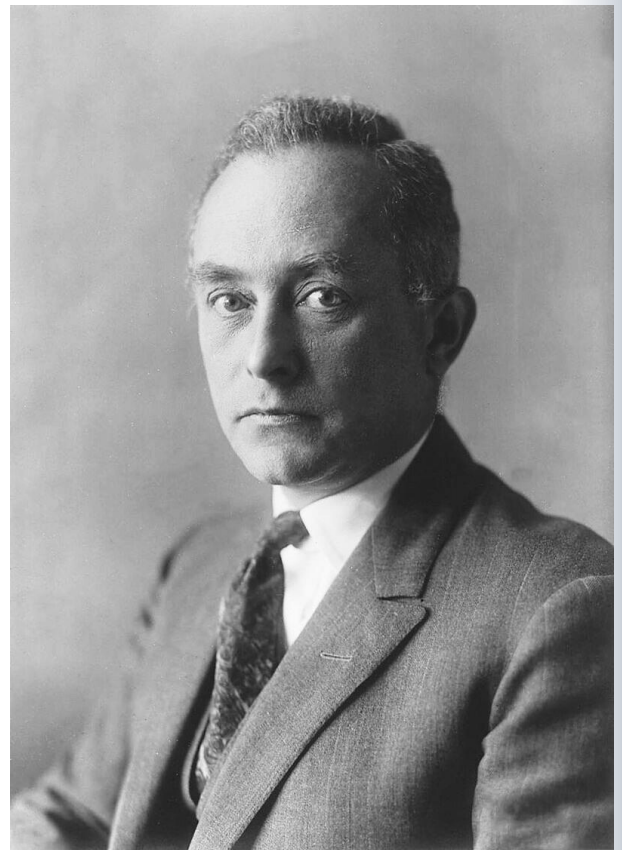


Arnold Schrödinger (12/8/1887-4/1/1961)

Llegó lo inevitable.

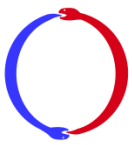
Primero fue Erwin Schrödinger quien propuso la ecuación que permite identificar lo que hacen los electrones en los átomos, una ecuación elegante y compleja que, poco después, dio paso al regreso de la probabilidad como motor que rige lo más íntimo de la materia. No fue Schrödinger, sino Max Born quien añadió ese

ingrediente que ponía patas arriba el mundo físico y luego fue Paul Dirac quien completó la tarea en 1928. El resultado —sería extraordinariamente tedioso e infumable entrar en detalles— se puede resumir en que el comportamiento de las partículas se rige por leyes ligadas a la probabilidad, con lo que la seguridad del determinismo se rompe y el conocimiento de nuestro mundo físico nos conduce a un abismo en el que no es posible “saber” ni tener certeza y en el que cualquier intento de conocer se traduce inmediatamente en una interacción con aquello que queremos conocer, de modo que lo modificamos y nos resulta imposible determinar su situación inmediatamente anterior al intento.



Max Born (11/12/1882-5/1/1970)

Esta desaparición repentina de todo suelo bajo nuestros pies resultó inasumible para muchos científicos, como Albert Einstein, quien escribió aquella célebre frase de “Dios no juega a los



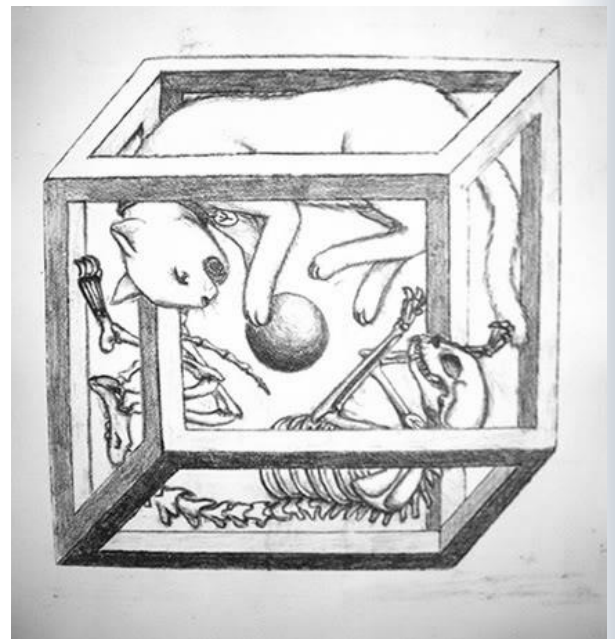
dados”¹, para tratar de demonizar lo que emanaba del azar como motor para explicar todos los asuntos de las partículas que constituyen nuestro universo. Einstein, uno de los grandes de la historia de la ciencia, padecía cierta tendencia a las ocurrencias con forma de aforismos —muy apreciados en literatura, pero con escaso interés en la ciencia—, así que es también conocido por ser un prolífico emisor de tonterías poco meditadas. Aquella fue la respuesta a una carta de Max Born en la que este defendía una de las ideas básicas de la nueva mecánica cuántica: “Después de cierta actividad, obtendremos, con cierto grado de probabilidad, un resultado específico. Además, en algunas circunstancias quizá obtendremos algo totalmente diferente”.



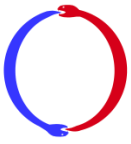
Paul Dirac (8/8/1902-20/10/1984)

¹ La frase completa es la siguiente: “La teoría ofrece bastante información, pero no nos acerca mucho al secreto del Viejo. En todo caso estoy convencido de que Él no juega a los dados”.

La ausencia de certeza es lo peor que tiene la mecánica cuántica cuando se trata de “entenderla” —o lo que sea—, eso es lo que más descolocados nos deja, acostumbrados como estamos a que la probabilidad solo quede relegada al mundo del juego y a que cada objeto existe o no existe, pero solo puede ser cierta una de las dos posibilidades en cada momento. Eso no ocurre en la mecánica cuántica en la que existe un concepto denominado superposición cuántica que implica que cualquier objeto puede tener dos o más valores diferentes de una misma característica (variable), como si una misma persona pudiese medir 1,50 y 1,80 m de estatura simultáneamente. Uno de los ejemplos más conocidos que pone de relieve esta particularidad es el del gato de Schrödinger, propuesto por Erwin Schrödinger en 1935.



En este experimento mental, un gato dentro de una caja cerrada puede considerarse simultáneamente como vivo y como muerto mientras no es observado, debido a que su destino depende de un evento subatómico aleatorio que



puede ocurrir o no (la rotura de un frasco de veneno producida por la desintegración de un átomo radiactivo que tiene un 50 % de posibilidades de producirse). Es obvio que, si abrimos la caja, sabremos si el gato está vivo o muerto, pero mientras esté cerrada es imposible saberlo².

La vinculación de la certeza al conocimiento, al saber, es el pilar de nuestra experiencia diaria, así que el derribo de ese pilar y la consecuente exposición a la imposibilidad de saber o de conocer, constituye el principal inconveniente para comprender la mecánica cuántica y la forma en que esta explica con bastantes garantías cómo funcionan las partículas constitutivas de la materia de la que está formado nuestro mundo. Con frecuencia escuchamos a alguien decir: “A mí, la mecánica cuántica me supera”. Casi siempre es cierto. De hecho, decirlo no deja de ser más que el primer paso del conocimiento, como dijera Sócrates más de dos mil años atrás, admitir la certeza de la ignorancia, acaso la única certeza que esta disciplina física permite.

En resumen, no se preocupe si no entiende el experimento mental del felino en la caja. Es probable que casi nadie lo entienda o puede que tenga otras interpretaciones diferentes. De hecho, si lo pienso en detalle, yo no estoy seguro de poder entenderlo. Eso sí, mientras no me pregunte, usted no tendrá ninguna certeza de si lo entiendo o no. Incluso, puede que tampoco tenga la certeza después de preguntarme.

Como dijo Richard Feynman: “Y el que diga que la entiende, miente”.

En la fotografía de portada, correspondiente a la Solvay Conference de 1927, celebrada en Bruselas (Bélgica) aparecen, de izquierda a derecha:

Fila de atrás

Auguste Piccard, Émile Henriot,
Paul Ehrenfest, Édouard Herzen,
Théophile de Donder, Erwin Schrödinger,
Jules-Émile Verschaffelt, Wolfgang Pauli,
Werner Heisenberg, Ralph Howard Fowler,
Léon Brillouin.

Fila intermedia

Peter Debye, Martin Knudsen,
William Lawrence Bragg,
Hendrik Anthony Kramers, Paul Dirac,
Arthur Compton, Louis de Broglie,
Max Born, Niels Bohr.

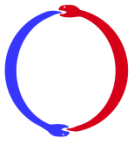
Sentados

Irving Langmuir, Max Planck, Marie Curie,
Hendrik Lorentz, Albert Einstein,
Paul Langevin, Charles-Eugène Guye,
Charles Thomson, Rees Wilson,
Owen Willans Richardson.

² Esta es la conocida como “interpretación de Copenhague”, aunque no es la única interpretación del experimento mental.



Con la poetisa
Paloma Fernández Gomá



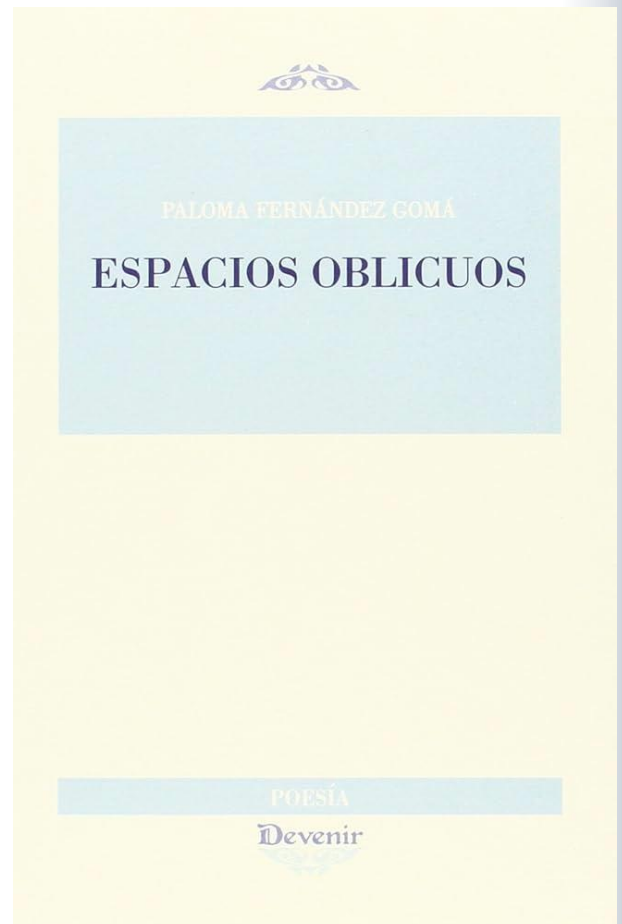
Encarnación Sánchez Arenas

juego imperioso de los sentidos. Dos orillas elevadas en el canto de la tierra, discurriendo por la senda del agua, donde “languidece, en lentitud, la extrema oquedad de las piedras”, dando carta blanca a amplios avatares de cimitarras y estandartes, de leyendas y piélagos atravesados por valles, brisas, llanuras y mareas, donde el aire reclama la ascensión de una luz redentora y la noche se hace eterna para recibir pulsiones y mensajes. La intensa geografía de Tánger, Chaouen, Larache, “la paz de las sendas vaticinan/ el regreso de los cántaros ya colmados/ hacia la sombra que aguarda en el poblado”. Mientras navegamos hacia la otra orilla, el puerto de Algeciras, donde aparecen “trañas

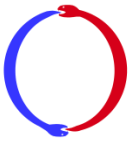
Entre sus poemarios tenemos: *El ocaso del girasol*, 1991; *Calendas*, 1993; *Sonata floral*, 1999; *Senderos de Sirio*, 1999; *Umbral de vigili*

as, 2000; *Paisaje íntimos*, 2000; *Tamiz del desasosiego*, 2003; *Lucernas para Jericó*, 2003; *Cáliz amaranto*, 2005; *Ángeles del desierto*, 2007 (traducido al francés); *Acercando orillas*, 2008; *Desde el alféizar*, 2009; *Espacios oblicuos*, 2015; *Interpretación de Dulcinea*, 2016 (poesía visual); *Zéjeles de Alborada*, 2019 (traducido al árabe); *Las edades del alma*, 2015; *Iris*, 2017; *Weblog del tiempo*, 2021; *La soledad que nos habita*, 2022 (traducido al árabe en 2024); *Las tierras de Silo*, 2023; *Antología (1991-2023)*, 2024. Y en narrativa, *Veinticuatro retratos de mujer*, 2007.

Entre otros, se sumerge en estos *Espacios oblicuos*, poemario editado por Devenir, donde perviven los claroscuros del tiempo y el paso de las estaciones. Ritos iniciáticos y apuntes de levedad van convidando al caminante a conocer el



cruzando la bocana”. Y la tierra nos recorre con imágenes llenas de intensidad, vareando almen dras, junto a un campo de cerezos, “siempre el ayer,/ se vuelve presente/ envuelto en lluvia de abismos”, junto al roble envejecido y macha diano, con reconstruir esa memoria deshabitada que se llena de repente, renovándose en medio



de la nada, a pesar del insomnio de las horas, a pesar del miedo a lo ignoto, “y de nuevo la noche/ y su eco de eternidad”, el regreso al origen, crisol de olas tras las huellas de la vida, más allá de la erosión del tiempo, del desplome de la realidad y el vértigo de los días, resquicios que queman como la lumbre y se internan por la intrahistoria de las horas, las que no regresan, cuando sabemos que “el magma es plegaria/ que conduce el fuego hacia su exterminio”, como apunta Pilar Quirosa-Cheyrouze.

Su obra *Iris*, publicada en la prestigiosa editorial cordobesa *Ánfora Nova*, que dirige el escritor José María Molina Caballero, aún esencialmente dos conceptos capitales: el pensamiento mítico y el ansia de la solidaridad, expresión señera de lo no táctil, de lo espiritual, de lo invisible, de todo aquello que concierne al ser humano y muchas veces no alcanzamos a comprender. Ana Herrera (2018), nos recuerda que nuestra autora es diestra en recursos literarios³.

PALOMA FERNÁNDEZ GOMÁ

IRIS



Colección

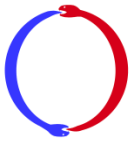
ÁNFORA NOVA

60

³ <http://www.aceandalucia.org>. Consultado el 23 de abril de 2025.



**Las teselas del tiempo
en la literatura**



Pilar Úcar Ventura

tomar aire para no acabar exhaustos y sin resuello.

A través de este juego, analizamos el tiempo, el gran tema filosófico y esencial de antes y de ahora, de siempre:

Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando; cuán presto se va el placer; cómo después de acordado da dolor; cómo a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor...

Al leerlo en la soledad interior del cerebro o en voz alta, algo ha cambiado, y cuesta reconocer lo que ya sabíamos nos contaba el poeta prerrenacentista: la fugacidad del tiempo y la importancia del recuerdo. Le tocó vivir una transición de centuria no exenta de complejidades y plasmó su desasosiego temporal con una expresión comedida y serena. La muerte, inexorable, llega y nos provoca una paradoja de lucidez y ensoñación.

En esta ocasión, propongo un experimento al lector.

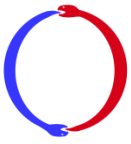
Vamos a transformar la poesía en prosa, el lirismo en una suerte de prosaísmo —aunque solo sea formal— a través de la desconfiguración de varios poemas; versos “desalineados”, no como los diseñó el autor, sino en forma de párrafos, casi atropellados, rápidos, sin pausas, en una especie de alienación poética.

¿Qué pasaría con algunos de los títulos más significativos de Manrique, Quevedo, Rosalía o Machado si los enjaretamos como en una autopista, seguidos, rectos, sin encabalgamientos? ¿Y si convirtiéramos sus poemas en un ejercicio de reescritura distópica?

Seguro que adoptan la forma del decurso de un pensamiento atropellado, caótico y nos obliga a



Al reproducir parte de sus coplas en frases continuadas, se acentúa el sentido de caducidad, de apremio vital y de anticipación mortal.



Dejemos que los versos hablen:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer;
cómo después de acordado da dolor;
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor...

Sin palabras.

Nuestra siguiente parada en esta autopista ficticia por la que vamos rodando es Quevedo, magistral poeta áureo al que la crítica lo tilda de pesimista, sin remisión; quizá convendría añadir el matiz de “pesimista activo”, es decir, un tipo inteligente con una perspicacia digna de encomio.

Él grita y no lo escuchan, advierte y se mofan de sus predicciones, pide respuestas y la callada obtiene. Con todo y con eso, se lanza a proferir a una edad avanzada, sesuda y consciente de que nos van a amortajar, que los tesoros acumulados de poco sirven y que la única certeza temporal del ser humano es su condición mortal: casi nada.

Se dirige a la vida y esta, presente y caduca...

“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido! La Fortuna
mis tiempos ha mordido; las Horas mi locura
las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni a dónde la salud
y la edad se hayan huido! Falta la vida, asiste
lo vivido, y no hay calamidad que no me
ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado; hoy se está
yendo sin parar un punto: soy un fue, y un
será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto pañales y
mortaja, y he quedado presentes sucesiones de
difunto.

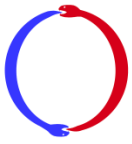
¿De qué habla? Podemos preguntarnos. Así
planteados los versos, ni son tales ni se les es-
pera. No adivinamos si aparentan microcuen-
tos, aforismos, consejas o consejos.



Se formulan sin distancia, a renglón seguido sin
parada y fonda.

Volvamos al origen:

“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.
¡Que sin poder saber cómo ni a dónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:



soy un fue, y un será, y un es cansado.
En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Toda exégesis eludo.

Y sin bajarnos de la máquina del tiempo, como en ese coche de *Back to the future*, tan sicodélico entonces y tan trasnochado hoy —el destrozo que hace el paso del tiempo en la filmografía—, nos plantamos en el siglo XIX, convulso y prolífico, polígrafo y extenuante. Y ahí Rosalía de Castro desde sus sombras al pie de la cama que poco descanso le procuraba, desde su Galicia natal, algunos de sus versos nos hacen caer en la falsa realidad de esperanzas e ilusiones.

A ella le gustó analizar líricamente el prosaísmo de lo cotidiano, del día a día pesaroso y lastrante. Como en las edades gongorinas, la sucesión de épocas vitales configura el devenir vital de su poesía en imágenes más o menos clásicas, en metáforas consabidas y símbolos experimentados. El espejo no engaña, y la poeta, con sus versos, nos devuelve una imagen ineludible.

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros, ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros, lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso. de mí murmuran y exclaman: Ahí va la loca soñando con la eterna primavera de la vida y de los campos, y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos, y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha, mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula, con la eterna primavera de mi vida que se apaga y la perenne frescura de los campos y las almas, aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños, sin ellos, ¿cómo admiraros ni cómo vivir sin ellos?

La lectura agobiante se agolpa en nuestros ojos y necesitamos un respiro. Tanto y tanto que se sincera, se produce un atropello mental y físico, tal y como ella lo vive. Diálogo y conversaciones, preguntas retóricas, oratoria lírica sin descanso. Con la poeta, nos asfixiamos en el devenir ineludible del paso del tiempo.



Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes ni los pájaros, ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros, lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso.

De mí murmuran y exclaman:

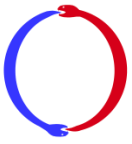
ahí va la loca soñando

con la eterna primavera de la vida y de los campos,
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

Hay canas en mi cabeza, hay en los prados
escarcha,

mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
con la eterna primavera de mi vida que se apaga
y la perenne frescura de los campos y las almas,
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños,
sin ellos, ¿cómo admiraros ni cómo vivir sin ellos?



Nada más que añadir.

Antonio Machado siempre enseña, siempre alecciona y siempre es lírico, o no tanto. También le gusta pasearse por lo prosaico, por los menesteres diarios. Gran conocedor del ciclo de la vida, circular o lineal, valga la paradoja, nos deja versos inevitables, cantados, rimados y teatralizados, fílmicos y reales. De la naturaleza a lo mollar, de lo humano al espiritual, del presente al porvenir, del *locus amoenus* a la temporalidad del *carpe diem*, recuerda que fuimos, sin parar, y que nuestros huesos —y quizá también el alma— a algún sitio irán a parar.

Al leerlo así, oímos la canción, vemos imágenes, sentimos una leve sonrisa y algo de conmisericordia.

Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre el mar.



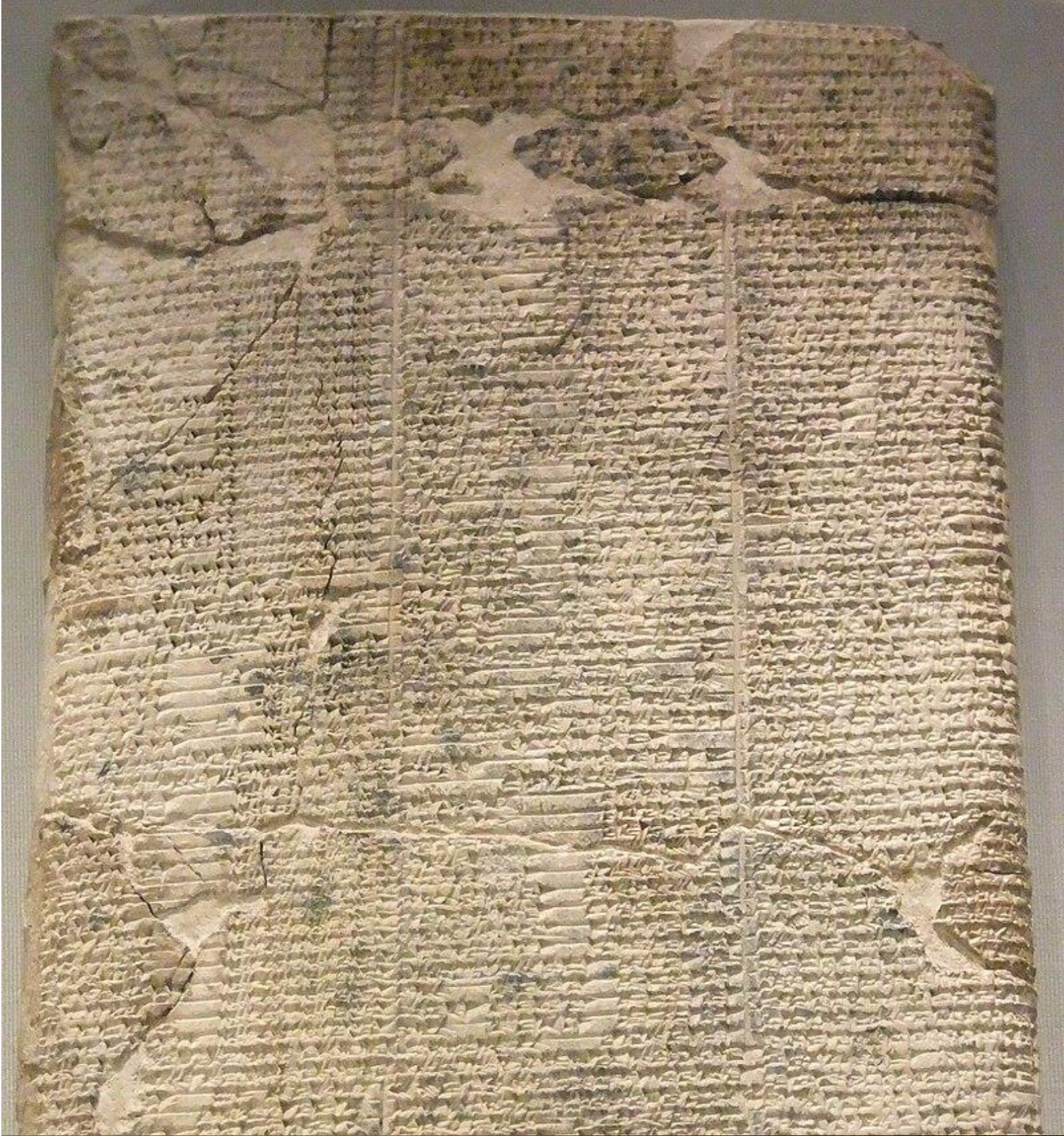
Pero lo conocemos:

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre el mar.

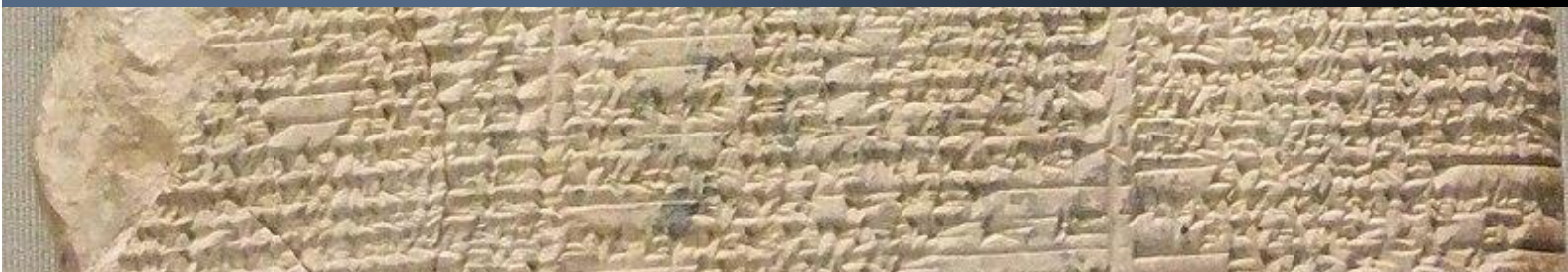
No cabe ni una coma.

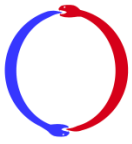
Volvamos a lo genuino, a la voz lírica de Manrique, Quevedo, Rosalía y Machado.

No conviene subvertir los cimientos poéticos que han configurado todo un mosaico temporal, pieza a pieza en nuestro recorrido vital.



**La historia (y la economía)
empieza en Sumer**





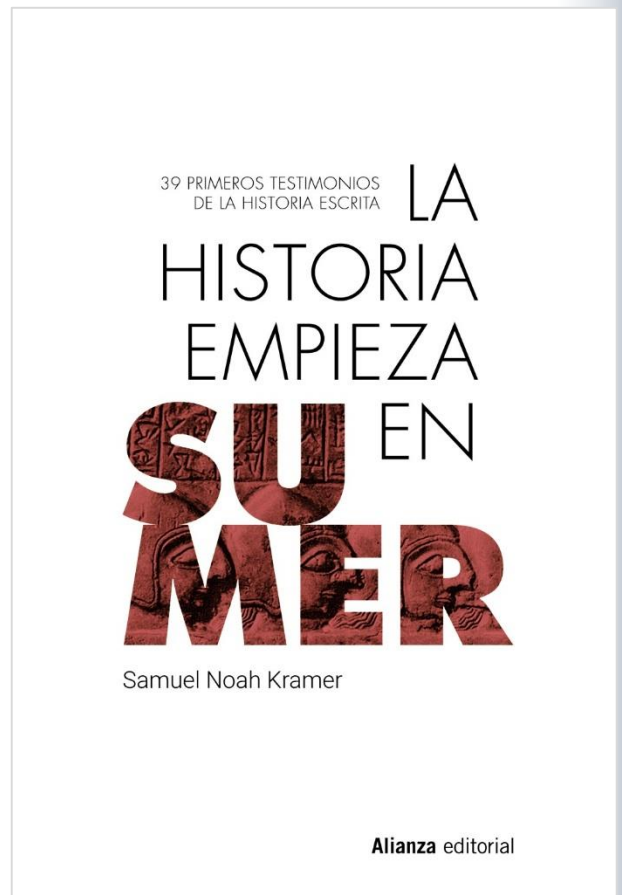
Isaías Covarrubias Marquina

Dedicado a mis colegas y amigos Alejandro Gutiérrez, Alejandro Padrón, Misha Szinetar, Jesús Mora, Rafael Cartay, Daniel Anido, Carlos Hernández Delfino, faros en esta búsqueda académica sin fin.

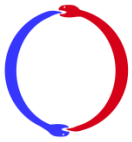
He vuelto a leer *La historia empieza en Sumer*, del estadounidense Samuel Noah Kramer, escrito en 1956. Kramer es conocido por ser uno de los descifradores de la primera escritura de la historia, originada en Sumeria. Se trata de la traducción de una gran cantidad de tablillas de arcilla encontradas en diferentes periodos, desde mediados del siglo XIX, en lo que se conoce especialmente como la Baja Mesopotamia, con un apreciable contenido de escritos sobre sucesos, obras, mitos y el sistema jurídico y político de una de las primeras civilizaciones, existente aproximadamente del 4 100 hasta 17 50 a. e. c. Sumeria agrupaba varias ciudades-estado, como Kish, Lagash, Ur, Uruk, Nippur, reuniendo en ellas a diferentes pueblos de diversas etnias, como los protoiraníes, los semitas y, por supuesto, los propios sumerios, aparentemente inmigrantes provenientes del suroeste del Irán moderno, reconocidos por el tipo de cerámica que producían, aunque

en el presente no existe consenso con respecto a esta hipótesis de su origen.

A pesar de los casi setenta años transcurridos desde su publicación, el libro no pierde vigencia, es historia viva, revelando las pulsiones, los conflictos, las acciones de guerreros, sacerdotes, gobernantes (en ocasiones los tres perfiles reunidos en la misma persona), dentro de estas primeras sociedades agrarias, que despuntaban hacia el cultivo de rubros agrícolas, especialmente cereales y granos, y en la producción de artesanía, mediante técnicas mejoradas. La planificación alrededor de estas actividades en asentamientos permanentes, condujeron a la invención por parte de los sumerios del sistema sexagesimal para medir el tiempo, sistema que aún se utiliza en la actualidad.



Las tablillas de arcilla contienen los primeros escritos de la humanidad, basados en una escritura cuneiforme, llamada así porque se hacía en forma de cuña, presionando un estilete sobre la



arcilla húmeda. Las tablillas retratan esa antigua civilización, en principio en aspectos como registros comerciales, generados principalmente de la producción y almacenamiento de rubros agrícolas, para luego derivar hacia una suerte de tratados sobre educación, salud, astronomía, los acontecimientos de guerras, funcionamiento de reglas y leyes, precursoras del famoso Código de Hamurabi, hasta los más conocidos mitos y leyendas alrededor de sus dioses y héroes, convertidos en verdaderas obras literarias, como la *Epopéya de Gilgamesh*.

Entre los mitos y leyendas alrededor de sus dioses y héroes, destacan los relatos de las acciones del prominente y belicoso Enlil, el “señor del viento”, y de la bella diosa Inanna, predecesora de otras como la Ishtar de los acadios y asirios y la Afrodita de los griegos. Inanna era considerada la diosa del amor, la sensualidad, la fertilidad, protectora de ciudades, formando parte activa en las guerras que estos iniciaban o respondían frente a otros pueblos adversarios.

Pero es la famosa *Epopéya de Gilgamesh*, un héroe con rasgos modernos, valiente, arriesgado, que, sin embargo, no deja de manifestar sus emociones, sus apegos, su amistad, sus miedos propios de cualquier ser humano, la que se lleva la palma. Es una obra literaria que perfigura las más conocidas epopeyas de los comienzos de la civilización occidental, como las homéricas *La Iliada* y *La Odisea*.

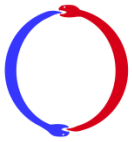
Al terreno de la economía, el libro le dedica poco espacio, pero significativo. La mayor parte gira alrededor de las actividades económicas de los habitantes de las ciudades-estado, conformado por agricultores, ganaderos, barberos, pescadores, mercaderes y artesanos dentro de un orden social estratificado y rígido, como era lo usual en estas primeras sociedades agrarias.

En particular, en el capítulo VII se hace referencia a las acciones de la burocracia gubernamental en cuanto a la recaudación de impuestos, mostrando los prolegómenos de lo que serían las políticas económicas desde entonces. Lo curioso es que los diferentes documentos encontrados al respecto señalan diferentes opiniones sobre las consecuencias de una reducción de impuestos, si serían eficaces o insuficientes, como si se tratase de una discusión sobre los efectos a nivel global que tendrá la imposición de aranceles a las importaciones, iniciados recientemente por el gobierno de los Estados Unidos de Donald Trump.



La reducción de impuestos se planteó como una medida para que la ciudad de Lagash pudiera volver a cierto nivel de prosperidad económica, uno que había perdido en medio de restricciones por la inexistencia de derechos de propiedad y por actividades fuertemente reguladas por el Estado. La alta carga fiscal asfixiaba a quienes se dedicaban a estas actividades. En medio de presiones de guerra con otros reinos y otros conflictos, los gobernantes no tenían mejor idea que aumentar los impuestos para luego, al darse cuenta de lo impopular de la medida, buscar dar marcha atrás, por los perniciosos efectos que estaba teniendo sobre la producción. Nuevamente, se trata de sucesos económicos y de políticas económicas que no son extemporáneas, se repiten en decisiones de muchas burocracias gubernamentales del mundo moderno.

Sin dedicarles un capítulo aparte, Kramer menciona, en el capítulo XXVI, las consecuencias



de una guerra y una invasión de pueblos bárbaros sobre la producción de cultivos y artesanías. Los historiadores de la época narraron los sucesos en tono de drama y amenaza latente, describiendo los efectos de esta pérdida de producción sobre, en primer lugar, la escasez de bienes y servicios y, en segundo término, las consecuencias de una menor oferta agregada en relación con la demanda agregada, que causó que el nivel de precios se disparara, documentando lo que probablemente fue la primera inflación de la historia, con sus conocidos costos sociales.

En el superlativo libro del economista checo Tomás Sedlasek, *Economía del bien y del mal. La búsqueda del significado económico desde Gilgamesh hasta Wall Street*, publicado en español por el FCE en 2014, el comentario acerca del libro que hace la destacada economista estadounidense Deirdre McCloskey me parece que resume muy bien el propósito de lo que quise escribir: dar rienda suelta una vez más a mi afición por emparentar la historia, la litera-



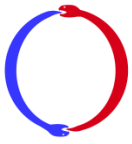
tura, la economía, en una sola unidad comprensiva y comprensiva. McCloskey argumenta que “los economistas se han lisiado a sí mismos por su falta de ambición académica y su desdén ‘científico’ hacia el discurso humanístico, cuando es raro que estas obras no penetren también en el alma misma de la economía”. Un buen argumento y una buena intención para

seguir escribiendo sobre economía desde la historia, desde la literatura. Espero seguir proponiendo al respecto.





Castilla



Goyo

y la carretera discurrían a menudo paralelas y competíamos en velocidad con ellos.

Lentamente, el intruso aire seco invadía el tren en las paradas o, tal vez, por los resquicios de las puertas o de las ventanas y mi tos y el incipiente catarro desaparecían como por ensalmo antes de llegar a León.

Los vagones tenían un pasillo lateral y departamentos de seis plazas los de primera clase y de ocho los de segunda, con asientos enfrentados que permitían poca libertad a las piernas. Yo salía al pasillo y permanecía mucho tiempo apoyado en las barras de las ventanas, era como ver desfilar el mundo en un *travelling* sin final. ¡Qué espectáculo! «¡No pases a otros vagones!», advertía contundente mi madre, que atisbaba peligros por todos los lados.

Ni se me ocurría. Solo años más tarde, atravesando las dos plataformas oscilantes por el traqueteo que separaban los vagones y protegidas del exterior por los fuelles, examinaba el ambiente de los departamentos de otros vagones. Más de cuatro horas de viaje, provisiones de tortilla, milanesas y bacalao frito, vino y un termo con café. Mi madre desplegaba las viandas. «¿Gustan ustedes?», invitaba a los compañeros del departamento. «No, muchas gracias, buen provecho».

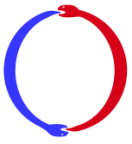
Menuda escena si aceptaban, claro que había ocasiones en que la iniciativa partía de ellos y nos formulaban la misma invitación. ¡Vaya cumplidos!

Llegábamos a León y su estación de infinitas vías, sus grandes marquesinas que amparaban los andenes y las majestuosas locomotoras de vapor que relevaban a las eléc-

El tren serpenteaba por las interables rampas de Pajares, arrastrado por la poderosa locomotora eléctrica. Túneles infinitos dejaban pocos intervalos para extasiarse ante el sublime panorama exterior y la carretera sinuosa, apartada, por la que trepaban los vehículos con lentitud. Superada la tremenda barrera y comenzando a bajar a la meseta, la vía



¡TIERRA A LA VISTA!



tricas rumbo a las rutas castellanias, camino de Madrid, ignotas para mí.

La estatua de Guzmán el Bueno apuntaba con su daga a la estación.

Si no te gusta León, ahí tienes la estación.



Pero a mí sí me gustaba León. Marcaba el final de mi querido trayecto ferroviario y la ilusión de las vacaciones en casa de mis abuelos y al regreso, el viaje en mi adorado tren hasta Asturias, después de dos etapas de autobús.

Andando, si el tiempo sobraba, o en taxi si el tren llegaba con retraso, hasta enlazar con el coche de línea a través del páramo leonés hasta Benavente. Ah, Benavente, villa próspera y bulliciosa, un cruce de caminos.

¡Benavente, buena villa y mala gente!

Sin embargo, sus vecinos retrucaban:

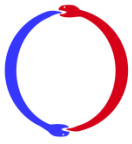
El que lo dice miente, si buena es la villa, mejor es la gente.

Nos esperaban mi tía Aurora y mi tío Clemente, si el trabajo se lo permitía. Aurora era menuda, delicada y cariñosa. Almuerzo en su casa, abrazo a mis primos y, a media tarde, otro coche de línea hasta el pueblo natal en la comarca de Sanabria. Al llegar casi anochecía. Mis abuelos aguardaban en la parada.

El pueblo de límites muy definidos —vacío absoluto de vida humana hasta el próximo que distaba ocho o nueve kilómetros—, estaba situado a novecientos metros de altitud. A mediados de agosto las noches eran frías. Cenábamos en la mesa camilla defendida por un hule con dibujos de la torre de Hércules, que parecía predecir mi futura vida a escasos kilómetros de ella. El hule era un regalo de Tomás, hermano de mi abuela, que residía en la hermosa ciudad de la emblemática torre. Un necesario brasero con ascuas de leña se situaba en la huella inferior de la mesa. Más tarde, el ingreso en las sábanas era helador al comienzo. Varias mantas, como si estuviéramos en el invierno de nuestro más templado hogar de Asturias.

La casa tenía varios niveles. Situada al lado de la carretera que unía Madrid y Vigo —todos los días pasaban camiones cargados con coches de la factoría de Citroën—, disponía una sastrería amplia en la entrada, tres máquinas industriales Singer, negras con dibujos dorados, accionadas por un gran pedal de vaivén y volante manual para las costuras cortas. Piezas cortadas, hilvanadas o cosidas de manera definitiva, forros..., todo esparcido por la amplia mesa y la composición final del rompecabezas que se me antojaba milagroso, cuando se acomodaban al maniquí exhibiendo una americana, un traje o la sotana de un cura, previo paso por las planchas de brasas, descomunales, espesa fundición y mango de madera.

En los descansos de las máquinas me sentaba y accionaba el pedal y la inercia hacía oscilar la aguja con frenesí. «Deja de jugar con la máquina —advertía mi abuelo—, puedes “pescar”



un dedo y te tendremos que llevar al hospital de Zamora. ¡Menudo dolor vas a pasar!». Paraba en seco. Mi abuelo era adusto y serio. Bastaba su severa mirada para que todos entendiéramos. Siempre vestido con elegancia, chaleco y camisa a juego, sintonizando con su profesión. Me enseñaba a hacer el nudo de corbata tipo Windsor, que era perfecto y simétrico.

La abuela, que conservaba una interminable melena plateada recogida en un gran moño, se dirigía al abuelo. «Ángel, a ver si pillas una liebre para comer mañana».

Tenía una escopeta de cartuchos con cañones paralelos. A la “espera”, sin auxilio de perro, se apostaba agazapado tras una roca o árbol. El paso de de los animales era frecuente en aquellos parajes. Los cazadores de otras tierras eran escasos por las deficientes comunicaciones. Liebres, conejos, corzos, ciervos, perdices..., un paraíso.

Mi abuela desollaba la liebre con destreza y después de un tiempo de oreo la cocinaba con maestría. Un placer para el paladar, lejano y ya perdido.

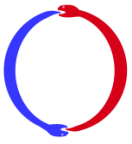
Al subir cuatro peldaños desde la sastrería, se accedía al comedor y con otros tres, al corto pasillo que comunicaba con la cocina. Tenía dos lugares para faenar: una cocina bilbaína con sus

aros concéntricos, el horno y el calderín de agua caliente y un lar de leña con escaños a los costados, la chimenea y la cadena para colgar lo que fuese preciso. Me gustaba avivar el fuego con aquel fuelle enorme. «Vas a acabar con la leña de tanto soplar. Y estás levantando cenizas..., hay que dirigir el aire a las brasas». «Está bien, abuela». Pero no cejaba en mi empeño. Con una escalera muy pendiente, se accedía a los dormitorios y al balcón, que era zona prohibida: «El balcón no es seguro, puedes caer a la carretera».

Teníamos que visitar a otros parientes que eran numerosos y despedirnos de ellos al terminar las vacaciones. Rosalía era una mujer robusta, franca y sencilla, hermana de mi padre, y nos invitaba a comer los *jijos*, que era la carne reservada para los chorizos, adobada con un pimentón supremo y después frita, un manjar que no he vuelto a probar, aunque existan versiones no comparables. Mi padre iba casi todas las noches a cenar las sopas de ajo a su casa. «Paco, esta noche te voy a hacer las sopas de ajo, a ver si te gustan y dejas descansar a Rosalía», proponía mi abuela. «Está bien, señora Patro, seguro que me van a gustar».

Era una fiesta cuando acudíamos a comer a casa de mi tía María, otra hermana de mi padre. María era elegante y guapa, y cocinaba un menú que no era tradicional, como en la casa de los





abuelos. Los alegres juegos con mis primos. Su marido Clemente, un hombre de mundo, cálido y atento. «¡Hola, asturianín, cuanto has crecido! ¿Cómo *ye* eso?».

Eran dueños de una ferretería-bazar y María nos regalaba platos, vasos, ollas, sartenes y cubertería que mi madre agradecía. Al finalizar las vacaciones, si nuestro regreso coincidía con un viaje de Clemente, subíamos a los asientos corridos en la cabina de su camión Leyland hasta Benavente, evitando el tedioso coche de línea.

Paseaba con mis padres, que me señalaban sus tierras heredadas, alguna profanada por las torretas de los dos tendidos de alta tensión que, con el pueblo situado entre ellas, conducían en dirección este la energía de las centrales hidroeléctricas cercanas. Olía a trigo recién segado. Iban transcurriendo los días y yo presentía la cita con los recuerdos, como casi todos los años.

Los abuelos manifestaban a veces un ánimo abatido desde mucho tiempo atrás. Habían perdido a su primogénita Esmeralda con veintitrés años, que dejó un niño de pocos meses. Una peritonitis aguda se la llevó. El dolor, insuperable para siempre. El recuerdo planeaba incesante en toda la familia, yo me sentía muy inquieto y mi padre abandonaba la escena. Las vacaciones se habían quebrado como cristal.

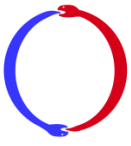
El día de regreso todavía estaba aturdido y confuso. Después, lentamente me recobraba y empezaba a sentirme aliviado, otras vacaciones superadas. Cuando vislumbraba la estación de León para subir al tren que nos llevaría a casa había recuperado la calma perdida.





Ikram Abdi

إكرام عبيدي



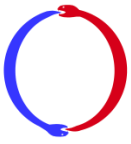
عناقيد كلمات



Encarnación Sánchez Arenas

عضوة اتحاد كتاب المغرب
نشرت أشعارها بمنابر مغربية وعربية
حصلت على الجائزة الأولى للشعر من قبل جمعية ملتقى الإبداع النسائي بفاس لعام 2000
نشرت مقالات رأي بالعديد من المجلات والجرائد المغربية والعربية
شاركت بملتقيات ثقافية وشعرية بالمغرب وخارجه
صدر لها:
"لن أقايبض النوارس" ديوان شعر (2003)
"يدثرني الغامض فيك" (2011)
"قصاصات غيم" (2014)
"وعتمتك وسعت كل شيء" (2024)

Miembro de la Unión de Escritores de Marruecos. Ha publicado sus poemas en plataformas marroquíes y árabes y artículos de opinión en numerosas revistas y periódicos marroquíes y árabes. Ha participado en encuentros culturales y poéticos dentro y fuera de Marruecos. Obtuvo el primer premio de poesía otorgado por la Asociación del Encuentro de la Creatividad Femenina en Fez en el año 2000 y ha publicado *No negociaré con las gaviotas* (2003, poemario), *Me envuelve lo enigmático de ti* (2011), *Fragments de nubes* (2014) y *Y tu oscuridad lo abarcó todo* (2024).



نَجْمَتَانِ فَقَطْ...

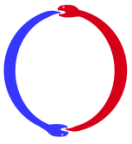
بِوَسْعِكَ أَنْ تُنْبِتَ فِي جَسَدِي
كُلَّ الْحَرَاشِفِ الْبَرِّيَّةِ،
لَكِنْ كُنْ عَلَى يَقِينٍ
أَنْ فِي أَرْضِي الْفَصِيَّةِ
مَشْتَلًا
يَكْفِينِي كَيْ أُرِيقَ الْعُمَرَ كُلَّهُ.

بِوَسْعِكَ أَنْ تُوقِفَ نَهْرَ الْكَلِمَاتِ،
لَكِنْ كُنْ عَلَى يَقِينٍ
أَنْ فِي نَسْغِي يَنَابِيعَ حَبِيئَةً
تَكْفِي كَيْ أَجْرِفَ كُلَّ صَحَارَى الصَّمْتِ.

بِوَسْعِكَ أَنْ تَرَوِّضَ بَحْرِي،
تُرْتَّبَ مَوْجِي،
تَخِيطَ لِعُرْيِي جَسَدًا مِنْ أَشْلَاءِ الْبَرِّيَّةِ،
لَكِنْ كُنْ عَلَى يَقِينٍ
أَنْ مَوْجًا يَغْمُرُنِي عِنْدَ كُلِّ رَفَّةٍ جَفْنِيكَفِينِي كَيْ أَغْرَقَ فِي لُجَّةِ النَّيِّهِ

بِوَسْعِكَ أَنْ تَسْقِي جُرُوحِي،
تَرْعَاهَا بِتُوْدَةٍ وَنَشْوَةٍ،
لَكِنْ كُنْ عَلَى يَقِينٍ
أَنْ لَيْلَةً وَاحِدَةً تَكْفِي كَيْ أَلْفِظَ كُلَّ الْآمِي،
وَأَوْلَدَ مَعَ أَوْلِ إِشْرَاقِهِ ضَوْءٍ.

بِوَسْعِكَ أَنْ تُطْفِئَ سَمَائِي،
تَقْطِفَ نُجُيْمَاتِي
كَيْ تُطَرَّرَ سَمَاءَكَ الضَّجْرَةَ،
لَكِنْ كُنْ عَلَى يَقِينٍ
أَنْ لِي نَجْمَتَيْنِ أَرْعَاهُمَا كَمَا رَعَاهُمَا
الدُّبْيَانِيُّ فِي لَيْلِهِ الْبَطِيءِ،
وَتَكْفِيَانِي فَقَطْ
كَيْ أَصْنَعَ وَطَنًا مِنْ ضَوْءٍ.



Solo dos estrellas...

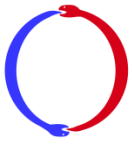
Puedes hacer brotar en mi cuerpo
todas las escamas silvestres,
pero ten la certeza
de que en mi tierra lejana
hay un vivero
que me basta para florecer toda la vida.

Puedes detener el río de las palabras,
pero ten la certeza
de que en mi savia hay manantiales ocultos
que bastan para arrasar todos los desiertos del silencio.

Puedes domar mi mar,
ordenar mis olas,
coserle a mi desnudez un cuerpo de restos silvestres,
pero ten la certeza
de que una ola me inunda con cada parpadeo
y me basta para ahogarme en el abismo de la confusión.

Puedes regar mis heridas,
cuidarlas con gentileza y paciencia,
pero ten la certeza
de que una sola noche basta para expresar todo mi dolor
y renacer con el primer destello de luz.

Puedes apagar mi cielo,
cosechar mis estrellitas
para bordar tu aburrido cielo,
pero ten la certeza
de que tengo dos estrellas que cuido como las cuidó
el poeta Dhubyani en su lenta noche,
y que me bastan
para forjar para mí una patria de luz.



Víctor Hugo Pérez Gallo

La poética de la resistencia en “Solo dos estrellas...” de Ikram Abdi

Una interpretación crítica

El poema de Ikram Abdi es una poderosa declaración de la indomabilidad del espíritu humano frente a las fuerzas que buscan someterlo. El crítico estadounidense Harold Bloom vería en este texto una aserción de la imaginación poética como el último bastión de la libertad individual, el último refugio donde el yo puede resistir la opresión y encontrar su propia luz.

El tono desafiante y las repetidas afirmaciones de certeza revelan una voz lírica que se niega a ser doblegada, no importa cuán duras sean las amenazas o las acciones ejercidas en su contra. Cada imagen de control y sometimiento ("Puedes hacer brotar en mi cuerpo / todas las escamas silvestres", "Puedes detener el río de las palabras", "Puedes domar mi mar") es contrarrestada por una declaración de autonomía y autosuficiencia: "pero ten la certeza / de que en mi tierra lejana / hay un vivero / que me basta para florecer toda la vida".

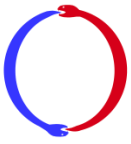
Esta dialéctica entre la imposición externa y la resistencia interna es fundamental en la poética de Ikram Abdi, en su genio creativo por preservar su integridad frente a las fuerzas del mundo. El poema de Abdi se alza como un acto de fe en la capacidad del yo de recrearse a sí mismo, de encontrar en su "savia" y en sus "dos estrellas"

los recursos necesarios para forjar "una patria de luz" más allá del alcance de quienes pretenden subyugarlo.

La metáfora del "río de las palabras" resalta en el poema de Ikram Abdi, esta, de hecho, es muy significativa y se puede analizar de varias formas. En primer lugar, evoca la cualidad fluida, ininterrumpida y dinámica del lenguaje poético. Sugiere que el flujo verbal del poeta es imparable, como las aguas de un río que no pueden ser detenidas. Esta imagen transmite la idea de la abundancia y el potencial expresivo del poeta, pues incluso si se intenta "detener el río de las palabras", en la "savia" del poeta hay "manantiales ocultos" que bastan para arrasar "todos los desiertos del silencio".

Por otra parte, el río también connota ideas de fuerza, ímpetu y potencia, lo que se alinea con la actitud de resistencia y afirmación del yo poético. Detener este río sería un intento vano de suprimir la voz y la capacidad expresiva del poeta, lo que refuerza el tema central del poema: la indomabilidad del espíritu poético.

Más allá del lenguaje, la metáfora del "río de las palabras" puede verse como una representación de la propia identidad y experiencia del yo lírico. Así como el río fluye sin interrupción, el poeta afirma que su ser interior es una fuente



inagotable que no puede ser dominada. En este sentido, la metáfora encarna la afirmación de la autonomía y la integridad del yo frente a fuerzas externas.

Considero que el poema de Abdi se relaciona con la tradición poética árabe de varias maneras (decía Borges que uno construye a sus ascendientes en la literatura):

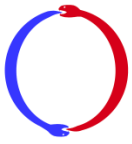
- El énfasis en la voz individual y la subjetividad: la poesía árabe clásica, como la poesía de Imru' al-Qays, se caracteriza por una fuerte presencia del *yo lírico* y la exploración de la psicología y las emociones del poeta. El poema de Abdi sigue esta tendencia al colocar la voz y la experiencia interior del yo poético en el centro de la composición.
- El simbolismo y el lenguaje figurativo: la poesía árabe hace un uso extensivo de la imagen poética, el símbolo y el lenguaje metafórico para expresar ideas y estados de ánimo. El poema de Abdi está repleto de imágenes sugerentes como "las escamas silvestres", "el río de las palabras", "el mar" y "las dos estrellas", que funcionan como vehículos simbólicos para transmitir significados más profundos.
- Los temas de identidad y pertenencia: muchos poetas árabes clásicos, como Al-Mutanabbi, han explorado temas de identidad nacional, exilio y búsqueda de un hogar espiritual. El poema de Abdi aborda estas cuestiones al hablar de "mi tierra lejana" y "forjar para mí una patria de luz", reflejando la preocupación de la poesía árabe por la relación entre el yo y la comunidad.
- La actitud de resistencia y afirmación del yo: la poesía árabe a menudo ha adoptado un tono desafiante y una postura de resistencia frente a la opresión y la adversidad, como se ve en la poesía del poeta palestino Mahmoud Darwish. El poema de Abdi encaja en esta tradición al presentar un yo

poético que se niega a ser doblegado y afirma su autonomía y su capacidad de regeneración.

Este texto poético sobresale por su habilidad para transfigurar cada amenaza en una afirmación de la vitalidad humana. Pues en último término, lo que el poema nos revela no es un yo vulnerable, sino uno que ha forjado su propia mitología de resistencia, una identidad inquebrantable que brota de las profundidades de su ser como un manantial inagotable.



Sacha Zamka

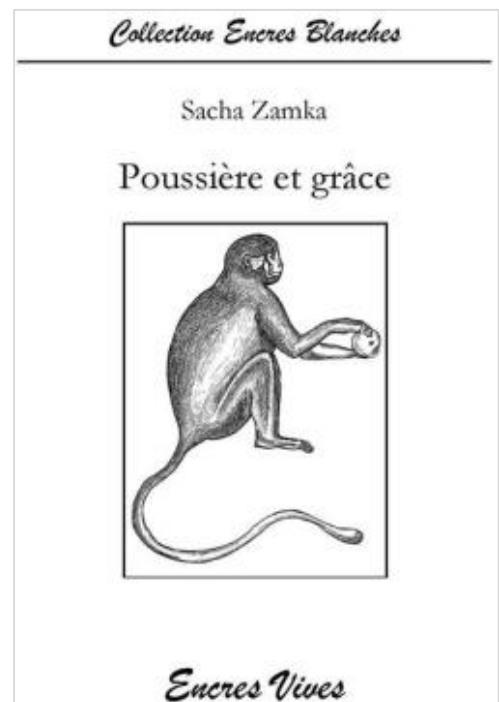


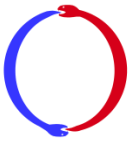
Texto y traducción de Miguel Ángel Real



nacido en los años 90, Sacha Zamka crece en Francia. Tras estudiar filosofía, se interesa por las obras de Emmanuel Lévinas, Léon Chestov y Walter Benjamin y descubre Viena, Nueva York y Montreal. Desde entonces, se dedica a escribir cuentos y poemas. Inspirado por la poesía de Ossip Mandelstam, Peretz Markish y Benjamin Fondane, su escritura se centra en la infancia, la identidad y la memoria, con un lenguaje que combina fragmentos bíblicos y experiencias cotidianas, dando testimonio de una condición diaspórica. Sus poemas han sido publicados en diferentes revistas en Francia (*Les hommes sans épaule*, *Possibles*, *La vie multiple*, *Libres Mots*, *À l'index*, *Comme en poésie*, *Le Cafard Hérétique*, *Poésie Première*, *Arpa*, *OuPoLi...*), en Bélgica (*Traversées*, *Le Journal des poètes*) y en Canadá (*Cavale*). Ha publicado un poemario, *Poussière et grâce*, con Encres Vives.

Maintenant que l'argile pleure será publicado en breve por las ediciones Unicité.





Poemas de *Poussière et grâce* (Encres vives, Collection encres blanches n°818), 2024

survivre

on cherche ce que fut l'enfance
à l'intérieur de sa paupière
autour du doigt les deux anneaux
du signe infini on se hâte

à se perdre dans les étoiles
par les chemins de la mémoire
on serre sans raison les lèvres

comment survivre à ceux qu'on aime ?

sobrevivir

buscamos lo que fue la infancia
en el interior de nuestro párpado
alrededor de nuestro dedo los dos anillos
del signo infinito nos apresuramos

a perdernos en las estrellas
por los caminos de la memoria
apretamos los labios sin motivo

¿cómo sobrevivir a los que amamos?

rêve

une fois une fois rien au-delà de celle

qui nous est accordée ou qui nous est offerte
on erre sans retour et rien n'enseigne à être
comme un grain de poussière on retourne à soi-même

on se perd en regrets on se perd en tristesses
le ciel se désintègre on s'étend dans les herbes
voué à l'air au feu à l'eau et à la terre

rien enfermé dans rien peut-être qu'on se rêve

sueño

una vez una vez nada más allá de la

que se nos concede o se nos ofrece
vagamos sin retorno y nada nos enseña a ser
como una mota de polvo volvemos a nosotros mismos

nos perdemos en arrepentimientos nos perdemos en
tristezas

el cielo se desintegra nos tumbamos en la hierba
entregados al aire al fuego al agua y a la tierra

nada encerrada en nada soñándonos tal vez

clef

perte la clef qui refermait la chambre

temps labyrinthe éternité méandre
le cercle n'a jamais eu aucun centre
c'est dans la chair que vient dessiner l'encre

détruits les dieux et décimés les anges
on cherche en soi où est morte l'enfance
rêver s'éprend de ce qu'exister hante

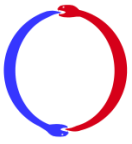
llave

perdida la llave que cerraba la habitación

tiempo laberinto eternidad meandro
el círculo nunca tuvo ningún centro
es en la carne donde la tinta viene a dibujar

destruidos los dioses y diezmados los ángeles
buscamos en nosotros dónde murió la infancia
soñar es enamorarse de lo que la existencia
atormenta





noms

on s'offre à des dieux anonymes
et à des animaux sauvages
un même murmure frissonne

derniers bourgeons derniers pollens
par les chemins de la mémoire
on s'égare entre des tombeaux
aux noms connus ou inconnus

enfant du deuil parent des morts
où errer ailleurs qu'en soi-même ?

nombres

nos ofrecemos a dioses anónimos
y a los animales salvajes
un mismo murmullo tiembla

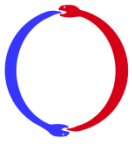
últimos brotes últimos pólenes
por los caminos de la memoria
vagamos entre tumbas
de nombres conocidos o desconocidos

hijo del luto padre de los muertos
¿dónde vagar sino en uno mismo?



Ítaca

(cun chisco de ollo a Celso Emilio Ferreiro)



Augusto Guedes

Ítaca

(con un guiño a Celso Emilio Ferreiro)

¿Onde, onde está
a miña Ítaca?
¿onde os prados verdes
e os altos viñedos?

Xa rompera miñas pegadas
camiñando, deixara sendeiros
onde non os había
e con eles quedaron
anacos da miña alma;
se algunha vez, viaxeiro,
os encontras dilles
que son prisioneiro,
e, se os deuses
foran favorables
e viras os meus compañeiros,
viaxeiro, eu rei e señor de Ítaca,
prégocho, fálalles con palabras doces
do meu amargo destino.

Si, os fillos do desencanto
volverán a berrar
e o seu grito será rosada
para a miña alma sedenta
e, quizais, abra unha nova porta
ós meus pés cansos.

¿Onde deuses altivos
puxestes Ítaca?
¿Onde o seu son
durme nas eiras do tempo?
que eu estou morrendo
nesta longa noite
encadeado as sombras.

¿Dónde, dónde está
mi Ítaca?
¿dónde los prados verdes
y los altos viñedos?

Ya había roto mis huellas.
caminando, dejando rastros
donde no había ninguno
y quedaron con ellos
pedazos de mi alma;
Si alguna vez, viajero,
los encuentras diles
que soy un prisionero,
y, si los dioses
fueran favorables
y vieras a mis compañeros,
viajero, yo, rey y señor de Ítaca,
te lo ruego, háblales con palabras dulces.
de mi amargo destino.

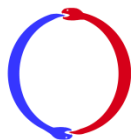
Sí, los hijos del desencanto.
volverán a gritar
y su grito será rocío
para mi alma sedienta,
y, quizás, abra una nueva puerta
a mis pies cansados.

¿Dónde dioses altivos?
pusisteis Ítaca?
¿Dónde tu sonido
duerme en las eras del tiempo?
que me estoy muriendo
en esta larga noche
encadenado a las sombras



Espuma de mar



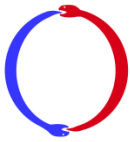


Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

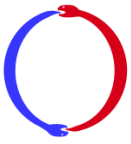
Novela

NOVELA	Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Málaga	9		Ayuntamiento de Málaga (España)	25 000
Novela negra "Ciudad de Getafe"	10	150 a 280	Ayuntamiento de Getafe (España)	10 000
Felipe Trigo	13	150 a 300	Ayuntamiento de Villanueva de la Serena (España)	20 000 6 500
Desnivel de literatura de montaña, viajes y aventuras	15	≥ 60	Ediciones Desnivel (España)	3 000
Planeta	15	200 a 650		1 000 000 200 000
Novela rural	15	≤ 100 000 palabras	Diputación de Córdoba (España)	12 000
Laura Rojas	20	80 a 120	La Pereza Ediciones (EE. UU.)	1 200
"Tristana" de novela fantástica	30	≤ 60 000 palabras	Ayuntamiento de Santander (España)	8 000



Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA	Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad y naturaleza José Emilio Pacheco	2	40 a 60	Universidad de Guadalajara (México)	9 000
Certamen literario Carmen Martín Gaité	6	≤ 15	Distrito de Salamanca (España)	3 500 1 000
Certamen literario Joaquín Lobato Ciudad de Vélez-Málaga	7	8 a 15	Ayuntamiento de Vélez-Málaga (España)	600
Certamen literario de narrativa breve Municipio De Casas Bajas	12	350 a 700 palabras	Ayuntamiento y la Asociación Cultural de Casas Bajas (España)	500 300 200
Relato corto 2025 - Nuevo Casino Principal de Pamplona	15	≤ 6	Nuevo Casino Principal de Pamplona (España)	1 000
Vicente Núñez	15	≥ 500	Diputación de Córdoba (España)	12 000
Cuentos José Calderón Escalada	15	90 a 180 líneas	Ayuntamiento de Reinosa (España)	3 250
Certamen de relato corto "Tierra de Monegros"	29	12 000 a 24 000 caracteres	Comarca de Los Monegros (España)	2 000 1 000
Amamos el AOVE, 48 Kilates	30	2 a 5	48 Kilates (España)	200 100 50
Certamen literario Santoña... La mar	30	≤ 8 500 palabras	Ayuntamiento de Santoña (España)	2 000 500 500
Relato corto "Calicanto"	30	2 a 4	Ayuntamiento de Manzanares (España)	600
Certamen nacional de relatos "Las Fuentes de la Edad"	30	2 a 3	Asociación Las Fuentes de la Edad (España)	700 550
Setenil 2025 al mejor libro de relatos publicado en España	30	Obra publicada	Ayuntamiento de Molina de Segura (España)	10 000



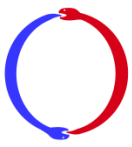
Poesía

La lírica tiene en el Premio de poesía Reina Sofía uno de los galardones más importantes hasta el punto de que no falta quien lo compara con el Premio Cervantes. Dotado con 42 000 euros y otorgado por **Patrimonio Nacional** y por la **Universidad de Salamanca**, se otorga al conjunto de la obra poética de un autor vivo que, por su valor literario, constituya una aportación relevante al patrimonio cultural común de Iberoamérica y España. Este año, el galardón ha ido a las manos del escritor y político madrileño **Luis Alberto de Cuenca** (1950) por, en palabras del jurado, «una profunda erudición literaria y un estilo que se mueve entre la reflexión filosófica, la exploración de la cultura clásica y la introspección personal».

El jurado que ha otorgado el premio está compuesto por Ana de la Cueva Fernández, Presidenta del Consejo de Administración del Patrimonio Nacional; Juan Manuel Corchado Rodríguez, rector de la Universidad de Salamanca; Santiago Muñoz Machado, director de la Real Academia Española; Piedad Bonnet, galardonada del año pasado; ocho miembros (como máximo) designados a partes iguales por el Presidente de Patrimonio Nacional y por el rector de la Universidad de Salamanca, de los cuales, dos serán profesores del Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca; ha actuado como secretaria María de los Ángeles Recio Ariza, con voz pero sin voto.

Premio
Reina Sofía
de Poesía
Iberoamericana

Luis Alberto Cuenca conoce bien el premio que ahora recibe pues ha formado parte en otras ocasiones del jurado que lo concede. Además, ha sido Secretario de Estado de Cultura (2000 a 2004), justo después de ejercer como director de la Biblioteca Nacional de España (1996 a 2000). También es Académico correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada desde 2009 y Académico de número de la Real Academia de la Historia, con la medalla n.º 28 desde 2010. En la faceta literaria tiene una copiosa producción tanto en el terreno lírico como en el ensayístico y en la traducción. A lo largo de esa carrera que ahora es reconocida, ha recibido un buen número de premios, como el Nacional de la Crítica por el poemario *La caja de plata* (1985), el Nacional de Literatura Infantil a la Mejor Labor de Traducción de Libros Infantiles por *El cantar de Valtario* (1989), el Internacional de Poesía Ciudad de Melilla por *La vida en llamas* (2005), el Nacional de las Letras Teresa de Ávila (2008), el de Cultura de la Comunidad de Madrid por su trayectoria literaria (2007), el Nacional de las Letras Teresa de Ávila (2008), el de Poesía Manuel Alcántara por *Paseo vespertino* (2009), el Asociación de Editores de Poesía por *El reino blanco* (2010), el ABC Cultural & Ámbito Cultural (2013), el Nacional de Poesía por *Cuaderno de vacaciones* (2015), el Internacional de Poesía Federico García Lorca (2021) y el Jaime Gil de Biedma por *El secreto del mago* (2023).



POESÍA

Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2025

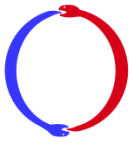
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Certamen literario Joaquín Lobato Ciudad de Vélez-Málaga	7	300 a 700	Ayuntamiento de Vélez-Málaga (España)	3 000 600
Certamen de poesía Ernestina de Champourcín	10	500 a 700	Diputación Foral de Álava (España)	2 000
Internacional de poesía de José Hierro	11	500 a 1 000	Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes (España)	9 000
Justas literarias	15	75 a 150	Ayuntamiento de Reinosa (España)	3 250
Certamen Nacional De Poesía "Huellas De Cobre"	16	≤ 30	Rosario Santana Muñoz, Hermandad Sacramental "Nuestra Señora del Rosario" (España)	300
Internacional de poesía Marpoética	20	≥ 300	Ayuntamiento de Marbella (España)	26 000
Certamen de poesía "Rosalia de Castro"	30	300 a 600	Casa de Galicia en Córdoba (España)	3 000
Certamen nacional de poesía "Habla"	30	50 a 100	Asociación cultural Habla (España)	1 000 400
Ciega de Manzanares	30	500 a 1 000	Ayuntamiento de Manzanares (España)	3 000
Certamen de poesía "Las Fuentes de la Edad"	30	75 a 100	Asociación Las Fuentes de la Edad (España)	700 550
Nacional de poesía 'Antonio Gonzalez de Lama'	30	500 a 1 000	Ayuntamiento de León (España)	6 000
Internacional de poesía Margarita Hierro / Fundación Centro de Poesía José Hierro	30	500 a 1 000	Fundación Centro de Poesía José Hierro (España)	6 000
Internacional de Videopoesía	30	≤ 5 minutos	Maldito Festival de Videopoesía (España)	500 300 200

No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

NO FICCIÓN

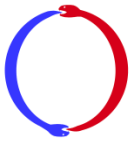
Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2025

Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Paidós	30	≥ 200	Ediciones Paidós (España)	35 000
Málaga de ensayo "José María González Ruiz"	30	≥ 125	Ayuntamiento de Málaga (España)	10 000



Otros géneros literarios

TEATRO / GUIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2025		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Textos teatrales dirigidos a público infantil	10		Ayuntamiento de Pamplona y la Escuela Navarra de Teatro (España)	2 500
Antonio Gala	15	≤ 125	Diputación de Córdoba (España)	12 000
LIJ				
Poesía infantil Charo González	20	≤ 60	Fundación Conrado Blanco (España)	2 000
ILUSTRACIÓN				
Certamen “José Luis Cabañas” de humor gráfico ilustrado	13	A3	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	2 000 1 000
Álbum ilustrado	15	≤ 40	Diputación de Córdoba (España)	12 000

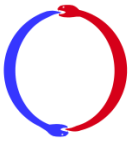


	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2								■			
3					■				■		
4				■						■	
5			■								
6	■					■					■
7									■		
8		■						■			
9			■				■				
10				■							
11						■					

Solución

HORIZONTALES **1** Immanol..., actor de cine y televisión. Albert..., filósofo y novelista francés. **2** Mítico pueblo creado por García Márquez. Un pecado capital. **3** Día anterior al de hoy. El arte en los tiempos de Cicerón. Organización del trabajo. **4** Repetido, tipo de bala. Te quemas. **5** Dos vocales fuertes. Escritor danés, famoso por sus cuentos para niños. **6** Perdido, para los ingleses. Desgastas. **7** Edenes. Cuenta corriente. **8** El perro de Ulises. Aféresis de amor. **9** Entre la k y la n. Remolca una embarcación, al revés. Dar..., halagar. **10** Hombre, en Londres. ... Copérnico, astrónomo polaco. **11** Editorial española. ... Vallejo, dramaturgo español.

VERTICALES **1** ... Nervo, poeta mexicano. Brian de..., cineasta norteamericano. **2** Novela de Cortázar. Mayo, en Manchester. **3** Acuné, de abajo a arriba. Aparcamiento regulado. Símbolo del sodio. **4** Al revés, mordisquea. Cocinará al fuego. **5** Símbolo del estaño. Tragedia de Sófocles. **6** Casi un arma arrojadiza con volantes. Al revés y sin ortografía, piedras para señalar límites. **7** Animales lanudos. Al revés, entre la letra a y la d. **8** Espuertas. Antiguo curso de acceso para la universidad. **9** Nota musical. Dirección del viento. Objeto grande. **10** Antepasado del toro. Manolo..., cantante patrio. **11** El demonio. Imperdonable, grave error.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

43	6	25	33	12	55	48	20
1	23	30	11	15	56		
13	51	53	26	36			
27	50	42	4	22	39		
2	45	47					
8	5	35	14				
16	18	46	37	19			
38	29	41	54	32	9		

Rebosar, sobrar

Bandera, insignia

Líquido de las plantas

Color rojo claro

Limitada

Mechón de pelo sobre la frente

Sobrenombre

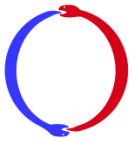
Itera, rehace

Texto: proverbio chino.

Clave, primera columna de definiciones: destacar, sobresalir.



Prológo de
La araña negra



Vicente Blasco Ibáñez

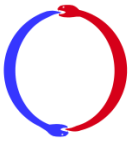
Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

I

—No es ésta la mejor hora para hacer visitas. En este colegio se guardan muy bien las reglas, señor; no sé si la madre directora podrá recibirle pero a pesar de esto preguntaré.

Y el hermano Andrés, al decir estas palabras, se llevaba indolentemente una mano a su puntiagudo y mugriento gorro de seda, como queriendo medir con justo patrón un saludo que no fuera descortés, pero tampoco amable; uno de esos saludos que se guardan para las personas misteriosas que no se sabe de dónde vienen ni lo que quieren. Y sonreía con la expresión de un cancerbero, abriendo aquella bocaza frailuna, oscura, maloliente, de profundidad interminable y adornada en su entrada con tres dientes gastados, retorcidos y amarillentos como las fichas de un dominó de café.

Aquel portero de religioso colegio, en su juventud lego de las disueltas órdenes religiosas, defensor después del Altar y el Trono a las órdenes de Cabrera, criado de los jesuitas en Francia y en España y empleado por fin de la pensión del Corazón de Jesús, miraba al recién llegado con la recelosa y hostil curiosidad propia de quien ha pasado casi toda su vida entre gente inquieta y aficionada a la sospecha, que cree la desconfianza un sentimiento natural y el espionaje un deber ineludible. Se veía en el hermano Andrés, con un poco de observación y a pesar de los estragos que la edad había hecho en su cuerpo flacucho, al antiguo lego, tosco, brutal,



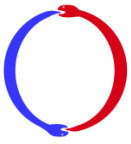
de puños tan férreos como su estómago y dispuesto lo mismo a barrerle la celda al padre prior como a empuñar el trabuco carlista; pero su posterior roce con los jesuitas había creado una nueva personalidad que se adaptaba sobre su antiguo natural como el traje sobre el cuerpo y en virtud de aquella cepilladura loyolesca sabía sonreír con mansedumbre evangélica, mirar a todas partes con los ojos fijos en el suelo y dar a su voz una entonación meliflua y humilde que hacía exclamar a más de una de las ricas devotas que visitaban el colegio: «Este hermano Andrés es un santo varón».

Y al santo no le caía muy en gracia aquel caballero, apeándose a la puerta del colegio de un carruaje con cierto misterioso recato, había entrado de sopetón en su portería. Había en él algo que alarmaba su olfato amaestrado en la sacristía y en las partidas carlistas, algo que el hermano Andrés había ya rotulado en su imaginación con el terrible título de *tufillo liberal*.

«Este hombre no es de los nuestros» —se decía el seráfico portero mirándole al sesgo con desconfianza—, y, efectivamente, todo en él se diferenciaba del aspecto de los asiduos visitantes del colegio. Estos eran buenas gentes que nunca hablaban alto, que decían al entrar ¡Ave María! que preguntaban con cierta veneración por la reverenda madre superiora y de paso dirigían una sonrisa al conserje hermano en Cristo; que inclinaban la cabeza ante las innumerables estampas de santos de todas clases y tamaños que colgadas de las paredes de la portería convertían ésta en una verdadera corte celestial al cromo barato, y el recién llegado no decía una palabra sin mirar a los ojos de aquel a quien se dirigía; tenía un acento enérgico y vibrante que no se esforzaba en disimular, mostraba en sus ademanes una noble franqueza, había preguntado con desfachatez revolucionaria por la *señora directora* y al fijarse en los bienaventurados de vivos colorines que adornaban el cuarto, ¡horror de los horrores! al hermano Andrés le había parecido que a los labios del incógnito apuntaba una fugaz y amarga sonrisa.

Además, aquel rostro moreno de facciones pronunciadas, aquellos bigotes gruesos de un color rubio oscuro con reflejos metálicos y aquella frente surcada por una arruga vertical, signo en ciertos caracteres enérgicos lo mismo de cólera que de contrariedad, por un no sé qué misterioso afirmaban cada vez más al religioso portero en la creencia de que aquel hombre que por su aire marcial parecía un antiguo militar no tenía nada de común con el Sagrado Corazón, con las monjas ni con sus visitantes.

«¿Si será alguno de esos revolucionarios arrepentidos que ahora han subido al poder?» —y esa consideración que mentalmente se hacía el portero, era la que le impulsaba a mostrarse fríamente amable y no contestar



con aquella insolente sequedad que guardaba siempre para los impíos poco temibles.

—Voy a ver si dan permiso para que usted pase, y entretanto puede usted descansar aquí.

Esto lo dijo el portero tras el largo silencio transcurrido después de las palabras con que recibió al recién llegado.

Nada contestó éste, y el hermano, que había tomado de las monjas la curiosidad femenil, no se resolvió a moverse sin practicar algún sondeo en aquel incógnito, que él calificaba de misterioso.

—¿Y qué nombre tendré que anunciar a la madre superiora?

—Es inútil; no me conoce.

—¿Creo que no vendrá usted por asuntos de ninguna señorita de las que están aquí a pensión?

—Vengo a ver a la señorita María Álvarez y Baselga, que hace tres años está en este colegio.

—Perdone usted, señor; aquí no hay ninguna señorita Álvarez.

—¿Cómo...! —exclamó con sorpresa el desconocido, mirando fijamente al portero.

—Usted se referirá sin duda —continuó éste tomando un aire de compungido servilismo—, a la señorita María Quirós de Baselga, condesa de Baselga.

Al oír estas palabras, el rostro de aquel hombre se transfiguró rápidamente, su habitual expresión noble y franca trocóse en reconcentrada y feroz, y con voz temblona por la cólera, gritó:

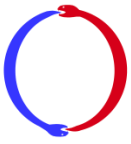
—Eso de Quirós es mentira; la señorita Álvarez, esa niña...

Pero calló como si comprendiera lo ridículo que resultaba discutir sobre apellidos con un portero curioso, y mirando a éste con aire de superioridad, le dijo:

—Estoy perdiendo un tiempo precioso para mí. Anuncie usted inmediatamente a la señora directora que hay un caballero que desea hablarla.

El hermano Andrés obedeció saliendo de la portería no sin antes saludar a aquel hombre que tal aire de imposición sabía mostrar, y abriendo la mampara de pintados cristales se internó en el patio del colegio.

El incógnito sentóse en el conventual sillón de cuero del conserje y esperó, dejando vagar su mirada sobre los mamarrachos artísticos que recibían el homenaje del fanatismo.



Reinaba la calma propia de un edificio que, a pesar de encontrarse en la parte más céntrica de una ciudad, aunque no muy grande, bastante populosa, tenía la defensa que le proporcionaba el estar enclavado al extremo de una calleja sin salida que en su entrada de embudo recogía los ruidos propios de la vida y de la agitación para irlos disminuyendo y conducirlos amortiguados hasta las puertas del colegio donde se extinguían como temerosos de salvar los umbrales de aquella casa dedicada a las oraciones y a una educación tan religiosa como extravagante.

Cuando el distraído incógnito, saliendo momentáneamente de su ensimismamiento fijaba su mirada en la pequeña ventana de cristales algo empañados y orlada de estampitas que en la fachada se abría al lado de la gran puerta del colegio, veía a continuación de la mercenaria berlina, la callejuela en toda su extensión, solitaria, monótona y fría como la plegaria de una religiosa, y allá, a su término, el cruzar rápido de carruajes, el encuentro de transeúntes y todos los detalles propios de una vía concurrida, o más bien, de la arteria principal de una ciudad de provincia.

De vez en cuando, sobre el confuso rumor que se producía en la gran calle y que llegaba al colegio como el rugido de un mar lejano, dominaban gritos estridentes que se repetían con metódica precisión.

Era el vocear de los vendedores de papeles públicos. Desde la portería no podían precisarse las palabras del oral anuncio, pero el desconocido lo había oído momentos antes y sabía lo que significaba.

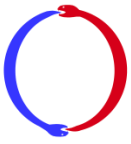
Era la hoja extraordinaria que anunciaba cómo en la madrugada del día anterior el general Pavía había penetrado en el palacio de la Representación Nacional para disolver a viva fuerza las Cortes Constituyentes de la República.

El golpe de Estado tan esperado por los elementos conservadores se había realizado; la República no había caído aún de nombre, pero estaba muerta de hecho y el país buscaba ya con mirada indiferente cuál era el nuevo amo que iba a proporcionarle el soldado de fortuna, burlesco héroe del 3 de Enero.

Cada vez que sobre el popular rumor alzabase el estridente chillido de uno de los voceadores, el desconocido pestañeaba como queriendo alejar una idea dolorosa que venía a turbarle en sus meditaciones hartamente graves.

No tardó el portero en volver. Sus pasos tardos y acompasados sonaron al otro lado de la mampara de cristales, ésta se abrió y el hermano Andrés, asomando medio cuerpo, dijo con su eterna sonrisa:

—Cuando el caballero guste puede seguirme.



Levantóse el interpelado, precedido de aquél, atravesó el patio y dejando a un lado la gran escalera, obra maestra de pasados siglos, propia de aquel viejo caserón, con su gruesa baranda de labrada piedra, sus berroqueños follajes, sus leones rampantes roídos por el tiempo, sosteniendo escudos borrosos y sus peldaños gastados y angulosos como encías viejas, subieron una escalerilla de construcción moderna y poco extensa que conducía al entresuelo, donde estaban la habitación y el despacho de la madre superiora y el salón para recibir a los visitantes.

El que ahora entraba en el colegio fue conducido al despacho, pieza que a más del indispensable crucifijo gigantesco, cromos devotos y estanterías con libros empolvados encuadrados en pergamino, ostentaba varios grandes cuadros, el uno fiel retrato del pontífice, puesto en seráfica actitud, y los otros representando imágenes de santos, bulas concediendo indulgencias y labores caligráficas de las educandas.

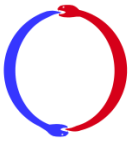
Cuando quedó solo el visitante, sentóse en una butaca y esperó mirando fijamente el blanco retrato del Papa. Un ligero roce consiguió muy pronto sacarle de tal contemplación, y volviendo la cabeza un poco le pareció columbrar por los resquicios que quedaban entre un pesado cortinaje y el hueco de la puerta, blancas tocas, ojos de mujeres y bocas que cuchicheaban suavemente.

La fugaz visión desapareció, el desconocido engolfóse otra vez en sus contemplaciones y por tres o cuatro veces volvió a mirar a la puerta, viendo siempre alguien en acecho, sólo que en una ocasión no fueron tocas monjiles lo que distinguió, sino una negra sotana y unos ojos de ave de rapiña que desaparecieron con la rapidez de las fantasmagorías del sueño...

El incógnito sonrió pensando en la revolución que había causado en el convento su llegada y que tal vez habría hecho más misteriosa con sus palabras el mastuerzo del portero.

De pronto la cortina se levantó y entró en el despacho la superiora: una buena moza que, a pesar de hallarse ya lejos de los cuarenta, ostentaba con cierta satisfacción femenil su carne fofa, pero blanca, tersa y sonrosada a juzgar por los abultados carrillos y llevaba con majestad, no exenta de coquetería, su blanca toca y sus gafas de oro.

Hablaba con gran corrección, pero a las cuatro palabras demostraba su origen francés, pues ciertas letras no podían pasar por su lengua sin ser graciosamente desfiguradas por aquella esposa del Señor.



—Dios guarde a usted, caballero —dijo al entrar—. Siéntese usted y diga en qué pueden servirle en esta santa casa destinada a educar a las jóvenes en el temor de Dios.

Y la buena madre, después de decir con gran calma estas palabras, sentóse majestuosamente en su poltrona, interponiendo entre ella y el visitante la mesa de trabajo cargada de papeles, de rosarios y de un sin número de baratijas religiosas, y clavó en aquél sus gafas deslumbrantes.

El caballero acercó un poco la silla a la mesa como para hablar más bajo, y con voz no muy segura, comenzó:

—Señora —(aquí la religiosa hizo un mohín de disgusto, como rechazando tan mundano tratamiento).

—Señora —volvió a decir aquel hombre como para demostrar que no retiraba la palabrá—. Tengo gran prisa por terminar el asunto que aquí me arrastra, y en usted consistirá el verse pronto libre de mi presencia que de seguro la distrae de más graves ocupaciones.

—Diga usted lo que desea —contestó impasible la superiora.

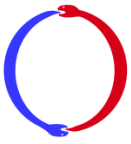
—Acontecimientos imprevistos me obligan a salir de España. No sé cuándo volveré; tal vez nunca, tal vez muy pronto. Una reciente tempestad ha caído sobre mí y otros muchos, y voy lejos, aunque proponiéndome volver así que cese lo que hoy me empuja. En tal situación, señora, antes de partir a un destierro en el que tal vez pierda la vida, vengo aquí a cumplir el más santo de los deberes, el deber de padre, que es el que con más fuerza conmueve mi corazón. En fin, señora, vengo a ver a mi hija; déjeme usted que la dé un beso y me voy al momento.

Y aquel hombrón todo músculos y energía que en ciertos momentos miraba con una fiereza que no por ser noble imponía menos, al decir estas palabras hablaba con voz cada vez más temblona, y al final tiró con cierta violencia de sus grandes bigotes y se rascó en la frente como si con esto quisiera ocultar que sus ojos se ponían lacrimosos a causa de la emoción.

La superiora continuaba en tanto impasible con el aire de una persona que oye cosas que no entiende.

El desconocido tomó tal expresión por una muestra de extrañeza, y dijo, sonriendo con melancolía:

—No extrañe usted, señora, que casi me ponga a llorar. Aquí donde usted me ve, me he conmovido muy pocas veces y eso que en más de una he visto la muerte de cerca. Pero ya puede usted considerar lo que es un padre que en muchos años no ve a su hija y... además no sé si el beso que ahora la dé será el último.



Y el caballero, que luchaba por serenarse, pareció sentir nuevo enternecimiento.

Entretanto la monja despegó los labios y dijo con la solemnidad de una antigua Sibila:

—Debo manifestar a usted que no entiendo lo que dice ni a qué hija se refiere.

El interpelado se incorporó en su asiento con nervioso arranque, manifestando en su mirada la mayor extrañeza; pero después pareció reflexionar, y sonriendo, dijo:

—Es verdad; usted dispense, señora. En mi cariñoso aturdimiento he olvidado manifestar a usted a quién quiero ver y cuál de sus educandas es mi hija. Mi hija es...

—Ante todo, caballero —dijo la superiora interrumpiéndole—. Es la primera vez que veo a usted y por tanto excusado es preguntarle si ha sido usted el que ha traído a este colegio la señorita en cuestión.

—No la he traído yo.

—Ni la habrá conducido aquí alguien por encargo expreso de usted.

—No, señora.

—Pues ninguna de las educandas de la casa se encuentra en tal caso. Todas están aquí por la voluntad y disposición de sus padres o de las personas encargadas de su vigilancia.

—Señora, acabemos, y a ver si logramos entendernos. Yo vengo en busca de María Álvarez y Baselga, que es mi hija.

La monja hizo como quien repasa su memoria con gran detenimiento, y después dijo con sequedad:

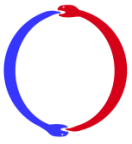
—No hay aquí ninguna educando de tal nombre.

—Señora —contestó el caballero con voz que iba inflamándose y tomando una entonación enérgica—, no perdamos el tiempo y vayamos rectamente al asunto. Aquí está la joven de quien hablo y necesito verla; si es que para entendernos debemos ir discutiendo apellidos le preguntaré ya que así usted lo quiere, en vez de por la señorita Álvarez por la señorita Quirós.

Y al nombrar este apellido, recalcó las letras con cierta amargura despreciativa.

—Eso es diferente —dijo la superiora—. Aquí está como educanda hace tres años, la señorita María Quirós y Baselga, condesa de Baselga, pero ignoro con qué derecho quiere usted verla.

—Soy su padre.



—Su padre murió hace mucho tiempo.

—¡Mentira! —exclamó el hombre con iracunda voz—. Aquel no era más que un miserable, un autómatas que para sus fines particulares movieron los...

Pero al llegar aquí se detuvo como si el lugar en que estaba y el sexo y clase de la persona a quien se dirigía le hicieran variar de tono.

—Perdone usted, señora —continuó—, este raptos de cólera hijo de mi carácter arrebatado. Hace dos días que estoy fuera de mí y en algunos instantes me tengo por próximo a la locura. Créame usted, señora directora, créame pues le aseguro por mi conciencia de hombre honrado, de hombre que jamás ha mentado, que esa niña de quien usted habla, es mi hija. Usted tal vez me conozca, tal vez haya oído hablar de mí. Si la persona que trajo aquí a María, ¡a mi hija querida! ha hecho ciertas revelaciones de familia de seguro que mi nombre no le será a usted desconocido.

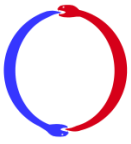
Se detuvo un momento para estudiar el efecto que sus palabras causaban en la superiora, y al verla impasible, dijo con cierta satisfacción propia del que ostenta un nombre que no tiene por qué ocultar:

—Yo, señora, soy Esteban Álvarez, ex-comandante del ejército y uno de los pocos que huyen de su patria por no ver la deshonra consumada en la madrugada de ayer.

Y el que así se revelaba, bajó un instante la cabeza como para devorar la amargura que le causaban sus últimas palabras; momento que aprovechó la monja para fijarse rápidamente en el cortinaje que se había agitado ligeramente y dirigir una mirada a alguna persona oculta, a la que parecía decir: «¡Qué tal! ¿Me engañaba yo?»

Cuando don Esteban volvió a fijar su vista en los espejuelos de la superiora, ésta con cierta desdeñosidad no exenta de evangélica lástima, dijo calmamente:

—Efectivamente conocía su nombre, señor Álvarez. ¿Y quién lo ignora en España? Por desgracia hasta el fondo de las santas moradas en que se rinde culto a Dios, llega el infernal rumor del hervidero revolucionario y se conoce de oídas a los hombres impíos que olvidando los más preciosos sentimientos, declaran la guerra al cielo y a sus servidores, dirigen a las hordas armadas para destruir lo tradicional y venerando de nuestra patria y después en ese centro de escándalos que llaman las Cortes, tienen el satánico atrevimiento de negar la existencia del que es autor del mundo y algún día ha de juzgarnos. ¡Señor Álvarez, le conozco, le conozco bastante! Ojalá que su nombre no fuera tan popular, que con ello ganaría su alma y tendría más segura su salvación.



—No se trata de eso, señora —dijo don Esteban que había oído con impaciencia—. Deje usted a un lado todas esas apreciaciones nacidas de sus ideas políticas y religiosas y que yo respeto. No le he preguntado si usted conocía mi nombre por la fama que mis actos peores o mejores le han dado, sino por haberlo oído en sus conversaciones con la persona que aquí trajo a mi María.

—La condesita de Baselga fue traída a este colegio por su tía, la señora baronesa de Carrillo.

—Justo. ¿Y nada le ha dicho a usted de mí esa señora?

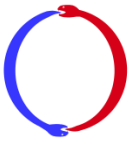
—No creo que la baronesa, persona devota y temerosa de Dios como pocas y perteneciente a una de las familias más ilustres, haya tenido nunca relación con los hombres de la República.

Estas palabras con acento melifluido causaron a don Esteban el efecto de un latigazo e incorporándose en el asiento contestó:

—Valiente jesuitaza es la tal señora, y en cuanto a que yo haya podido tener relación con ella, cosas hay que tal vez usted no ignore (aunque finja lo contrario) y que nos ligan muy de cerca. En fin, señora, terminemos. Hágame usted el inmenso favor de que pueda ver a mi hija un solo instante.

—Aquí no tiene usted ninguna hija y extraño mucho que un hombre como usted, a menos de haberse vuelto loco, venga en circunstancia tan crítica para su seguridad, cuando tal vez le buscan para castigarle por sus excesos, a perturbar la tranquilidad de esta santa casa.

—Tiene usted razón, señora —dijo don Esteban con tristeza—. Me encuentro en circunstancias muy críticas y esto es lo que más debe moverla a acceder a mis deseos. En la madrugada de ayer cuando vi mis ilusiones deshechas y que todos huían olvidando su deber creí volverme loco y mi único pensamiento fue defender lo que tanto nos había costado alcanzar: esa República que ustedes maldicen y en cuya caída pueden reclamar parte pero cuando me convencí de que la resistencia era imposible, de que estaba próximo a perder mi libertad y que lo más racional era la fuga, mi ferviente deseo consistió en ver a mi hija, al único ser que me liga a este mundo y por eso exponiéndome a la venganza de rencorosos enemigos que me odian por mis pasadas hazañas y me temen a causa de lo mucho que aún puedo hacer para que reviva la República, exponiéndome, digo, a tantos peligros, he abandonado Madrid, no para huir rectamente a Francia como aconseja la conveniencia, sino para venir antes a esta ciudad a contemplar, sin duda por última vez, al ser inocente cuyo recuerdo llena mi existencia y derrama dulce calma en mi ánimo cuando me encuentro amargado por las luchas de la vida. Mi mayor felicidad sería lograr que mi hija, ¡mi María!, me acompañase en el destierro que me aguarda, que fuese mi sostén en la vejez prematura que las circunstancias me preparan; pero sé muy bien, señora, que esto no lo lograré, pues ni usted me dará mi hija, ni yo a los ojos de la sociedad tengo derecho para reclamarla; pero ya que esto es



imposible, señora, no ya como a directora de este establecimiento, como mujer de tierno corazón, como ser que aun recordará las tiernas caricias del hombre que la dio la existencia, la pido que antes de que yo parta, me deje besar a la pobre niña víctima en su nacimiento de un miserable engaño y sobre la cual un oculto poder que no quiero nombrar, porque con ello heriría la susceptibilidad de usted, parece que arroja una maldición. Señora, ¿quiere usted concederme lo que le pido?

Calló don Esteban y esperó ansiosamente la contestación de la religiosa; pero ésta no parecía apresurarse en hablar, por lo que aquel pobre padre añadió para reforzar sus anteriores palabras:

—Señora; en nombre de ese ser ideal, todo amor y bondad que continuamente tienen ustedes en los labios, en nombre de Dios, no niegue usted tan mezquino favor a un hombre que lo pide cuando más abrumado está por la desgracia.

La superiora como mostrándose ofendida de que don Esteban introdujera a Dios en la conversación, se incorporó en su asiento y con voz acompasada después de envolver a su interlocutor en una mirada de olímpico desdén, dijo por fin:

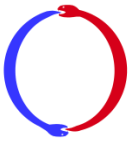
—Este colegio, caballero, tiene reglas estrictas aprobadas por la superioridad, de las que no puede salir y a las que yo no faltaré nunca.

—¿Acaso esas reglas pueden privar que un padre dé un beso a su hija? —Ya le he dicho a usted antes que no es padre de ninguna educanda ni menos de la señorita Quirós por quien pregunta, y como tampoco le tengo a usted por pariente ni por amigo de la familia, de aquí que me vea obligada a negarle lo que pide, pues nuestras reglas prohíben que las educadas sean visitadas por personas extrañas.

—¡Yo persona extraña! —exclamó don Esteban con indignación—. ¡Yo considerado como un desconocido cuando vengo en busca de mi hija! Señora... acabemos ya, pues la paciencia me falta y me siento capaz, cegado por la indignación, hasta de faltar a las conveniencias que un caballero debe siempre a una señora, aunque ésta se muestre cruel tan sólo por obedecer los mandatos de la negra institución que la dirige y de la que es miserable ruedecilla sin conciencia ni voluntad en sus actos. Por última vez, señora; déjeme usted ver a mi hija.

Estas postreras palabras las dijo don Esteban en actitud humilde, suplicante, con los ojos casi llorosos y extendiendo sus brazos como si rogase.

Conmovía aquella hermosa figura varonil, en actitud tan tierna, pero en el rostro de la superiora no se notó la más leve emoción y contestó con su seco acento:



—También yo digo que acabemos, caballero. Se acerca la hora de comer para las educandas, tengo que presidir la mesa y mi presencia es necesaria arriba para otros asuntos. Creo que no podrá usted quejarse de la calma con que he estado oyendo sus palabras, mezcla confusa de halagos e insultos. Le perdono a usted y le ruego se marche, pues me urge quedar libre.

—¿Marcharme yo? ¿Y sin ver a mi hija? Señora, eso jamás lo haré.

Y don Esteban se afirmó en su asiento, como si pretendiera clavarse en él, y quedó en actitud provocativa, retando con la vista a la superiora a que lo arrojase del colegio.

Pronto abandonó tal actitud, para caer en una dulce abstracción. Llegaron a su oído, lejanas, amortiguadas y sueltas, algunas notas de armónium que sirvieron como de preludio a un coro de voces infantiles que estalló, a juzgar por lo lejano que sonaba, en el otro extremo del edificio.

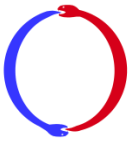
La monástica calma que reinaba en el colegio permitía apreciar en sus detalles aquella agradable confusión de voces frescas, y aunque algo desentonadas y rebeldes a las reglas del canto, ingenuas y agradables, que evocaban en la imaginación grupos de atractivas cabecitas rubias o morenas y ramilletes de inocentes bocas entreabiertas por el indefinido anhelo propio de las soñadoras.

Don Esteban escuchaba con tal atención y arrobamiento, que su rostro había adquirido gran semejanza con el de los místicos que representa la pintura sagrada en los momentos de amoroso éxtasis.

En cada una de aquellas voces creía encontrar la de su hija, y tan pronto saltaba su imaginación de una a otra sin saber por qué, como acababa confundiéndose y dudando de su cariño de padre, que no le revelaba por el eco producido en el corazón cuál de los sonidos procedía de su adorada niña.

De pronto aquel hombre experimentó un rudo estremecimiento, una conmoción nerviosa que le sacó del rápido éxtasis, arrojándole nuevamente a la realidad.

Pensó en que su hija, aquel ser que llenaba de continuo su pensamiento, estaba allí, bajo el mismo techo que él, y que un ser sin sensibilidad, la monja que tenía enfrente, era el único obstáculo que se oponía a que él fuera a estrechar su tesoro entre sus brazos.



Esta última consideración conmovió su temperamento sanguíneo, terrible en las explosiones de ira. La sangre, agolpándose tempestuosamente en la cabeza, coloreó fuertemente su rostro, sus ojos brillaron con reconcentrado fuego, y con voz algo enronquecida dijo a la directora:

—Señora... No soy hombre que vuelvo atrás en mis propósitos. Me he propuesto ver a mi hija y la veré, por encima de todos los obstáculos que usted y las demás monjas opongan.

Y don Esteban, levantándose, dirigióse con marcial continente hacia la puerta, mientras la monja, haciendo la señal de la cruz sobre su frente, como si fuese a morir, y con un espanto teatral digno de mejor escenario, fue a cortarle el paso, interponiéndose entre él y la salida.

Ya llegaba el militar junto a la monja, ya extendía su brazo rígido y potente como un ariete para separar a la importuna de su camino, cuando la pesada cortina se levantó y entró en el despacho otra monja, o más bien dicho un hábito tieso y unas tocas mirando el suelo, bajo las cuales presentíase, aunque no con mucha certeza, que existía una cabeza y algo semejante a una inteligencia.

—Reverenda madre —dijo una voz gangosa que surgió por bajo de las tocas, tan lejana y apagada como si saliera de una caverna—, don Tomás acaba de llegar y desea verla.

—Que pase el buen padre.

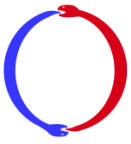
La superiora dijo estas palabras después de examinar con una rápida ojeada a su enfurecido interlocutor y conocer que éste había experimentado una pasajera calma en su ira con el anuncio de la visita.

«El talento de nuestro director —pensó la superiora—, me sacará pronto de este compromiso».

II

Entró en el despacho don Tomás, arrastrando con tanta humildad sus hábitos clericales, que su tierna mirada parecía pedir perdón a la alfombra, porque la rozaba con los bajos de la sotana.

Su edad, unos cincuenta años; su estatura más que regular, su defecto físico saliente, un arqueado de espaldas que casi llegaba a ser joroba, y su rostro el de un hombre que en su juventud tuvo el pelo rojo y ahora, por causa de las canas, lo ostentaba de un color indefinido y sucio; sus mejillas



chupadas, su boca contraída por una eterna sonrisa, mezcla de la mansedumbre del esclavo y de la abnegación del mártir, pero que en ciertos momentos desaparece para que pase con la rapidez del relámpago una expresión altiva, sarcástica y soberbia, que parece indicar que sobre aquellos labios está en su casa, pues representa el verdadero carácter del individuo.

En cuanto a los ojos, eran fieles imitadores de la boca, pues miraban con la dulzura de la paloma... cuando no tenían la misma expresión cruel, avarienta y cobarde del milano ladrón.

Saludó varias veces don Tomás con cierta cortedad, llevándose el mugriento sombrero de teja a la picuda nariz, hizo dos o tres genuflexiones, invocó la gracia de Dios para aquella santa casa y todos los presentes, y fue a sentarse en una silla inmediata a la que antes había ocupado don Esteban.

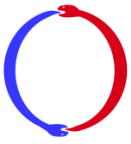
Este permanecía en pie en medio del despacho, mirando fijamente a don Tomás, que ponía su vista en todas partes menos en el rostro del militar.

Le conocía perfectamente don Esteban. Era el mismo cura que al entrar en el despacho había entrevistado tras el portero, atisbando en compañía de las monjas. Sin duda había seguido escuchando toda la conversación y entraba ahora como un recién llegado para auxiliar a la superiora.

«Maniobra jesuítica —se decía don Esteban—, buena para algunos imbéciles, pero que no sirve para mí. Este hombre debe ser de la célebre Compañía. Ahora veremos por dónde sale».

—Vaya, vaya —dijo en esto don Tomás, con su voz meliflua y humilde, al mismo tiempo que golpeaba acompasadamente una mano en otra bondadosamente—. He venido a interrumpir a ustedes y lo siento mucho. Ha sido una verdadera inoportunidad el llegar a estas horas. Lo único que me consuela es que el asunto no será de gran interés, ya que la buena madre me ha permitido la entrada.

—Mire usted, caballero —contestó don Esteban plantándose frente al cura con el aplomo de un soldado—. Ni cuanto esta señora y yo hemos hablado, ni el asunto que aquí me ha traído, le importan a usted nada, así es que hará muy bien en no mezclarse en ello. Por lo demás, le advierto que a mí no me gustan comedias en la vida, que las farsas las conozco inmediatamente, que usted ha oído escondido tras esa cortina, todo cuanto hemos hablado y que yo veré a mi hija a pesar de la oposición de esa señora y de la hipocresía de usted. Y den aún gracias que no me propongo llevármela, pues si en ello me empeñara, tenga por seguro que lo lograría aunque hubiera de pasar por encima de usted, de esa monja y de todas las gentes que encierra esta santa casa.



—Conozco muy bien a don Esteban Álvarez —contestó el cura con su eterna sonrisa—, para no dudar que sabe cumplir cuanto se propone, y más si es contra los respetos que se deben a las personas sagradas.

—Veo que no le es desconocido mi nombre y que no me equivocaba al creer que usted nos oía desde la puerta.

—Señor don Esteban —contestó el cura cambiando repentinamente su aspecto encogido y humilde por el aire de un hombre de mundo algo escéptico—. Con usted no valen engaños, cosa de que me alegro mucho, pues tampoco a mí me place la mentira. No he espiado tras esa cortina intencionadamente como usted cree; pero sí debo manifestarle que he oído sus últimas palabras y a lo que usted viene aquí.

—Sabe usted amoldarse a todos los caracteres —dijo don Esteban con rudeza—. Es usted un perfecto jesuíta.

—¡Jesuíta!, ¡jesuíta! —exclamó el cura con un asombro angelical—. En España no hay jesuítas; los arrojaron ustedes el año 68.

—Eso no importa, saben disfrazarse muy bien tales parásitos, y si usted no lo es, merece serlo. Pero en fin, esto nada me importa. ¡Adelante! ¿Decía usted...?

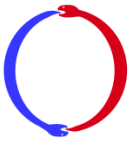
—Que por deberes de mi ministerio hace tiempo que le conozco a usted de nombre. He sido por algún tiempo el confesor de la baronesa de Carrillo... No haga usted por eso mala cara. Mi dirección espiritual data de corta fecha; yo no conocía a la señora baronesa en la época que usted tuvo con ella y su sobrina la condesa asuntos de que no hay por qué hablar ahora. Continuando en lo que le decía, debo manifestarle que conozco sus pretensiones sobre la señorita Quirós, que se educa en este colegio por encargo de su tía la baronesa, su empeño en pasar por padre suyo y el cariño que dice profesarle, y por tanto, comprendo esta situación y me felicito de haber llegado en ocasión para servir de intermediario entre usted, víctima ciego de su arrebatado carácter y esta santa mujer que, esclava de sus deberes, no quiere faltar a las leyes del establecimiento que dirige.

La *santa mujer*, al oír que don Tomás en vez de apoyarla enérgicamente comenzaba por ceder, le dirigió una mirada, mezcla de sorpresa y reproche, a la que él contestó con otra rápida e intensa, que demostraba autoridad y parecía decir: «Confía en mí; de este modo lograremos más que con una ruda oposición».

—Según eso, ¿usted está dispuesto a influir para que yo vea a mi hija?

—Sí, señor; y al ruego de usted uno el mío para que la reverenda madre permita que venga aquí la señorita de Quirós. ¿Accede usted a ello, madre directora?

Esta, cada vez mas asombrada y bajo la fascinación de aquel hombre que parecía ejercer sobre ella una gran influencia, contestó haciendo con la cabeza un signo afirmativo.



—Ahora mismo —continuó el cura—, verá usted a esa señorita. Va usted a cumplir su deseo, pero antes, en interés a su bienestar y tranquilidad de corazón, le ruego que desista de su empeño y se retire.

—¿Qué quiere usted indicarme con tan extraño consejo?

—Que esa señorita le odia a usted, pues se estremece de espanto al solo nombre de don Esteban Álvarez.

—¡Imposible! ¿Temblar una hija ante el nombre de su padre? Eso es absurdo; alguna infame maniobra de los jesuítas, de ustedes, miserables, que pretenden robarme cuanto amo en el mundo. ¡A ver... pronto... venga aquí mi hija! Ahora más que nunca necesito verla.

Don Esteban dijo estas palabras con tal entonación, que la superiora temiendo volviera a repetirse la escena de momentos antes, hizo sonar el timbre de su mesa, ordenando a la hermana que se presentó en la puerta, que fuera en busca de la señorita Quirós.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los tres pronunciara una palabra. Don Esteban, cruzando el despacho en paseo precipitado, la faz contraída y la vista fija en el suelo; la superiora, inmóvil, y don Tomás, pasándose de vez en cuando su repugnante pañuelo de hierbas por la cara y aprovechando tal telón para dirigir a aquellas rápidas miradas de inteligencia.

Sonaron ligeros y menudos pasos al otro lado del portier; levantóse éste, y entró en el despacho, con desenvoltura encantadora, una niña de ocho años, morena, de grandes ojos, de nariz un tanto gruesa, y llevando con cierta gracia ingenua el ingrato y desgarbado uniforme del colegio.

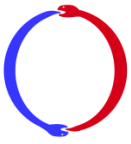
Saludó con un respetuoso mohín a la monja y al capellán y se quedó mirando fijamente a don Esteban como si quisiera adivinar quién era aquel desconocido.

Este no se pudo contener. Sonrió con el dulce entusiasmo de un iluminado que en sus desvarios ve la gloria, y abalanzándose a la niña con los brazos abiertos dejó escapar las palabras de cariño que a borbotones acudían a sus labios.

—¡Hija mía! Cada vez eres más semejante a tu pobre madre.

La niña, al sentir el abrazo rudo y cariñoso a la vez, el cosquilleo de los bigotes y el besuqueo de aquella boca ávida, miró a su directora y al confesor del colegio como preguntándoles quién era aquel hombre.

—Señorita —dijo don Tomás poniendo por primera vez serio su rostro y dando a sus palabras cierta intención—, al señor lo conoce usted perfectamente. Es don Esteban Álvarez.



Fue algo más que emoción lo que aquella niña experimentó al oír tal nombre. Su cuerpecito tembló nerviosamente como si estuviera en presencia de un gran peligro, su rostro tornóse pálido, y despojándose rápidamente de aquellos brazos que la oprimían, dio un salto de algunos pasos mirando a todas partes como si no supiera por dónde huir.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? —exclamó con extrañeza don Esteban—. ¿Huyes de mí? ¿Huyes de tu padre?

—¡Mi padre! —dijo la niña con pasmo que la obligaba a balbucear—. ¡Qué horror! Usted no es mi padre. Usted es don Esteban Alvarez, el verdugo de mi mamá, el ángel malo de mi familia.

Don Esteban mostró en los primeros momentos un asombro cercano al de imbecilidad. Miró a su alrededor como si dudara de lo que había oído y dio algunos pasos hacia la niña; pero ésta, exhalando un grito de miedo, fue a refugiarse tras la superiora.

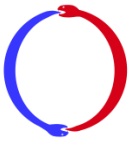
Este grito pareció volver a la realidad al angustiado padre. Miró con todo el furor propio de tan dramática situación al cura y a la religiosa, y rugió:

—¡Infames! Habéis hecho más aún de lo que yo creía. Auxiliados por una familia fanatizada no sólo me habéis separado de mi hija sino que la enseñáis a que se horrorice ante el nombre de su padre. ¿Qué espantosas mentiras habéis dicho a esa infeliz niña? ¿Qué tremendas calumnias habéis dejado caer sobre mi pasado? ¡Canalla vil! Hace un momento os despreciaba, pero ahora me causáis asco y temor; siento ansia de vengarme aplastándoos, y ¡por Cristo! que no saldré de aquí, sin que sepáis quién soy, y cómo respondo a las maquinaciones del jesuitismo contra mi persona.

Y don Esteban, agitándose como un loco y hablando atropelladamente, agarró una silla, y levantándola como una pluma, se abalanzó sobre el cura y la monja.

Esta había perdido ya su presencia de ánimo y temblaba, pero el clérigo no se inmutó y fue retrocediendo hacia la pared, únicamente para ganar tiempo y poder decir antes de que descargara sobre su cabeza el primer golpe:

—Piense usted que los suyos han caído del poder, que el gobierno le persigue, y que si da usted un escándalo la servidumbre del colegio llamará a la policía, y resultarán inútiles todas sus precauciones para huir.



A las primeras palabras ya se detuvo don Esteban como si adivinara todo el resto. Aquel cura había sabido desarmar tanta indignación recordando hábilmente un peligro.

Como rendido por la realidad bajó lentamente su silla, recogió su sombrero, pasóse una mano por los ojos como si despertara de un sueño cruel, y se dirigió lentamente a la puerta.

Cuando llegó a ésta volvióse pausadamente y abarcando en una mirada a la niña y a los dos seres sombríos, dijo:

—Confieso que sois muy fuertes y que se necesita gran energía para luchar con vosotros. ¡Adiós sabandijas infames! ¡Adiós jesuíta! Derrama sin piedad tu saliva venenosa sobre mi historia; sigue tejiendo la negra tela de araña alrededor de esa familia cuya fortuna desea tu orden, y escárneceme e insúltame cuanto quieras, que día llegará en que pueda devolverte golpe por golpe. Hoy el porvenir es tuyo, pues viene la reacción a hacer de la desdichada patria blanda cama para que te revuelques a su sabor. Mucha guerra os hice al triunfar la revolución, pero veo que aquella no ha causado gran mella en vosotros, y os juro que no seré tan blando el día en que nuevamente estén los sucesos de nuestra parte. ¡Adiós miserables! Seres sin piedad ni corazón, insensibles a todo sentimiento. Si tú eres la esposa de Dios y ese su representante, yo os digo que Dios es un mito, pues si existiera tendría méritos suficientes para ingresar en un presidio.

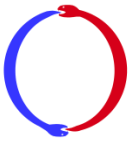
—En cuanto a tí, hija mía —continuó don Esteban con acento enternecido, algún día te acordarás con pena de este infeliz que ahora te causa espanto. Tal vez dentro de algunos años cuando te veas víctima de estas gentes que hoy te rodean, llames en tu auxilio a tu padre y éste no podrá acudir por haber muerto ya, o encontrarse lejos de la patria e imposibilitado de volver a ella.

Y el infortunado, al decir esto último, rompió a llorar y como si no quisiera dar tal prueba de flaqueza ante sus enemigos, salió corriendo de la habitación después de lanzar a su hija una postrera mirada de cariño.

Al pasar frente a la portería dio un rudo empujón al hermano José que quiso acercársele con su ademán obsequioso, y montando en el carruaje de alquiler que aguardaba a la puerta del colegio, gritó al cochero:

—¡A la fonda!

Al apearse don Esteban y atravesar el patio del hotel oyó que le llamaban y volviéndose tropezó con Benito, su antiguo asistente, después ayuda de cámara y en el momento compañero de aventuras políticas.



—Arriba en el cuarto aguardan, don Esteban. Son varios correligionarios de esta ciudad que desean saber por usted la actitud que deben tomar.

—¿Cómo han sabido que estamos aquí?

—No lo sé. ¡Qué diablos! Cree uno que no lo conocen, y donde menos lo espera... En fin, que esto nos demuestra la necesidad de marcharnos a Francia cuanto antes. Esta tarde a las cuatro sale el vapor para Marsella.

—Arréglalo todo para embarcarnos a tal hora, y alejémonos pronto de aquí. Ahora vamos a ver qué quieren esos amigos aunque yo no tengo hoy la cabeza para estas cosas.

Cuando don Esteban entró en su habitación levantáronse de sus asientos para saludarle respetuosamente tres hombres de rostro honrado y enérgico que por sus trajes demostraban pertenecer a esa clase de pequeños industriales que son el principal nervio del país y el primer elemento de toda revolución.

Venían a cambiar impresiones, a recibir órdenes, a ofrecer su vida y la de algunos centenares de amigos en defensa de la forma de gobierno que acababa de caer. Habían sabido, por un compañero que reconoció a don Esteban al bajar del tren, que el célebre agitador se hallaba en la ciudad y deseaban ponerse a sus órdenes si es que el antiguo revolucionario quería desenvainar la espada vengadora contra los pretorianos del 3 de Enero.

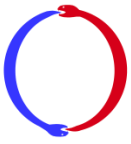
Aquellos honrados patriotas demostraban en su palabra defectuosa, pero firme, una completa confianza. Aun no era tarde; la reacción había triunfado en Madrid, pero todavía podía desvanecer tal victoria una protesta armada en las provincias y para ello nada mejor que iniciarla en una capital de importancia.

Don Esteban oía con agrado aquellas valientes proposiciones y por única contestación decía con triste acento:

—No puede ser: es ya muy tarde. Juzgamos por nuestro entusiasmo al país y éste se halla frío e indiferente.

Cuando los revolucionarios agotaron todos sus argumentos para convencer a don Esteban, éste les dijo:

—Es inútil que ustedes insistan. Saben hace ya mucho tiempo que estoy dispuesto a todas horas a dar mi vida por las doctrinas que profeso; pero en esta circunstancia no me arriesgaré a nada porque conozco perfectamente la situación. Nuestra República ha caído en medio de la mayor indiferencia del país; triste es confesarlo, pero entre nosotros debemos guiarnos ante todo por la verdad. Nació cuando menos lo esperábamos y más por las desavenencias de nuestros enemigos los progresistas que por



nuestro propio esfuerzo; se implantó sin ser precedida de esas tremendas pero saludables convulsiones revolucionarias, y ha sido semejante a esas criaturas exiguas y débiles que al venir al mundo no producen a sus madres los dolores de un laborioso parto, pero que en cambio carecen de vida y llevan en su sangre la más espantosa anemia. Creedme, ciudadanos, no nos empeñemos en dar vida a un feto abortado. La República vino cuando la nación estaba ya cansada por las repetidas e infructuosas agitaciones de los partidos y lo que hoy desea el país es paz y por esto se irá indudablemente con aquel que se la dé. ¿Quién sabe si, guiada por tal deseo, aceptará dentro de poco la restauración monárquica? Afortunadamente, el espíritu republicano y federal existe cada vez más arraigado en el pueblo español y algún día fructificará dando resultados más firmes y duraderos. En resumen, amigos míos, guarden ustedes sus energías sin límites para el porvenir y no expongan en el presente, sin esperanza alguna, unas vidas que son preciosas y de las que necesita nuestro partido.

Los tres revolucionarios, si no convencidos, mostráronse anonadados por la certeza de tales observaciones, y se despidieron de don Esteban tristes por no poder realizar sus nobles deseos.

Algunas horas después don Esteban Álvarez y su fiel acompañante salían de la fonda en un carruaje cerrado, dirigiéndose al puerto donde se preparaba a levar anclas el vapor que semanalmente salía para Marsella.

III

—¡Qué escándalo, padre mío!

Estas fueron las primeras palabras que, elevando los ojos al cielo y poniendo las manos juntas en dulce actitud, pronunció la directora del colegio apenas don Esteban salió de su despacho y la niña fue internada nuevamente en el colegio.

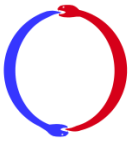
—Efectivamente, reverenda madre —contestó el cura—, ese hombre es un pecador empedernido que para atacar a los representantes de Dios no vacila en insultar al rey de cielos y tierra.

—Decir que Dios... Vamos; que el cielo me libre de repetir, ni aun de recordar tanta blasfemia.

—¡Y atacar tan calumniosamente a nuestra compañía!

—A la Compañía de Jesús, reverendo padre; a esa inmortal institución del más grande de los santos: del glorioso que supo crear con su orden la más firme columna del catolicismo y del Santo Padre.

—Es abominable. Ese infeliz tiene a Satanás en el cuerpo...



—Y a Voltaire en la lengua.

El reverendo padre acogió con una amable sonrisa ese rasgo de erudición de la religiosa, y tras eso quedaron ambos silenciosos, como en un asunto importante, pero que ninguno de los dos quería ser primero en exponer.

—Ese hombre —dijo por fin la superiora, no pudiendo resistir más tiempo el silencio—, es un ser peligroso que algún día puede introducirse en la noble familia de Baselga, como ya lo hizo en otros tiempos, y matar la santa influencia que sobre ella ejerce la Compañía.

—Eso no puede ser reverenda madre; don Esteban Álvarez no volverá nunca a España.

—Padre mío, las aministías políticas son frecuentes en este país, y aunque ahora se vea perseguido ese hereje, pronto podrá volver a España.

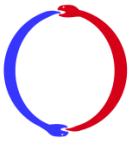
—Eso sólo sucedería si nuestro hombre fuera culpable sólo de delitos políticos; pero ya arreglaremos las cosas, de modo que aparezca complicado en delitos comunes para los que no haya indultos y que forzosamente conduzcan a un presidio. Esto le mantendrá alejado de España mientras viva.

—No es eso fácil, padre.

—¡Santa mujer! Para la Compañía no hay nada difícil. Don Esteban Álvarez meses antes de la caída de Don Amadeo, mandó partidas republicanas en los montes de Cataluña, y ya sabemos que en España esa guerra irregular de guerrillas siempre es causa de atropellos, de los que bien pueden sacarse responsabilidades criminales para hacerlas caer sobre quien convenga. Nosotros tenemos en todas las esferas buenos amigos que nos sirven, y además los sucesos políticos no pueden marchar mejor. Esto va, reverenda madre, y pronto quedará desvanecido el andrajo de revolución que aun nos cubre. Dentro de poco, o triunfan los carlistas, cada vez más poderosos en el Norte, o surge victoriosa la restauración borbónica en la persona de don Alfonso. Nosotros jugamos en ambas partes, ayudaremos a las dos causas, y resulte quien quiera victoriosa, los amos seremos siempre nosotros; ved, pues, si podemos lograr que ese hombre peligroso no vuelva a España.

—Admiro vuestro talento padre.

—No, hija; entusiasmaos ante la grandeza de la institución de la que formamos parte. Deseando extender la gloria de Dios, trabajamos sin descanso con el santo propósito de que el mundo entero adore su poderío tomándonos a nosotros como intermediarios. Grande es la empresa, inmensos medios se necesitan para ella y por esto no hay misión más noble ni meritoria a los ojos de la divinidad que la que ahora os toca desempeñar dando a Dios el alma tierna de una joven y al tesoro de la Compañía una respetable fortuna que nos pertenece y que hace tiempo vamos persiguiendo.

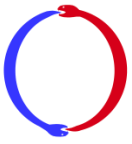


—Padre mío: humilde sierva soy del Señor, pero haré cuanto pueda por dirigir las aficiones de esa niña a la más santa de las vidas, y que su fortuna venga a aumentar el tesoro de la gran empresa... para la mayor gloria de Dios.

—El os premiará, hija mía. Mucho tenemos que batallar para alcanzar la conquista del mundo y que en él se inaugure el verdadero reino de Dios; pero lo lograremos, reverenda madre, lo lograremos porque nuestro ejército es invencible; los años pasan sobre él sin hacer mella, los huecos que la muerte causa en sus filas se llenan inmediatamente y camina sin descanso lentamente a la sordina, siempre con el mismo derrotero y a la conquista de idéntico fin. La impiedad no supone obstáculos y los saltamos, escudados en nuestros santos fines no reparamos en los medios, nuestras armas invulnerable son el oro, cebo eterno de los mortales y la persuasión dulce y embriagadora cuyo secreto poseemos; todo cuanto el diablo inventó para halagar las pasiones de los hombres lo empleamos para la mayor gloria de Dios y seguimos adelante tranquilamente y confiados, más que en nuestro propio valor en los estatutos de la orden que la hace inmortal. ¿Qué importa que nosotros, soldados de Cristo y del Papa, pasemos rápidamente por la esfera de la vida sin darnos cuenta exacta de las conquistas que realizamos, si sobre nuestras tumbas queda siempre ese ejército invencible, esa sublime Compañía, eterno fénix que renace sobre las cenizas y que no descansará hasta el día del triunfo?

—¡Oh! Seguid, padre mío, seguid —dijo la superiora, a través de cuyas gafas se escapaba el brillo del entusiasmo—. Decidme esas palabras que me llenan de vida.

—Tened fe en el porvenir de nuestra orden y cumplid con entusiasmo la misión que ella os confíe. El mundo será nuestro. Las primeras fortunas de la tierra irán entrando poco a poco en nuestro tesoro. La confesión, el continuo consejo en el seno de las familias y la dirección espiritual realizarán tales milagros. Poco a poco nos apoderaremos en todos los países de las principales fuentes de producción; llegará un día en que el comercio y la industria de la tierra serán nuestros y entonces sonará la trompeta apocalíptica y comenzará el reinado de Dios. El Papa será el rey del mundo, la Compañía de Jesús estará como ahora encargada de dirigir al Santo Padre, y esos reyes, manada de imbéciles a quienes los revolucionarios atacan con razón, serán al frente de sus Estados simples gobernadores obedientes a la autoridad pontifical y al mandato de la Compañía. Cada nación por grande que sea, equivaldrá a una provincia del inmenso estado de la Iglesia, ideal gigantesco que un día soñó el gran Gregorio VII y que realizaremos nosotros los hijos de San Ignacio. Acabará esa escandalosa doctrina que se llama democrática; la libertad morirá porque los pueblos han de ser cual los arbolillos de jardín, que son más hermosos al crecer guiados por la férrea mano del hortelano; eso que llaman progreso desaparecerá de entre los humanos; el hombre no creará satánicamente, cual hoy, que lleva en su cabeza una cosa que titula razón y con la que quiere explicarse todo lo existente; el pentamiento universal, será la adoración a Dios



y a sus representantes los compañeros de Jesús y el mundo ofrecerá el hermoso espectáculo de una vasta congregación de devotos dirigidos espiritual y materialmente por nosotros, ¿Os agrada el cuadro? ¿Sentís renacer vuestra fe al pensar que trabajáis por tan santa causa?

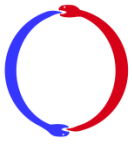
La religiosa hizo con la cabeza enérgicas señales de aprobación y don Tomás añadió cambiando su anterior tono de apóstol por el insinuante y dulce que le era peculiar:

—Pues para la sublime obra, la Compañía necesita dinero, mucho dinero. Cumplid, pues, vuestro encargo. Que la condesita de Baselga tome el hábito de religiosa y que sus millones ingresen en el tesoro que hace tres siglos venimos reuniendo... *ad majorem Dei gloria...*

Seguir leyendo 



**Xuan Carlos Busto Cortina
nos habla de literatura aljamiada**



Pravia Arango

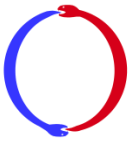


Recuerdo que había dibujadas manos en los márgenes del manuscrito aljamiado con el que trabajé para mi tesis doctoral, el manuscrito Junta 8, que lleva el título de *Libro de los castigos*. Entonces —años ochenta— me preguntaba yo y el equipo de gente de la Universidad de Oviedo que estábamos en esa línea investigadora, por el sentido de estas manos, incluso hablábamos de la mano de Fátima. Azar azaroso, este año he visitado el Museo Judío de Béjar y hete que descubro que los judíos tienen un “yad”, un puntero ritual llamado puntero de la Torá que reproduce la mano con el índice extendido (la mano de entonces) y lo usan tanto por razones de conservación del texto como de respeto. ¿Sabemos algo de las manos de nuestros manuscritos aljamiados?

Sí, aparecen también en textos cristianos y es una llamada de atención. Significa: “Mira aquí”.

Echo la vista atrás y me pongo melancólica. En los ochenta terminé la tesis y lo hice tan saturada que la guardo en carpetas de cartón (seis carpetonas bien gordas). Ni la encuaderné.

Bueno, Pravia, aquí tenemos una copia encuadernada que, por cierto, manejamos los que trabajamos en el tema.



No tenía ni idea. Sigo mirando atrás sin ira. Hace poco me mudé de casa y con el cambio valoré tirar las carpetonas, pero las traje conmigo. Empecé a leer aquello y publiqué en esta revista leyendas y cuentecillos del manuscrito; de hecho, abrimos esta sección “Papeles corsarios”. Los edité actualizados a la manera del siglo XIX. Me di cuenta de que me interesaban, sobre todo, las historias que endulzaban la parte doctrinal de normas para ser un buen musulmán, las leyendas y los relatos míticos. Lo doctrinal se me hace bola. Bueno tus comienzos en la facultad también fueron con un manuscrito aljamiado, —pero a ti te rindió; hoy eres profesor titular de Filología Clásica y Románica de la Universidad de Oviedo—. Cuéntanos tus aventuras con el manuscrito aljamiado.

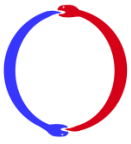
Mi tesis es *El Alkitab de Çamarqandi: edición del manuscrito 4871 de la Biblioteca Nacional con un vocabulario completo y un estudio de algunos cuentos que en él aparecen*. Es un texto de predicación que trata de todos los temas que pueden afectar a un musulmán (comida, ayuno, oración, peregrinación a La Meca, cómo tratar al padre y a la madre...), todo está regulado. También se conoce como *El advertimiento de los descuidados* y es un tratado arduo y largo, con muchas historias; incluso hay un capítulo solo de cuento “Recontaciones”.

Ah, esto último me interesa mucho.

Son cuentos didácticos como “El hermoso mancebo que vendía capazos”, que forman parte de una tradición puesto que el mundo del cuento árabe se inserta en la línea del cuento en general; por ejemplo, coges un cuento de *El conde Lucanor* y el mismo con variantes lo encuentras en una colección árabe o incluso en los indios navajos de Estados Unidos o en África. Un misterio el del cuento que vive con variaciones en todo el mundo. En la Escuela Finlandesa se ocuparon de los cuentos del mundo e hicieron índices de tipos y motivos, un canon, que tiene variantes alejadísimas en el espacio. Te pongo un caso. Estudié “El cuento de la doncella de las manos cortadas (la doncella Carcayona)”, que presenta la historia de una mujer falsamente acusada a quien cortan las manos. Bien, pues es la historia de Genoveva de Brabante y que ha llegado hasta nuestros días, podemos leerlo en *La princesa manca*, de Gustavo Martín Garzo.

Tras la tesis, ¿cómo ha sido tu carrera investigadora?

Con la tesis también quedé saturado. Era un manuscrito largo, trabajaba con fotos y microfilmes que se veían mal. Sí que es verdad que estaba en un excelente estado de conservación (sin manchas de humedad, borrones, hojas rotas o quemadas...), un manuscrito de formato grande con ilustraciones preciosas. Lo anterior no deja de ser curioso pues los moriscos vivían en una situación precaria, sus textos eran muy pobres, pero el mío está

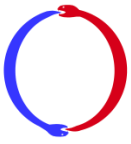


a todo lujo. Bueno, retomo la historia de mi carrera investigadora. Me interesé por algo que estaba de moda en los ochenta y que venía de Francia y de Todorov: el análisis textual secuencial y apliqué este sistema a un cuento de una falsa beguina. Tiempo después, con la doncella Carcayona, volví al análisis tradicional. Tengo cosas inéditas que llevé a los congresos de aljamiado en Túnez; por ejemplo, un texto sobre el degollamiento de Abraham que encontré en un manuscrito en Barcelona. Eran otros tiempos y no había esta presión asfixiante por publicar. He publicado mi tesis en microfichas, pero me animan mucho a editarla en libro porque constituye un “corpus” muy importante. Conseguí adaptar el texto a las grafías de transliteración que usamos ahora (más simples y modernas), pero me falta una introducción más rica de la que en su momento fue parte de la tesis. Un botón de muestra: buscar más versiones porque el manuscrito fue aprovechado en otros.

Oviedo, en los ochenta era un punto fuerte en el mundo en la investigación del aljamiado, ¿hay sucesores?

No mucha gente. Raquel Suárez García y Pablo Roza Candás, este ahora trabaja en el CSIC. Quizás recoja el testigo Adrián Rodríguez Iglesias que leyó el año pasado su tesis *El Corán abreviado entre mudéjares y moriscos. Tipología textual y estudio contrastivo*. Oviedo, en este momento, está en una situación precaria. Seguimos teniendo prestigio porque durante años publicamos la revista *Aljamía* que empezó de manera modesta (veinte páginas grapadas) y llegó a ser una publicación de cuatrocientas o quinientas, con mucha calidad. ¿Qué ha pasado para su desaparición? Un esfuerzo descomunal, recuerdo haber pasado tres meses al año recopilando trabajos sobre el tema que iban apareciendo. Trabajo descomunal, pues, y nulo reconocimiento; un “articulín” en una revista de impacto —como se dice ahora— pesa mucho más en tu carrera investigadora. *Aljamía* nos dio prestigio, visibilidad y propició intercambios con investigadores extranjeros de todo el mundo. De hecho, en la biblioteca de la facultad tenemos una sección árabe-románica —en contra del criterio bibliotecario que quiere someterlo todo a la CDU—, esta sección contiene todo lo que tenga conexión entre lo árabe y lo románico occidental, está muy bien nutrida y cuenta con aportaciones de bibliotecas particulares como las de Álvaro Galmés de Fuente, Antonio Vespertino Rodríguez, Mercedes Sánchez Álvarez y Leonard P. Harvey Kontzi. Por otro lado, la magnífica biblioteca especializada en árabe de Juan Carlos Villaverde Amieva que se guarda en el Seminario de Estudios Árabe-Románicos (SEAR), un espacio con unas instalaciones inmejorables que tiene todo sobre el aljamiado: microfilmes, copias de manuscritos, tesis doctorales. El SEAR recibe todos los años investigadores extranjeros.

Bueno, ¿dónde están hoy los buenos equipos investigadores?



Tal vez, se constituya ahora un equipo fuerte en Madrid, en el CSIC. Por azar, llegaron dos buenos investigadores de Oviedo que cuenta con el apoyo de la arabista Mercedes García Arenal, pero algo semejante al grupo de Oviedo de los ochenta, no me consta. Hay gente aislada en Grenoble, Italia, Estados Unidos. Ejemplos: Luis F. Bernabé Pons (Alicante), Luce López Baralt, María Teresa Narváez Córdova, Gloria S. Laureano García (Puerto Rico). Han surgido muchos campos de investigación filológicos con temas más atractivos (pragmática, lingüística aplicada, sociolingüística, estudios de género, de mujer, minorías...), por tanto, esto es menos amable porque exige preparación: saber algo de árabe, textos medievales, historia de la lengua y dialectología aragonesa. No es fácil que alguien se incline por aquí. Ya te digo, grupos investigadores como los de Oviedo y Alicante de los ochenta no hay.

¿Existe en la actualidad alguna publicación especializada o institución que te ponga al día?

No. Las revistas en árabe sí que a veces citan el aljamiado, pero nada más. Los congresos de Túnez decayeron pues estas cosas solo las mueve el entusiasmo de una persona, en el caso de Túnez, Abdeljelil Temimi. Desaparecida la persona, todo se viene abajo. En Teruel hacen congresos, van por el XXIV, pero son de carácter histórico y este punto de vista tiene más tirón que el lingüístico-literario.

Antes decías que para acercarse al aljamiado hay que tener rudimentos básicos de aragonés. ¿Hay investigadores del aragonés que se interesen por los manuscritos aljamiados?

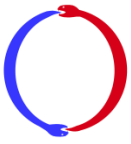
No conozco. Citan el aljamiado, eso sí. Hay una explicación. La “literatura” aragonesa del XIV, no solo la jurídica, sino las traducciones del latín, es muy rica; Juan Fernández de Heredia (casi Papa de Avignon) hizo versiones aragonesas de Plutarco. Después decae, pero en el XIV y XV hay muchos textos aragoneses y no solo fueros, también históricos.

¿Aparte de los aragonesismos, tenemos textos aljamiados con catalanismos o valencianismos, por ejemplo?

Hay alguno con portuguesismos. Existe el caso curioso del manuscrito de Aitona (Lérida) que tiene muchos rasgos de un aragonés cercano al catalán, pero son aragonesismos sobre todo lo que nos encontramos.

Retomando el hilo del aljamiado en el presente. Cuéntame sobre esas jornadas que organizáis en julio en Madrid.

Se llaman “En letra moriega” y ya llevamos tres ediciones con asistentes de todo el mundo. Empezamos con ejercicios de transliteración y, una vez



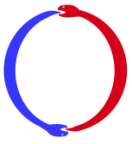
que se tienen los rudimentos básicos, yo me ocupo de cuestiones lingüísticas teóricas (aragonesismos, arabismos, calcos semánticos). El curso termina con una sesión en la Biblioteca Nacional en la que Juan Carlos Villaverde Amieva con veinte o treinta manuscritos delante da una clase sobre este fondo de la Biblioteca Nacional: cómo se fue gestando, cómo fueron llegando por distintos hallazgos. También contamos con un restaurador de manuscritos aljamiados que imparte otra sesión sobre las características materiales de los mismos.

¿Qué mueve a los asistentes?

Razones variadas desde la pura curiosidad hasta gente que está trabajando en aljamiado. Son asistentes de Israel, Estados Unidos, Australia, Italia, Francia, Rumanía...

El manuscrito de mi tesis apareció con otros muchos en las paredes de una casa de Almonacid de la Sierra, ¿quién viviría ahí?

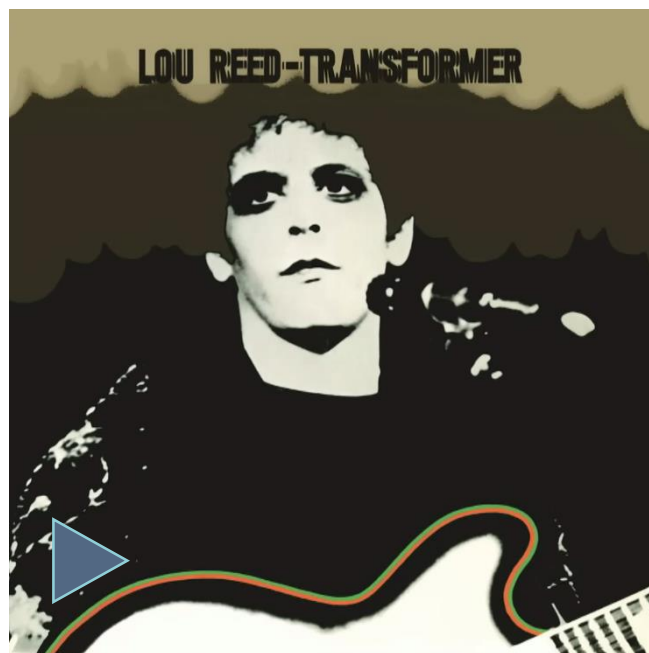
Los manuscritos de Almonacid eran de un librero porque también se encontraron instrumentos de encuadernación y tinteros. Eran libros sagrados de ahí que, antes de su marcha, los haya emparedado, y solo aparecen cuando se derriba la construcción. Siguen apareciendo ocultos en paredes. Te cuento una historia muy curiosa de un manuscrito. Uno árabe de procedencia morisca fue llevado a Roma por el cardenal Camillo Massimo, hoy está en la “Biblioteca Angelica”, es un texto árabe con anotaciones en aljamiado y fue traducido por otro morisco de Aragón. El manuscrito apareció en Pastrana (Guadalajara) y es obra de un autor del Málaga del XIV, pues el manuscrito estaba guardado en una bolsa de terciopelo con espliego y otras plantas para la conservación, pero esto es una excepción. Normalmente, necesitaban los manuscritos porque querían seguir manteniendo la fe, pero habían perdido el árabe, necesitaban su religión como seña de identidad con todo lo que esto implica en el mundo musulmán que te proporciona normas para el devenir cotidiano: cómo debes lavarte, lo que tienes que comer, el reparto de la herencia, los ritos funerarios... No hay en la literatura aljamiada poesía clásica árabe, pero sí algo práctico como lo que te he dicho o historias de personajes bíblicos (Abraham, Moisés, Noé, Jacob...) que eran modelos de vida. Por no estar presente en esta literatura, no tenemos ni un Corán completo (miento, hay uno, el de Toledo, que está escrito en caracteres latinos, los moriscos también escribieron en caracteres latinos), el resto de Coranes (hablamos de treinta manuscritos) son fragmentos, algunos están comentados, pero son fragmentarios. Esto solo se explica por su finalidad práctica: aprender los fundamentos del Islam.



Para acabar. Xuan, ¿cuál era el proceso de escritura?

Funcionaban en grupo. El alfaquí iba leyendo o traduciendo en voz alta y unos cuantos copistas trabajaban. Eran ejercicios de traducción en una sociedad muy romanizada, en un mundo no “arabófono”; hoy se cree que no eran del XVI, sino de mucho antes, del XIV. En resumen, hay un alfaquí que domina el árabe y trata de explicar su religión a gente que ya no sabe árabe; de ahí, la traducción y el fenómeno de la aljamía.

Muchas gracias, Xuan, te deseo un día perfecto.

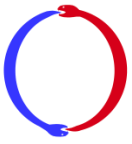


Nuevos horizontes



Como dijera Quevedo

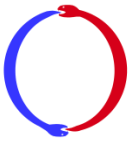




Osvaldo Beker

Estimada doctora de la Hoz. Que tenga usted muy buenos días, o buenas tardes, o buenas noches (dependiendo de a qué hora me leerá, si es que se tomará la molestia de hacerlo tal vez movida por alguna inquietud). ¿Qué tal? ¿Cómo le va a usted? ¿Todo en orden? Espero sinceramente que estén muy bien tanto usted como todos los suyos. Realmente es algo que deseo. No vaya a pensar que, por querer cuestionar en la presente su postura *naïve*, yo quiero que así no sea. Por favor, no crea que mi propósito es el de desmerecerla, porque sencillamente la argumentación *ad hominem* no representa, en absoluto, mi objetivo —recordemos siempre que las injurias o las calumnias, que no son lo mismo exactamente, perjudican nuestras propias ideas más allá de que las razones que transmitan sean las correctas, las adecuadas, las justas, en una discusión determinada.

Desearía, ante todo, dejar algo bien en claro: el hecho de que yo responda lo que propone su extensísimo artículo (acompañado de imágenes dudosas, epígrafes desacertados y un par de columnas impertinentes), que solo ayer a la noche, por casualidad, tuve la ocasión de leer, con estas palabras desordenadas que van a continuación, no refleja mi interés en que mi postura (como las de otros millones) no quede, de algún modo, “desdibujada”. Realmente eso sería algo que me tendría muy sin cuidado. Todo lo contrario: le responderé con el objetivo de, fundamentalmente, intentar ordenar ciertas ideas mías que, juzgo con mucho criterio, han de ser muy similares a las de muchos conciudadanos y habitantes de este planeta que, sin embargo, aún no se animan a dar viva voz a sus creencias (ya que entiendo que se trata, más bien, de un silenciamiento que responde a la ausencia de voluntad por responder ideas semejantes, o quizás por no querer

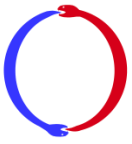


transgredir los límites de lo políticamente correcto en tiempos de extrema hipersensibilidad: hay alguien que ha llamado “de cristal” al nivel de tolerancia que vivimos por estos años).

Yendo ahora directo al grano, sin ningún tipo de ánimo de distraerme en preámbulos ociosos: mi profunda aversión hacia los vegetarianos (y especialmente hacia aquellos que muy bien podrían llegar a encuadrarse como “fundamentalistas tardíos de la nutrición”) deviene quizás de mi más remota infancia, de la que directamente experimento cierta vergüenza, aburrimiento, o conmiseración hacia mí misma (o hacia mi yo del pasado), cada vez que evoco alguna imagen vinculada a ese modo alucinado y caprichoso de esta alimentación que usted forja (rememoro ensaladas amargas, verduras y hortalizas sosas, leguminosas intragables o guarniciones verdes desabridas, a falta de purés, huevos, arroces o papas fritas crocantes en las eventuales comidas). Así pues, entiendo que mi actitud ante esos monstruos dogmáticos, a quienes usted representa como una sindicalista, posee numerosas explicaciones. Algunas de ellas, pocas, muy pocas en rigor de la verdad, intentaré bosquejar en estas líneas que aquí le envío a usted.

Estimada doctora: no sin pena leo sus planteos con respecto a lo que usted misma ha publicado en la revista *Comer bien* un par de semanas atrás en la última edición. Cada una de las líneas es rebatible. No he podido mantener una continuidad en la lectura —de a ratos, semejante gesto me llevó al fastidio— porque en cada frase, que he resaltado en rojo sangre, encontré alguna pobreza de índole argumentativa (o alguna imprecisión imperdonable), cosa que hacía mucho tiempo no me sucedía. El artículo, en su completud, quedó atravesado por líneas, cruces, signos de exclamación y de interrogación.

Vea usted: hace muchos años leí una novela del escritor francés Maxence Van der Meersch (muy holandés suena su apellido, ¿verdad?). Su título era *Carne y espíritu*. Mucho no recuerdo de ese libro, salvo la tapa (había muchos colores sobre las imágenes de las figuras humanas que estaban de pie, muy cerca de una especie de muelle) y a uno de esos personajes. Y recuerdo, sorprendentemente, su nombre: Gomar. Y también retuve, no sé por qué, la ciudad portuaria donde transcurrían las acciones: Amberes. Luego, prácticamente ninguna reminiscencia de la novela (evidentemente mi memoria ha hecho que todo eso cayera en el olvido a excepción de esos tres o cuatro detalles que ahí le enumeré). Recuerdo, aun, que Gomar era uno de esos tremendos villanos ante los que cada tanto nos topamos en la literatura y en el cine. Sin embargo, Gomar, que era un tipo grande, se redimía en el umbral de la vida y de la muerte, como si en el instante límite se hubiera acordado de que existe un purgatorio. Traigo a colación este dato literario porque quedó fijado en mis recuerdos el nombre de ese personaje, Gomar, nombre propio que, personalmente, desde que



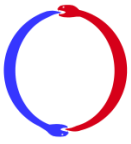
hinqué mis ojos en esa novela, se convirtió en sinónimo de la palabra “maldad”.

Pues bien, así me he sentido yo, como una villana, no bien leí su artículo en la revista. Yo, comedora de churrascos, chorizos, vacíos, entrañas, mollejas, asados, cerdo, cordero, pescado, pollo, pavo, conejo y otros animales diversos (he llegado a probar serpientes, mulitas, ciervos patagónicos, jabalíes, ranas y caracoles), no podía dejar pasar esta oportunidad, no para iniciar una polémica, sino para dejar planteado mi punto de vista que, evidentemente, diverge mucho del suyo y al que encuentro atravesado de múltiples falacias de diversa naturaleza. Me sentí Gomar en un principio, pero luego recapacité y me pregunté si quizás Gomar no sea usted. Claro, lo primero que me pasó fue, en mi rol de asidua lectora de la publicación, sentirme dañada por sus afirmaciones tan contundentes. No obstante, luego, tomando distancia de la primera bofetada, sopesé las evidencias que usted esgrime con mis propias perspectivas. Y, como resultado, arribé a esta conclusión: en realidad, Gomar es usted, mi querida doctora.

La alimentación es una cuestión cultural. Es, como tanto están diciendo por estos años, una “construcción”. El hecho de que en la India las vacas se paseen impertérritas o que en México coman grillos (los famosos chapulines) o que en nuestro país degustemos la sangre coagulada que es la morcilla, el cerebro de un bovino, su lengua, o sus más exquisitas partes corporales, nos caracteriza como humanos con sus más variadas diversidades. Ahora bien, que usted proponga que se restrinja ya desde la tierna infancia, desde la escuela elemental, el deseo de que los niños ingieran carne me resulta un planteo tan odioso como descabellado. En fin, me prometí no caer en fáciles injurias contra usted, doctora Gomar de la Hoz, y solamente me circunscribiré a tres aspectos puntuales que se desprenden de su nota.

¿Cómo puede pretender que desde las instituciones educativas a los alumnos de las diversas instituciones tanto públicas como privadas se los forme de modo tal que dejen de lado su costado carnívoro y deban volverse fundamentalistas, como usted y los suyos, del herbaje? Algo parecido solía decir el tenista Guillermo Vilas cuando le preguntaban por qué no le gustaba jugar en Wimbledon: “El pasto es para las vacas”. Vilas contó en un libro autobiográfico que un récord del que se enorgullecía como un adolescente fue que en una ocasión, luego de un partido de más de cuatro horas de duración, llegó a ingerir una docena de bifés.

Otra pregunta: ¿usted cree realmente que es factible que en los medios de comunicación masiva, y en las redes, se fomente la producción de contenidos vinculados con el vegetarianismo? Me dan ganas de decirle, apreciada doctora, que usted está atravesada por una profunda ingenuidad.



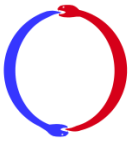
Teniendo en cuenta que este país es fundamentalmente agropecuario, ¿usted cree que todas las empresas vinculadas al negocio de la carne van a permitir que no se promocionen sus productos en los *massmedia*? Me imagino que los centenares de propietarios y accionistas de nuestros muchos frigoríficos, y los dueños y los empleados de las innúmeras carnicerías a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía, si llegaran a escuchar lo que usted plantea, solo se limitarían a lanzar una carcajada despampanante.

Un interrogante más: ¿así que a usted no le gusta que se etiquete con el vocablo “moda” a este fenómeno tan singular como gracioso del vegetarianismo (o veganismo, o crudiveganismo, u ovovegetarianismo, u ovolactovegeterianismo, o frugivorismo, o como pretenda llamarse a cualquiera de estas variedades trasnochadas)? Pues eso es, mi querida de la Hoz. Ni más ni menos: una moda, un fenómeno pasatista que, ojalá, se diluya como el agua en el agua en los próximos años, una práctica que ha congregado a miles de jóvenes que, como es de esperar, pugnan por mostrar alguna forma de rebeldía ante el *statu quo*.

Querida doctora: no quiero extenderme pues, como dijera Quevedo, la brevedad es un don siempre deseable. Voy a soslayar sus distintas fantasías inocentes con el ferviente deseo —la estímulo genuinamente a que sea así— de que pueda recapacitar sobre la cantidad de embustes que ha esgrimido en su artículo. Me despido de usted muy cordialmente y en cualquier momento me gustaría invitarla a almorzar o cenar. Muchas gracias por su atención, por la molestia de tener que leerme. La saluda una amiga. Cristina Zarlenga.



La noche de la serpiente



Ginés J. Vera

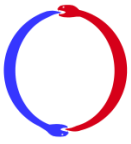
*A Pedro Pérez Rodríguez,
por lo aprendido y vivido en pequeños instantes de perfección*

Siempre es levemente siniestro volver a los lugares que han sido testigos de un instante de perfección.

Sobre Héroes y Tumbas. Ernesto Sábato



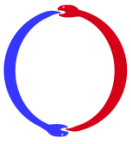
Cuando, veinte años atrás, llegué a la isla —quiero olvidar su nombre—, tropecé con la lógica oposición entre mi anterior vida en el continente y la que me esperaba en el archipiélago del Índico. Quise convencerme de que con el tiempo me aclimataría. No lo hice, ni al calor húmedo y viscoso de sus noches ni a los feroces, aunque diminutos, mosquitos; tampoco al pertinaz e insufrible viento monzónico en cualquier época del año. Cien veces estuve tentado de abandonarla, de dejarlo todo y embarcarme en el ferri semanal. Pero, en el último momento, siempre pesaba más mi sentido del deber que mi deseo. Desde el humilde dispensario médico, atendía a la población isleña de sus males; algunos reales, otros, por su naturaleza y frecuencia, llegué a pensar si no formarían parte de una prueba personal del destino para mantenerme allí, en aquella isla, de por vida. Asomado a la ventana del primer piso del edificio, una tarde de confesiones nostálgicas,



mi ayudante criollo de los últimos años me diagnosticó soledad en la lengua local. «A usted lo que le hace falta es una *yeqën*», añadió cuando una petaca plateada y unos sorbos de ron de caña nos hermanó con el sol quemando la raya del horizonte. «*Yeqën*, una mujer», repitió. Aquella frase quedó flotando, algodonosa, en mi mente, los días posteriores. A su preciso diagnóstico, se sumó la fatalidad en forma de accidente, el que él sufrió dejándome verdaderamente solo al frente del dispensario. Pensé que era el momento, la señal aguardada para abandonar de una vez la detestable isla. Huir de todo, lejos; dejar de ejercer la medicina, quizá. Pero el destino tenía otros planes.

El ferri semanal dejó en el embarcadero a una joven pálida, delgada y con equipaje suficiente para un safari. Preguntaba en inglés por el médico mostrando una carta en la mano. El gobernador de la región, leí, la asignaba al dispensario como mi nueva ayudante; y me dejaba, además, la obligación de su cuidado personal. Subrayaba aquello habida cuenta de cierto parentesco con un diplomático europeo. Nuestro primer encuentro fue tan cortés como frío. Hallé en su rostro algo de indefensión y soberbia a partes iguales. Quise odiarla en aquel instante como a la propia isla. Quizá por idénticas razones o por lo contrario. Pasé la noche valorando firmemente mi huida hasta que un empleado vino a mi cuarto, a avisarme por una urgencia. La doctora Bishop, la *yeqën* blanca, se había enfrentado a una serpiente. Al parecer, el animal había logrado entrar en su alojamiento, y, por algún resquicio de la mosquitera, quedó tendida en la cama. Solo cuando le hube administrado una dosis de tranquilizante, pude hacerle entender que aquel enorme reptil no era venenoso. Se disculpó entre dientes, también a la mañana siguiente, como esperando una regañina paterna.

En su primera semana de trabajo, logró hacerme olvidar mi plan de huida a fuerza de verla tropezar en mis mismos errores, años atrás. La idea de abandonar la isla se fue escurriendo como el agua en las hojas de las palmeras durante la lluvia, entre las órdenes y las continuas revisiones de su trabajo. Pasado un mes, me permitió llamarla Eleanor, en lugar de doctora Bishop. Coincidió con la noche en la que un muchacho vino a mi dormitorio para que le acompañase, esta vez al dispensario. Eleanor bregaba en actitud tan femenina como desesperante con una serpiente delgada y oscura; esa vez sí me alarmé, al ver escapar, entre las sombras, a uno de los ejemplares más venenosos del archipiélago. Ella restó importancia a su herida, a pesar de empezar a sentir náuseas, visión borrosa y un aturdimiento febril. Cuando se desmayó entre mis brazos, noté con su peso algo que no había experimentado en todos aquellos años. El antídoto no le haría efecto hasta pasadas varias horas, tiempo que tomé tratando de identificar en mí mismo los enigmáticos síntomas, confuso y agitado, como si parte del veneno también recorriese mis venas. El diagnóstico — determiné— era concluyente. Cuando despertó, me pareció ver a otra

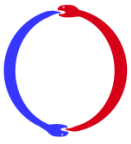


persona; ahí dejó de ser realmente la doctora Bishop para ser Eleanor. Al tomarle el pulso, fue el mío el que latía desbocado. En su medio abrazo de agradecimiento, quedamos enfrentados, mudos, al borde de ceder al primer impulso.

Desde aquel día, su presencia lo ocupó todo. Por las mañanas, la veía en mi mente tal cual la recordaba de la noche de la serpiente. A lo largo de la jornada, reparaba en ella, yendo y viniendo con los pacientes, cruzándonos miradas aprobatorias y sonrisas. Antes de dormir, su imagen volvía a mí en forma de recuerdo por cualquier anécdota o detalle insignificante. No esperé a que otra alimaña se colase en su cuarto, preferí ser yo, envalentonado a medias con licor de caña. Me acerqué a su dormitorio en el edificio contiguo. La contemplé dormida desde la ventana abierta, mientras ensayaba una vez más mi discurso. Se despertó sin sobresalto, como si me esperase. No quiso que hablara, lo cual agradecí, porque no estaba seguro de poder recordar cada palabra. Apartó la mosquitera que envolvía su cama y me hizo un lugar en ella y en sus brazos.

Aquellas primaveras gozosas que recordaba de mi ciudad natal parecieron instalarse las semanas siguientes en la isla. El calor nos unguía y lubricaba las noches compartidas, donde nos rebelábamos al sueño hasta agotarnos, enfermos de deseo. Los pacientes notaron también aquel nuevo estado de felicidad contagiosa; se prodigaban en el dispensario con dolencias triviales que Eleanor mitigaba paciente, sin mudar el ánimo. Aquella isla odiada se transformó para mí en un pequeño edén, sin atreverme a precisar cuánto tiempo hubiéramos podido vivir ambos así, tal vez todo, hasta el final de los tiempos, de no haber sido por la guerra.

A finales del verano, el suelo se agitó con fuerza. Pensé en un temblor volcánico, no por frecuentes, sino por la lógica. Unos aldeanos entraron a voces, en el edificio, anunciando la llegada de soldados a la isla, habían desembarcado en la playa. Eleanor se abrazó a mí. Por las ventanas vimos a un batallón uniformado abriéndose paso con sus armas entre la población. Ambos conseguimos poner a salvo a algunos inválidos, pero una explosión dejó parte del techo del dispensario al descubierto. Cada cual corría para salvar su vida. Ella no se despegó de mi lado mientras recorrimos con lo puesto las calles incendiadas hasta el embarcadero. Algunas familias se echaron al mar en sus barcas de pesca hasta que los soldados lo advirtieron disparando sin piedad sobre ellas. Uno de los uniformados nos reconoció, haciéndonos desfilar con su fusil clavado en mis riñones hasta el edificio principal de la isla. Los cadáveres y el terror se repartían no solo donde nos alcanzaba la vista, también en el interior, en el vestíbulo. Nos condujeron hasta una sala ruinosa. Un oficial, según me pareció por sus galones, nos interrogó al atarnos a unas sillas, frente a él, disfrutando del espectáculo. Antes, y delante de nuestros ojos, se permitió el capricho de ajusticiar a un grupo de personas, al parecer, por haber



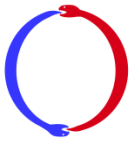
intentado escapar del edificio. Cuando regresó a nosotros, creí entender que no les interesábamos como médicos, sino como occidentales; por su tono de voz, comprendí que para él valíamos igual vivos o muertos, decidió jugar con su revólver a nuestro alrededor, gritándonos. Aquella imagen se volvió larguísima; cada detalle, cada instante, como un sopor insufrible. Hoy la rememoro con angustia solo para intentar revertirla. Eleanor pensó que aquel tipo había dejado de hablar e iba a dispararme en la sien. Quiero pensar que, en su afán por protegerme, solo pensó en chillar, en empujar mi silla con la suya y, de algún modo, encararse al oficial. Evoco la imagen, con mis manos atadas; a él apuntarnos con el arma, y, a ella, mirarme, antes de encogerse y caer tras la detonación.

Me he preguntado infinidad de veces por qué no me mataron, qué hice para merecer seguir con vida. Aunque, desde aquel momento, he dejado de creer que esto es vida. El calabozo es solo un lugar, parte del infierno. He decidido no aguantar más esta condena, en esta condenada isla.



La fotografía familiar (IX)





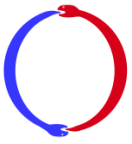
Encarnación Sánchez Arenas

DIARIO DE BERNARDINA MOLINA

6 de septiembre

Sofía Guzmán Molina, sobrina de Bernardina Molina, continuaba inmersa en sus asuntos de costura de prendas. Decidió ahora experimentar con los diseños de costura de los años ochenta. Los años 80 fueron un punto de inflexión en la evolución de la moda en el mundo, marcado por los excesos, la rebeldía, el *DIY* (hágalo usted mismo), las telas y los colores brillantes. Diseñadores como Versace, Thierry Mugler y Jean-Paul Gaultier vistieron a las modelos con trajes provocadores y muy audaces, para lo que la sociedad estaba acostumbrada hasta el momento.

En esta temporada, Sofía ve por primera vez los pantalones de mezclilla ajustados y las camisetas de estampados llamativos como accesorios populares. La cultura del *hip-hop* y un *rock* más alternativo también impactaron a los estilos de vestir, dejando ver prendas con detalles personalizados rústicos, como las telas rasgadas o los tintes artificiales. Otro punto importantísimo para destacar de la década de 1980, para ella, fue el impacto de las mujeres entrando de lleno en el mundo laboral, dejando ver una moda menos de vestidos y más de pantalones, lycras y las icónicas hombreras; todos diseños más planos y cuadrados, inspirados en la moda masculina de entonces.



10 de septiembre

Sofía recordaba cómo Philip Rousseau había participado con sus modelos en las pasarelas de Versace y Jean-Paul Gaultier. Versace diseña, comercializa y distribuye vestuario, accesorios, fragancias, maquillaje y muebles de lujo bajo las diversas líneas del Grupo Versace, como *Gianni Versace Couture*, *Versace Jeans Couture*, *Versace Home Collection*. El Departamento de Estilo de Versace cuenta con un grupo de diseñadores y estilistas que trabajan en equipos. Cada equipo está dedicado específicamente a una línea de ropa o a una marca. Estos equipos operan bajo la atenta supervisión y guía de la directora creativa, Donatella Versace. Pues bien, Philip ha trabajado en uno de estos equipos.

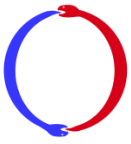
19 de septiembre

De Jean-Paul Gaultier destaca que su primera colección individual fue lanzada en 1976 y que su característico estilo irreverente data de 1981. Ha sido conocido como el *enfant terrible* (chico rebelde) de la moda francesa. Muchas de las siguientes colecciones de Gaultier se basarían en ropa callejera, inspirándose en la cultura popular, mientras otras, particularmente sus colecciones de alta costura, son muy formales y al mismo tiempo, inusuales. Desde luego, Philip no solo estaba decidido a seguir a Gaultier con sus modelos de alta costura, sino también con su estilo basado en ropa callejera.

25 de septiembre

Sea como fuere, Sofía Guzmán Molina quería involucrarse en una moda actual, sostenible y con diversidad. La moda, a lo largo de la historia, se había convertido en una máquina de producir y desechar; pero, en la época actual, todo ha cambiado hacia un enfoque más consciente, con marcas desesperadas por encontrar procesos más sostenibles que refuercen su compromiso con las personas y creen una industria más ética. En los pocos años que lleva la década del 2020, se han visto revoluciones culturales vertiginosas, sobre todo, luego de la experiencia pospandémica.

La inclusión y la diversidad también han estado en boca de la moda moderna como ejes centrales de su interés, con una industria más abierta a modelos con diferentes etnias, tallas, religiones y géneros. Esta diversidad también se reflejó de manera profunda en las pren-



das de vestir, en esos atuendos *Zoom meeting*, trajes elegantes y funcionales, diseños *oversize* y un claro tributo a la comodidad sobre lo ostentoso. Sea como sea que termine, al menos nos iremos con la satisfacción de saber que no hay pandemia que pueda detener el progreso de este movimiento.

28 de septiembre

La moda *oversize*, para Sofía y Philip, a diferencia de la moda de tallas grandes, consiste en prendas y otros accesorios que son más grandes de lo normal y reflejan algún tipo de actitud, mensaje o tendencia de la época en cuestión. Si bien las tendencias de la moda *oversize* desde la década de 1920 hasta principios del siglo XX varían de una década a otra, hay muchos temas generales que se han expresado durante los últimos cien años aproximadamente. La masculinidad, por ejemplo, ha desempeñado un papel importante en muchas de las comunicaciones subyacentes de las modas, aunque la virilidad se manifiesta de manera diferente en la ropa según la época.

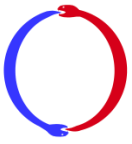
La producción de moda *oversize*, además, corre en gran medida paralela a los estados de las economías estadounidense y mundial. Modernamente, la moda *oversize* ha adoptado una nueva forma, principalmente en el ámbito de los accesorios.

30 de septiembre

Sí, Philip Rousseau había aceptado vivir con Sofía Guzmán Molina. Él era homosexual, pero aceptó lo que Sofía le dijo: «No importa que no tengamos relaciones sexuales, lo que ambos queremos es eludir la tremenda soledad de nuestras vidas, a pesar de nuestra incipiente vida social. Viviremos nuestra vejez en compañía de los dos».

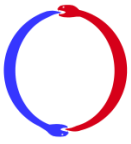
Final 01/02



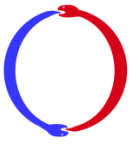


Miguel Quintana

—De mis ojos pende mi vida si no callas —susurra en mis labios A.
—¿Pueden unas palabras arrancar una vida?
—Pueden ser, o lo son, más mortíferas que una espada.
—¿Ahora entras a saco tú con los tópicos?
—Debe de ser..., no sé dónde entro.
—Mira, no, no son cuarenta... A ver, una, dos, tres, cuatro, cinco...,
¿por qué dijiste cuarenta?
—Cuarenta ladrones.
—Y por aquí... tienes una, dos, tres... unidades de vello...
—Vello...
—Sí, bello vello que surge de este labio..., ¿cómo se dice, pelo?, ¿pe-
los? Son pelos atenuados..., dos, tres..., solo se ven con microscopio...
—O dejando tus ojos en mis labios.
—No me importa abandonarlos ahí.
—Oh, me pesarían mucho..., me pesarían tanto tus ojos en mis labios
siempre.
—Me esforzaría en que fueran leves. No como los tuyos, que pesan
demasiado.
—¿Tan graves son?
—Losas que aplastan.
—No exageres.
—¿Cuántos son... estos?



- ¡No cuentes más mis pelos, hombre!
- Son pelos mitigados..., apenas señales desvanecidas que parece que tuvieran vergüenza de su existencia..., y que parece también como si desearan volver al fondo del labio..., no como estos otros..., estos que te tapan las orejas... Este pelo tuyo... ¿de dónde lo sacaste?
- Surgió de la nada.
- ¿Un día cualquiera? Oye..., en tu opinión, ¿cómo es tu pelo?
- ¿No lo sabes tú?
- Dime tu opinión.
- Un pelo que me da unos cuantos dolores de cabeza...
- ¿Porque son dardos clavados en tu cráneo?
- No...
- ¿Porque son dardos que lanzas al aire desde tu sesera?
- Qué belicoso estás. No...
- Nada de dardos. Vale.
- ¿Te parecen a ti dardos?
- Sí, dardos de seda. ¿No hay dardos de seda? ¿O *sedientos*?
- No.
- Pues tú los inventaste.
- ¿Con punta acerada?
- Todo él..., dardos de seda y acero.
- Me pones bien..., pócimas, dardos, qué más...
- La peor pócima..., sí, es la pócima de tu mirada...
- ¿Es la peor porque es la más dulce?
- Sí, así es.
- ¿Cómo es de dulce?
- Quieres que te seduzca los oídos...
- Antes decíamos *regalar*.
- Parece que me gusta más *seducir*.
- Pues a mí me gusta más regalar.
- ¿Te gusta la gente que da?
- Voy a decirlo como tú: *me encanta*..., me encanta la gente que lo da todo...
- ¿Qué quieres que pueda darte yo.
- Porque, efectivamente, no vale nada lo que se tiene si no se da..., a no ser que lo que se tenga sea bondad...
- ¿Se perciben por aquí algunos ligeros resabios de demagogia?
- Ya sé que es algo retórico decirlo, pero a pesar de ello, es cierto: es inmoral que unos pocos tengan tanto y otros muchos tan poco.
- ¿Dicen eso los abogados?
- Lo digo yo.
- ¿Una abogada?
- ¡Pero, qué te han hecho a ti los jueces y los abogados, que tienes tanto...!
- Quiero entrar en tus ojos.
- Qué.



—Quiero entrar en tus ojos..., pero una parte de mí quiere quedarse fuera, para verlo. Entrar en tus ojos..., más cerca.

—¿Más cerca? ¡Pero si eres una lapa!

—Quiero estar en ti.

—*Estar...*, un verbo que no había oído nunca.

—Sí, es un verbo tan raro..., como *beber*.

—¿También quieres beber de mí?

—En ese caso, tú vendrías a mí. Y esto no debe de ser muy interesante.

—¿Tú qué prefieres, perderte en mí, o que yo me pierda en ti?

—Me gustaría viajar por ti como viajan mis dedos por tu pelo..., así..., entre esta selva de dardos de sedas y aceros..., cabellos de terciopelo desnudo y adormecedor que engullen mis dedos y mis brazos y me arrastra todo a su caverna...

—¿Tengo una caverna en la cabeza?

—De olvido, de silencio. De nada.

—Una cabeza de nada.

—Sí, de nada..., nada. Nada hay más que tu cabeza.

—Si entraras en ella verías que no hay silencio.

—Qué hay.

—En las cabezas hay música.

—En alguna cabeza está el infierno.

—Sí, y en alguna cabeza loca flota el cielo.

—Y en el cielo se mecen flores. Un pistilo aquí..., no, la corola..., no, un pétalo aquí..., mira, un sépalo, y otro...

—Te gusta la botánica.

—No, me gustan las flores.

—¿Y si te gustara la botánica no habrían de gustarte las flores?

—No sé qué es botánica.

—Pero sí sabes qué son flores.

—No sé nada. Solo veo, huelo, siento, me mareo.

—¿Te mareas? Pero no estás en la mar...

—Sumergido, ahogado, zambullido, asfixiado.

—Como un pez fuera del agua...

—Necesitaría ser anfibio.

—¿Quieres tener dos vidas?

—Contigo aquí no tengo ni una.

—¿Se puede estar muerto y ver, oler, sentir?

—No se puede no estar muerto junto a ti.

—Soy una parca cortando hilos.

—Segando con guadaña.

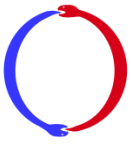
—No me gusta. No me gusta que me veas con guadaña.

—Hay muchas cosas que no te gustan.

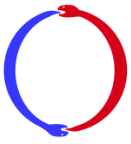
—Pero hay más que me gustan.

—Dime una.

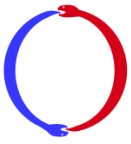
—Tu tontería.



- No debes de ser muy lista si te gustan las tonterías.
—Y tú tampoco, si te gusta decirlas.
—Pero mientras más tonto eres, más feliz te sientes.
—¿Eso crees?
—Lo creía tu padre.
—¿Y tú?
—No estoy seguro.
—¿Te referías a eso cuando hablabas de Erasmo?
—¿Hablé yo de Erasmo?
—Tú sabes que sí.
—No me acuerdo, casi.
—¿Mentimos, de nuevo?
—¿Vale mentir?
—No.
—¿Tú no mientes?
—No quiero.
—Pero... ¿cómo voy a acordarme de lo que dije antes?
—¿No tienes memoria?
—Tengo tus ojos aquí, delante. Por tanto...
—¿Y te impiden recordar?
—Sí, con ellos aquí me es imposible recordar, me es imposible pre-
ver...
—Y qué te hacen posible, entonces.
—Con ellos aquí, delante de mí, de los míos, de mis labios, rompen
el pasado y aniquilan el futuro.
—Quién rompe y aniquila.
—Tus ojos, tus labios... Rompen el espacio, rompen el tiempo, lo
destruyen todo...
—No sé si me gusta eso.
—Sí, hay tantas cosas que no te gustan. Pero así es, ellos aniquilan
todo lo creado para crear un todo nuevo.
—No estoy segura, pero intuyo que no me gusta..., no estoy a gusto
oyéndote eso.
—Así es..., tu mirada, cuando me recorre, es un estilete de carnicero
que me corta en canal...
—¿Tienen los carniceros estiletes?
—La más perfecta máquina del cosmos..., la más perfecta máquina
de las máquinas más perfectas...
—¿Quién?
—Tú.
—¡Oh, Dios! ¡Estoy a un paso de ser Dios!
—A un palmo..., no..., a una pulgada.
—Oye..., ¿y dejamos Erasmo?
—Para qué le quieres.
—Sospecho que estás rabiando por endilgarme cosas de Erasmo para
impresionarme.



- No puedo impresionarte.
- Me impresionas.
- ¿Sí?
- Sí. Me impresiona que mis labios puedan romper tu pasado. ¿Tan frágil es? Cuéntame algo de él.
- Creo que nací un día; y creía haber vivido.
- ¿No has vivido?
- No.
- Venga, explícame eso..., eso me gusta.
- De hecho, creo que he muerto hoy y que hoy he nacido otra vez.
- Sí, francamente me gusta..., morir y nacer en el mismo día... Porque algo que es bastante frecuente, por desgracia, es nacer y morir en el mismo día, pero tú...
- ¿Tú no has muerto nunca?
- Me parece que estábamos hablando de ti, no de mí.
- Pero yo no quiero hablar de mí.
- A mí me gusta que hables de ti.
- Pues entonces habla tú de mí.
- No te conozco.
- Si me tienes delante, me conoces.
- No te tengo delante, te tengo encima..., eres una lapa..., eres pegajoso...
- Es imposible que esté de otra forma contigo.
- Estás olvidando dónde estamos...
- ¿Dónde estamos?
- En tu biblioteca..., en tu biblioteca del señor Estado...
- Si es del señor Estado, cómo va a ser mía.
- En la biblioteca de mi padre.
- ¿Le molestaría a tu padre verte en mis brazos?
- ¿Estoy en tus brazos?
- ¿Le molestaría a tu padre verme en tus brazos?
- No lo sé.
- Oye..., ¿esto que tienes aquí... te dura mucho?
- ¿El qué?
- Es que no sé cómo se llama..., ¿rímel? ¿Se llama rímel? ¿Dura mucho? Y este rojo... de los labios..., ¡ah, esta cicatriz! ¡Qué guapísima es esta cicatriz! Mira, cuando dices...
- Beso.*
- Cuando dices... *bravucón...*, ella, la cicatriz, vibra brevemente... A ver, di *el intrépido bravucón vibraba brevemente...*
- ¿Para que se... contorsione mi cicatriz?
- Me contorsionas tú a mí. ¿Sabes..., sabes que yo creía que el rímel, las mujeres lo ponían en los labios? Veía a una mujer con los labios bien pintados y pensaba *qué bien puesto tiene el rímel...* Ahora ya sé que el *lápiz de labios...*
- No es el rímel..., qué más sabes.



—De qué.

—De afeites de mujeres.

—¿De afeites de mujeres?

—Sí, hombre. ¿Quieres que te diga cómo se empolva la nariz, o las mejillas?

—Oye, cuando una mujer está maquillada, no se la puede tocar, acariciar, besar..., ¿no?

—No sé, tú sabrás...

—Es que no lo sé... El caso es que cuando está bien maquillada es cuando más guapa está y cuando más ganas hay de acariciarla..., o por lo menos es lo que me pasa a mí...

—¿Tú acaricias por ahí a las mujeres maquilladas?

—Cuando... procede..., o es pertinente.

—Habrás recibido más de una bofetada.

—Lo hago mentalmente.

—¿Y no has sentido las bofetadas mentales que te han dado?

—Yo creo que mis caricias mentales no se notan.

—Oh, las mujeres somos muy listas en esos temas.

—¿Quieres decir que, aunque noten que las acaricio mentalmente, fingen...?

—¿Pero sé yo si fingen? ¿Fingen los hombres?

—Constantemente.

—¿Como tú?

—¿Tú crees que finjo?

—¿No es verdad?

—Es ligeramente verdad.

—Y cuando no finges nada..., ¿qué dices?

—No sé..., digo que me encanta rozar mi nariz con la tuya..., de verdad..., no finjo nada si te digo que me encanta sentir con mis labios los tuyos..., con todas sus cicatrices, que me encanta desmaquillarte los ojos y las mejillas con las yemas de mis dedos, que me encanta que mis dedos viajen y viajen y viajen por tus mandíbulas, por tu mentón, por tu cuello y se pierdan en tus cabellos y vuelvan a perderse en ellos para volver a tus orejas y tus mandíbulas y tu mentón y tus mejillas, y me encantan tus cejas y tus orejas..., ¡no tienes pendientes!, ¿no te pones pendientes?, mejor, me gusta más que no tengas a nadie ahí colgado..., prefiero estar yo..., prefiero estar yo colgado de tu aliento, sentir tu pecho...

—¿Sientes mi pecho?

—Sí.

—Pues tienes suerte, porque casi no lo siento yo.

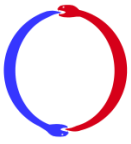
—¿Tengo suerte?

—Tienes buena suerte.

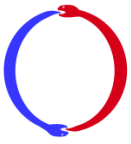
—Por qué.

—Porque has nacido otra vez.

—Sí, es cierto. Creo que es más vida esta que cuando sales de un útero. Tengo buena suerte y tengo mucha suerte.



—Una larga travesía.
—¿Qué?
—Cuando sales del útero... Sales de un mar..., de un mar... A mí siempre me pareció que el líquido amniótico era un líquido del olvido...
—¿Un líquido para olvidar?
—No sé..., qué te sugirió a ti la primera vez que oíste *líquido amniótico*. ¿No lo relacionabas con olvido?
—Claro, un líquido al que se le concede una amnistía..., ¡no!, ¡un líquido que padece amnesia!
—Qué gracioso..., qué gracioso..., venga, di otra gracia de las tuyas...
—Solo tengo tres gracias... Bueno..., pero dime, cuando sales de un mar, decías..., y qué.
—Cuando sales del útero materno sales de un mar para entrar en un océano...
—El amor es una travesía muy larga. También podríamos decir que el amor es una larga derrota ...
—¿Quién habla de amor? Yo estoy hablando de vida.
—¡Ah! ¿Pero no es lo mismo?
—Yo creo que no.
—Qué descreída eres.
—¿Es lo mismo amor que vida?
—Sí, y lo mismo que locura. Como la tuya... Solo locura tus ojos producen... Necesitaba..., sí, creo que necesitaba dos o tres considerandos tuyos para demostrarme que no es cierto...
—¿Unos considerandos?
—Solo locura estos ojos producen. ¿Solo? No, producen más..., pero un loco no ve más que locura, o disparate... Un loco al que le ha caído encima un rayo..., se enajena, pierde... Si te ha caído encima un rayo no puedes ver su belleza... Digo, la belleza del rayo.
—Calla, estoy pensando los considerandos.
—Ah, los considerandos. Tienes que revisar toda la jurisprudencia sobre el caso y sobre casos análogos para redactarlos con cuidado y agudeza, a ver si puedan convencerme...
—De qué quieres que te convenza.
—De que vida no es locura.
—¿Y si fuera una maravillosa locura?
—¿Vas a basar tu argumentación en el estribo de lo maravilloso?
—¿No crees que es una vía fértil?
—¡Ah, me gustaría tanto saber que lo maravilloso es maravilloso, que lo alto es alto, que lo sublime es sublime!
—¿No tienes tú en tu caletre una cosa que todo el mundo tiene que se llama sentido común?
—Lo tuve.
—¿Y ahora no?
—Me lo borraste.
—¿Yo? ¿Cuándo?



—Antes, cuando entraste en mi despacho... ¡Oh, a cuántos jueces habrás untado!

—Jueces...

—Sí, cuando estás actuando ante un tribunal..., ¿no ves a los jueces y a los fiscales y a todos que no oyen tus palabras, aunque finjan escucharte, porque están encandilados de estos labios y de estos ojos y de este pelo?

—Explícame entonces por qué tengo en mi cartera tantas sentencias desfavorables.

—¡No es posible! El juez de turno se equivocó cuando redactaba la sentencia... No es posible que pierdas.

—¡Qué más quisiera yo! Oye..., tampoco me gusta eso que dices de que he untado jueces.

—¿En vez de *untar* te gusta *predisponer*?

—Calla... Qué es eso de borrar el sentido común.

—¿No te has valido de tu... belleza, en los tribunales? ¿O de tu sexo? De tu sexo femenino, claro...

—¿Qué es eso del sentido común?

—No me has contestado.

—¡Pero qué... coño es eso de valerse de la belleza ni qué gaitas! ¿De qué te vales tú?

—A ver..., enfádate más... Convierte tus ojos de candoroso pajarillo en ojos lacerantes de serpiente...

—Me haces daño..., en este brazo..., suelta..., suéltamelo, hombre..., ¿sabes lo que es hacer daño? ¡Qué manía con las serpientes! ¡La única serpiente que hay aquí!...

—¿Soy yo?

—¡Eres tú!

—¡Qué ilusión!

—¡Qué ilusión venenosa!

—¿Tengo veneno?

—Rastrero.

—¿Como el veneno de Haydn?

—Haydn..., Haydn es una manzana. Tú, una cebolla.

—No veo. No sé qué sea eso de manzanas y cebollas. Déjame tus ojos para ver lo que dices.

—Y hay cebollas con veneno que hace llorar.

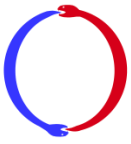
—¿Te hace llorar a ti el veneno de mi cebolla?

—Más que el veneno, las capas..., una capa aquí, otra ahí, aquí otra y otra capa allí..., y en el fondo, nada. Al final, nada.

—Claro..., y, sin embargo, una manzana..., oh, qué bien huele..., oh, qué jugosa..., oh, qué bien sabe y qué fresca está... ¿Por qué a todas las mujeres os gustan las manzanas? Es un vicio viejo..., ya desde el Paraíso Terrenal...

—Eva no mordió manzanas.

—Mordió al diablo..., y se le pegó algo...



—Eso ya no tiene mucha gracia. Más bien, es estúpido.

—Solo podría decirte una cosa que no es una estupidez...

—Oh, no quieras parecer modesto de nuevo: puedes decir dos o tres cosas más que no sean estúpidas.

—No, no puedo. Solo podría decir una, una sola, y repetirla mil veces seguidas..., hasta que te durmieras.

—Hay cosas que se dicen que no dejan dormir.

—Es posible. También es posible que haya cosas que se dicen que impiden despertar.

—Y lo que tú dices, ¿duerme, o despierta?

—No sé.

—Oh, qué poco ingenioso eres.

—Sí, así es.

—Venga, dime algo de Erasmo.

—No, no voy a decirte nada de Erasmo.

—Bueno, pues de Propercio.

—No sé nada de Propercio.

—Pues de Horacio, o de Virgilio... Te gustan mucho los escritores latinos, ¿no?

—Antes tenía una ligera idea de lo que era el álgebra, la geología y el comercio internacional... Y dónde se colocaban los libros que hablaban del curtido de las pieles...

—¿Y ahora no?

—Ahora ya no tengo ideas.

—Pobre bibliotecario, sin ideas, sin pasado, con un presente tan efímero que no existe y con un futuro tan dudoso que duda hasta de que sobrevenga...

—¿Te enseñaron a hablar así en la Facultad de Derecho?

—Cómo hablo.

—Con sarcasmo.

—¿Te atreves tú a decir que yo hablo con sarcasmo? Oye..., tengo dormido este brazo... suelta..., ¡que lo tengo dormido de verdad, hombre! Oh, menos mal... ¿Cómo te atreves a decir?...

—¿Un presente tan efímero que no existe?

—¿Existe el presente?

—Es lo único que existe. Sí..., quizá sea tan efímero que no exista, pero es lo único que existe. Por consiguiente, si lo único que existe es algo que no existe..., eso es lo que soy yo, y eso es lo que eres tú, y todos: nada.

—¿Ves cómo sabes decir algo sensato?

—Mi querida A....

—A ver..., di otra vez mi nombre...

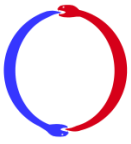
—No voy a decir otra vez tu nombre.

—Por qué.

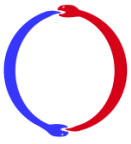
—Me molesta.

—A mí me gusta.

—¿Quién te puso el nombre?



—Mi padre.
—Podía haber sido tu madre.
—O cualquiera de los cuatro abuelos, o cualquiera de las siete...
—¿Y dónde fue a buscarlo?
—A una estrella. Hay una estrella repleta de nombres como el mío.
—No es posible que, en una estrella, por lejos que esté, haya un nombre tan hermoso como el tuyo.
—¿Y siendo tan hermoso no quieres pronunciarlo?
—Me molesta. ¿Sabes? A tu padre le molestaba la belleza..., lo que él consideraba belleza.
—¿Te pasa a ti también?
—¿No te molesta a ti la tuya?
—No sé de dónde sacas...
—Pues a mí, en tu caso, creo que me molestaría. Afortunadamente, la mediocridad habría de tener alguna ventaja.
—¿Ya te olvidaste de los latinajos?
—Sí.
—¿Sabes? Me pareció rarísimo antes, que, sin conocerme de nada, me soltases uno.
—¿Cómo! Olvidas dos cosas... Olvidas que empezaste tú los latinajos, y olvidas que antes de conocerte en persona, ya te conocía yo a ti.
—Es verdad... Dime lo que sabes de mí.
—Que fuiste una niña preciosa, una chica modélica, una joven aplicada en el colegio y en el conservatorio, una mujer adulta y todo brillo en la facultad para venir a abogar por los más débiles y a veces también por los más poderosos, lo cual te chirría, escuece y molesta, pero que, como te has convertido en lo que te has convertido, no puedes dar marcha atrás, y capeas como puedes el temporal... A ver..., di algo..., venga, corrígeme, puedo estar equivocado..., es tan simple lo que digo..., ¿no? ¿No es simple? ¿Es más compleja tu corta historia? Venga, contesta..., por qué no hablas...
—Vamos a ver, bibliotecario...
—Soy todo oídos.
—¿Quieres que te desmienta cosas?
—¿Puedes desmentirme que ibas como un rayo por el conservatorio... hasta que apareció el trueno?
—Tienes rasgos sádicos.
—¿Puedes desmentirme algo de lo que he dicho?
—Te gusta fastidiar. Y lo lamento bastante.
—¿Te fastidia que te diga que eres una envidiable abogada con un porrón de clientes y montañas de expedientes por resolver apilados escrupulosamente en las tres o cuatro mesas que tendrás en tu despacho esperándote? ¿Te fastidia que te diga que dependerán de tu trabajo muchas personas a las que puedes dar una inmensa alegría con tu escrupulosa tarea bien llevada a cabo?



—Me fastidia el tono con el que hablas a veces. Me despistas. Por un momento creo una cosa, pero inmediatamente después das a entender otra. Pareces una veleta. Y no sé cuál es el viento que mejor indicas.

—¿Me mueven los vientos?

—Me estaban dando ganas de decir que eres puro viento..., pero no voy a decirlo. Seguramente no es cierto.

—Sí, dime que soy viento, puro aire..., a ver si me convierto de verdad en ello..., así estaría siempre acariciándote, me respirarías..., y casi no te darías cuenta de que estaba por ti.

—Te gusta enredar.

—Y te molesta tanto que te enrede el viento tu pelo.

—Disfrutas fastidiándome y enredándome. Y tienes la enorme ventaja de que dejo que intentes enredarme.

—Y a ti te gusta ser araña, más que mosca.

—En este caso la araña eres tú.

—Pero tú no eres una mosquita muerta.

—¿Quieres que lo sea?

—No me gustan demasiado los mosquitos, y algo menos aún, los muertos.

—Claro, lo tuyo es la vida...

—La vida, y coleando. Y lo tuyo, ¿no? ¿Te imaginas estos labios sin vida? ¿Cómo ibas a hacer mohines?

—¿Hago mohines?

—Has hecho tantos que ya no tienes rojo.

—Rojo de qué.

—De labios.

—Me lo habrás robado tú.

—Qué manía con el robo. Ahora te *robo* el rojo de los labios. ¿No es hurto? Además...

—Qué.

—¿No os pintáis los labios para dar la pintura a los demás?

—Yo, no.

—¿Todo lo que te pones encima es para ti?

—Qué bobada..., sabes para lo que es.

—No lo sé. Por ejemplo, esta blusa tuya..., para quién es.

—¿Quieres mi blusa?

—Me gustaría...

—¡Oh, Dios! Para qué quieres una blusa sucia, quizás sudada..., para qué quieres mi blusa.

—Tú sabes para lo que es una blusa.

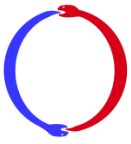
—Para cubrir los hombros, la espalda y el pecho.

—Para eso es la piel.

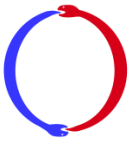
—Qué bobo eres... Oye..., ¿y si acabamos lo que tenemos entre manos?

—Yo entre manos solo te tengo a ti. ¿Quieres que acabe contigo?

—Sabes a lo que me refiero.



- Como soy bobo no sé a lo que te refieres.
- Los libros de mi padre. No, los escritos...
- Conociéndote como te conozco ahora, no entiendo por qué te desentendiste de esos libros.
- Estuve dudando si hacer una hoguera con ellos.
- ¿Para purificar el pasado?
- Exactamente.
- Y qué vas a hacer con sus papeles.
- Iniciar con ellos la hoguera. ¿Te parece bien?
- Hay algunos papeles que queman..., sí.
- ¿Te parece bien quemar el pasado?
- El pasado siempre está quemado.
- No siempre, a veces el pasado sigue ardiendo.
- Para los grandes pechos, el pasado está quemado siempre.
- ¿Para los grandes pechos?
- Para los pechos con grandeza.
- Como el tuyo.
- Mi pecho es pequeño. El tuyo es más grande: hace doblar a la blusa.
- No tiene gracia.
- Pero es verdad.
- No tiene ni pizca de gracia.
- Dime tú algo que tenga una pizca de gracia.
- Voy a decirte algo que tiene una enorme gracia: ¿dónde hay un teléfono por aquí?
- ¿Un teléfono?
- Sí, hombre, un teléfono. ¿Sabes lo que es?
- Un teléfono... Espera... Sí, arriba, en mi despacho. ¿Para qué quieres un teléfono?
- Sugíereme algo..., para qué suele quererse...
- Para dar disgustos.
- Un buen disgusto me diste tú la primera vez que hablé contigo por teléfono.
- Cuándo.
- La primera vez que hablamos por teléfono. Casi no te entendía lo que decías. *Documentación, documentos de mi padre*, decías, mejor, tartamudeabas..., y me imaginaba que era la policía o no sé qué que me pedía alguna documentación sobre mi padre...
- Sí, pero te duró poco el desconcierto, porque quedó claro el asunto unos segundos después.
- Unos minutos después.
- Qué exagerada eres. No me expliqué bien al principio, pero poco después...
- Te explicabas mal.
- Había cruce de líneas.
- Cruce de líneas...



—Además, para hablar a gusto con alguien tienes que estar echándole el aliento a la frente.

—Ah, ¿sí?

—O al oído.

—Eso lo hacen las lapas, como tú..., porque las personas no necesitan...

—Bueno, también es cierto que los abogados no necesitan echar su aliento al juez, la verdad...

—Seguro que si tu fueras abogado echabas tu aliento a los jueces y a la ley misma.

—Pues has de saber que hay leyes a las que hay que alentar.

—¿No dices tú, muy originalmente, por cierto, que la ley es dura?

—Ya dije antes que todas las leyes se reducen a una, y esa única ley es extraordinariamente blanda.

—El hombre de ley única..., he aquí al único hombre que solo tenía una ley..., todas las demás le sobran.

—Suenan bien en tus labios.

—¿Y no echo fuego por los ojos al decirlo?

—A ver, dilo otra vez, que voy a fijarme mejor.

—¡Un hombre, una ley! ¿Y qué pasa, porque lo hayas dicho tú, porque tú hayas dicho esa... *boutade*, ha de ser cierto?

—Por qué dices esa palabra.

—Cuál.

—*Boutade*. La usaba mucho tu padre.

—Nadie es dueño de las palabras.

—Qué raro que digas tú eso, que eres tan proclive a la propiedad..., esto es mío, eso es tuyo y aquello es suyo... Qué palabras más feas..., estos papeles son míos y esos libros son tuyos... Feísimas, unas palabras feísimas, *mío, tuyo, suyo*..., además suenan mal...

—Tú las sustituyes por *nuestro*, ¿no?

—Por supuesto que sí. *Mío* es lo que dice una pantera o un león o un gato, se lo dice a los otros gatos, al mismo tiempo que les da un zarpazo en los morros si están cerca de *su* comida..., mientras que una persona...

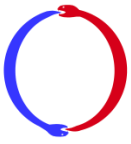
—Oh, cuánto se aprende contigo... A ver, qué tiene que decir una persona...

—Una persona podría referirse con propiedad a sus manos, por ejemplo, como *suyas*, pero incluso en ese caso tendría que decir *toma mis manos, son mías, pero si las necesitas te las doy: son tuyas también*...

—Qué bonito..., aquí no hay ni asomo de demagogia y es de un humanismo cristianísimo y enternecedorísimo..., y eso que habrás leído cien veces escritos sobre la realidad y el deseo, y habrás oído otras mil sobre lo mismo..., ¿o fueron mil veces las que lo leíste y cien las que lo oíste?

—¿Importa acaso algo que el ser sea así, si uno tiene claro lo que es el deber ser?

—¿Me lo preguntas para que te responda ahora?



—Haz lo que quieras... ¿No es eso lo que hacía... Mozart, por ejemplo?

—¿Qué hacía?

—Lo de las manos.

—No te entiendo.

—Pongo por ejemplo a Mozart... por lo que tú y yo sabemos sobre el asunto... ¿No decía Mozart: *aquí están mis manos, llenas de mis ideas, pero yo no las quiero solo para mí, por lo que os las doy, sencillamente, son vuestras también, son ideas que quizás nacieron de mí pero me encantaría, ¡me encantaría!, que estuvieran también en vuestras cabezas, en vuestras manos, en vuestros corazones para intentar de alguna forma aliviarlos..., de alguna forma aliviaros, si yo puedo..., y a cambio solo quiero que me queráis?...* ¿No decía esto tu héroe?

—Me sigue molestando tu *toniquete*...

—Es la forma que tengo de expresarme.

—Lo siento falso.

—¿Otra vez vas a tirarme sapos a la cara?

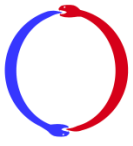
—No puedes convencerme de lo contrario... Tendría que estar ochenta años contigo para ver lo que *haces*..., y dudo que al final...

—Largo me lo fías... ¿Miraste alguna vez en el diccionario lo que significa *confiar*?

—No, creo que no he consultado esa palabra nunca, pero tenía y tengo aún una idea de lo que significa..., y es una moneda, esa de la *confianza*, que deposité más de una vez..., y, sin querer, resulta que esa moneda se convirtió en falsa... ¿Has sentido tú en tu mano alguna vez el peso de una moneda falsa? ¿Sabes cómo pesa, no ya en la mano, sino en el alma, una moneda falsa?

—Yo creo que magnificas el asunto de tu padre... No; *magnificar*, no: *extralimitar* —dije, sin saber empero con claridad lo que quería decir.

Los libros en sus estanterías permanecían hieráticos y silentes. Fuera, el atardecer estaba ya avanzado, como si quisiera dar un abrazo de bienvenida al anochecer. Los pájaros, fuera también, gorjeaban inquietos haciendo temblar en lo alto a las ramas y a las hojas de los árboles. La luna aún mostraba en su rostro una palidez tardía.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada, *O Grove* (2024) de Rita Álvarez Tudela

10	Carlo Crivelli	36	J.M. Trigos
14	Holger Motzkau	37	Zarateman
17	Benjamin Couprie	38, 39	Mauricio López
20, 21	Fundación Nobel	46	Sacha Zamka
21	Luis Ávila	51	Amol Tyagi
26	Pedro Miguel Aires	53	Niketan Kumar
27	Juan de Borgoña	62	Oleg Illarionov
28	Francisco Pacheco	63	Antoni Fillol Granell
29	Luis Sellier	92	Ian Scargill
30	Leandro Oroz Lacalle	93	Justus Menke
33	Tom Owens UAP	98	Nick Rickert
34	MeJudice	103	Alex Beholder
35	User:Dantadd	107	Nathan Dumlao

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094